

TANIA VILLAR

A man with a beard and blue eyes, wearing a dark blue shirt, stands shirtless with his arms crossed. A woman with long brown hair, wearing an orange halter top, stands next to him with her arm around his shoulder, looking at him. The background is a blue brick wall.

**ENAMORADOS  
SIN QUERER**

# **Enamorados sin querer**

## **Un matrimonio sin sentido, un nuevo trabajo y una nueva oportunidad para ser feliz**

---

---

***BIANCA DE SANTIS***

*Para mis lectoras. Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.*

*Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas.*

*Gracias a cada una de ustedes.*



*Copyright: Publicado en Amazon*

*Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.*

## CONTENIDO DE LA NOVELA

[Capítulo 1: Julia](#)

[Capítulo 2: Julia](#)

[Capítulo 3: Sebastián](#)

[Capítulo 4: Julia](#)

[Capítulo 5: Julia](#)

[Capítulo 6: Julia](#)

[Capítulo 7: Sebastián](#)

[Capítulo 8: Julia](#)

[Capítulo 9: Sebastián](#)

[Capítulo 10: Julia](#)

[Capítulo 11: Sebastián](#)

[Capítulo 12: Julia](#)

[Capítulo 13: Sebastián](#)

[Capítulo 14: Julia](#)

[Capítulo 15: Sebastián](#)

[Capítulo 16: Julia](#)

[Capítulo 17: Sebastián](#)

[Capítulo 18: Julia](#)

[Capítulo 19: Sebastián](#)

[Capítulo 20: Julia](#)

[Capítulo 21: Sebastián](#)

[Capítulo 22: Julia](#)

[Capítulo 23: Sebastián](#)

[Capítulo 24: Julia](#)

[Capítulo 25: Sebastián](#)

## EPÍLOGO

Julia

Sebastián

# Capítulo 1: Julia

Alfonso está en su oficina de lunes a viernes. Yo me vi obligada a trabajar los fines de semana. Empecé a sentirme mejor rápidamente con esas largas ausencias. Me acostumbré pronto. Tomé aire y pensé en otras cosas más positivas. Pasé a mi cocina mientras terminaba de darme ánimo para despertar por completo. Puse café en mi taza. Busqué azúcar para endulzar mi bebida. Además, le agregué algo de crema. Ya estaba listo para tomarlo.

Al parecer, lo nuestro funcionaría porque la unión de nuestras familias sería la mejor decisión que podíamos tomar. Vi el espacio a mi alrededor, y me percaté de que no había sido así. Recordé cómo había cambiado mi vida en los últimos años. Para peor. Con cada minuto que pasaba, sentía que seguía cayendo más y más al foso. Ciertamente, estuvimos mal desde el principio, pues Alfonso y yo nos habíamos casado por un arreglo de nuestros padres, que se conocían hacía años, y porque él y yo estudiamos juntos durante toda la escuela. Apenas habíamos disfrutado nuestra relación o compartido alguna cena agradable en nuestra cocina. Ese espacio lucía desolado y triste, como nuestro matrimonio.

Era la hora de trabajar. Tomé mis cosas para salir de la casa. Llegué al estacionamiento y encendí mi camioneta. Alfonso era parte de una reputada oficina legal de La Salina. Había tenido a su cargo juicios civiles, la mayoría de ellos por divorcios, y era conocido por tener que lidiar con estos arduos divorcios. Siempre le iba bien, y ganaba jugosas comisiones por los arreglos. Todas nuestras amistades quedaban con sus bocas abiertas cada vez que terminaba una de esas separaciones. Ese éxito siempre hacía que una pregunta llegara a mi mente. Alfonso pudo haberse divorciado de mí, pero no lo hizo. Prefirió seguir a mi lado y perderme cada vez más el respeto. ¿Por qué?

Aunque me había casado hacía apenas un año y unos meses, ya quería escapar de casa.

El estrés me convenció de buscar un empleo que me distrajera y me permitiera ganar algo de dinero.

Hablé con una chica, y aunque la conocí solo un poco, estuvo dispuesta a ayudarme. Se llamaba Mariela. Me topé con ella en una pequeña cafetería local. Su nombre era El Rincón del Café, lo que daba una idea de lo pequeño y sencillo que era. Las paredes estaban pintadas de un solo tono, marfil, y las mesas y sillas tenían un color bastante parecido. Tenía pocos empleados y en el menú había algunos platos para personas vegetarianas. Obviamente, también ofrecía cafés variados, gaseosas y jugos. Entré allí por casualidad una tarde calurosa. Quería encontrar pronto un empleo. De hecho, Alfonso no sabía que yo trabajaba allí.

Mariela estaba en una esquina. Me fijé en sus grandes lentes y su intensa mirada. Sus ojos eran verdes y hermosos. Tomaba café y leía algo en su celular. Quise conocerla de inmediato, aunque no supe por qué.

Me fijé detenidamente en ella y luego me acerqué a los mostradores. Su cabello reunido en grandes trenzas me hizo recordar que yo tenía el mismo estilo de cabello rizado hacía años. Obviamente, yo era muy diferente a los clientes y el personal de lugar. Era una chica aburrida, comparada con ellos. Sin embargo, sonreí con la imagen y el contraste.

Busqué una silla para tomar asiento mientras indagaba en las páginas de empleo de internet.

Había iniciado esa búsqueda desde el mes pasado. La camarera me entregó mi café caliente. Pasé por varias ofertas y una captó mi atención. Pedían a una asistente que reservara los turnos y ayudara con los clientes que ya habían llegado. Si bien no supe en ese momento de qué empresa se trataba, quedaba claro en letras grandes que debía trabajar durante la madrugada. Me sentí atraída inmediatamente. Los requisitos eran sencillos. Vi la dirección de correo electrónico y la fotografié. Enseguida envié un mensaje preguntando si podían entrevistarme.

Puse mi celular al lado de mi taza de café. Sonreí una vez más. Me concentré de nuevo en la chica que ya había visto antes. Encendió su computadora portátil y empezó a escribir algunas cosas.

Me di cuenta de que su cabello era morado. Su celular sonó. Lo tomó, leyó algo y sonrió. Luego frunció su ceño y lo dejó sobre la mesa. Entonces sonó el mío. Cuando lo tomé, tenía un correo en mi bandeja de entrada. Habían contestado rápidamente, por lo que lo abrí con prisa para leer la respuesta.

El mensaje decía que estarían encantados de entrevistarme. Al final aparecía un número telefónico. El puesto aún estaba vacante. Exhalé y decidí llamar. Pasé mis ojos por los comensales.

Esperaba que mi llamada no molestara a ninguno en la cafetería. Al cabo de unos segundos, contestaron mi llamada. Me inquieté cuando sentí que todos podrían oír mi voz.

"Buenos días. Estoy contactándolos porque estoy interesada en la propuesta laboral", le conté, y en ese momento me percaté de que la chica con cabello morado era quien recibía mi llamada. Ella también lo notó.

Comenzó a sonreír. Sonreí también.

Esa fue la historia de nuestro encuentro. Nos sentamos juntas a tomar café. Me contó que trabajaba como acompañante en una exitosa empresa de la ciudad. Necesitaban una secretaria.

Supuse que notó que quedé en shock, pues de prisa me dijo que yo no saldría con ningún hombre.

Solo tomaría las llamadas y reservaría las citas. Continuó hablando y supe cuánto pagaban, los turnos de trabajo y el lugar en el que estaría y cómo sería el ritmo de la rutina. Eso despertó mi interés. Podría olvidar por unas horas la soledad de mi vida sin hacer largos viajes. Y aunque no me hacía falta dinero, porque gracias a Alfonso vivíamos muy bien, pero yo quería adentrarme en ese mundo de adrenalina que Mariela describía. Además,

No tuve que pensarlo: decidí incorporarme. Conversamos por unos minutos más. En mi mente, ya me repetía una y otra vez lo que le contaría a mis familiares. Les mentiría. Les diría que trabajaba con una agencia de viajes.

Fui con Mariela a la oficina. Estaba cerca de la cafetería. La oficina estaba en el octavo piso. Al pasar me di cuenta de que había algunas habitaciones. Me aseguró que todos los asuntos administrativos se resolvían allí, y que era poco común que las chicas fuesen a ese lugar. Como Mariela conocía de cerca a la fundadora de la "empresa", solía hacer más labores que el resto de las acompañantes, aunque ya se sentía agotada.

¿Cuántas cosas hacía para sentirse tan agotada? No lo sabía. Mariela me explicó cómo se hacían las reservas. Casi todos los clientes lo hacían por internet, pero otros preferían llamar, como si aún estuvieran en el siglo pasado. Me concentré en la oficina en la que estaba entrando. Mi

responsabilidad era atender a los grupos de clientes. Además, debía tratar con las chicas que también trabajaban en la oficina. Se llamaban Ana y Carla. Se parecían a Mariela, pero eran aún más gentiles. Tenían la voluntad de ayudarme, o al menos eso pensé en ese instante. Las tres me mostraron la lista con los nombres y las imágenes de las chicas, así como los “talentos” que tenían. Me ruboricé enseguida. Mariela empezó a reír. Luego me preguntó de dónde venía yo y qué me había llevado allí. Le dije que hacía casi dos años me había casado. Su respuesta fue una sonrisa. Ojalá yo pudiera sentirme tan feliz como ella. Pero no había amor en mi matrimonio como para estarlo.

Pero sí había recibido una buena noticia: empezaría a trabajar. Tendría tiempo para mí, y podría ser yo misma mientras compartía con otras mujeres.



## Capítulo 2: Julia

Había pasado mucho tiempo desde que estacioné mi auto en el aparcamiento de la oficina. Alfonso había empezado a decirme frases irónicas, y luego había convertido esas frases en oraciones más violentas. ¿En serio nos habíamos casados hacía solo unos años? Me molestó mucho al recordarlo. Luego me sentí peor, cuando empezó a agredirme físicamente.

De no haber sido por esas horas en la oficina, no sé qué hubiera sido de mí. El ambiente laboral era tan cálido que en muchas ocasiones olvidaba qué hacíamos. Para mí, ya se trataba solo de hacer reservaciones y aportar la información que fuese relevante para las próximas citas o fiestas. Poder trabajar con personas agradables y alegres me hizo sentir que renacía. Adicionalmente, la paga era buena. Decidí ahorrar todo lo que pudiera para separarme de Alfonso e independizarme. Estaba claro que tanto mi familia como la suya quedarían en shock, pues creían que éramos la pareja más feliz del mundo, aunque eso era solo una fachada. Alfonso simulaba todo de modo perfecto, si bien yo no podía hacer lo mismo. De hecho, había perdido peso porque no comía nada cuando salíamos a comer con amigos.

Entonces nuestras familias empezaron a pedirme que tuviera un bebé. Así podría recuperar peso, según ellos. La verdadera razón de sus palabras era que esperaban un hijo para que recibiera el legado familiar. Y el dinero. Obviamente, preferían un varón. Un varón que pudiera estudiar leyes y hacerse millonario.

Jamás tendría un hijo con Alfonso. Por mí, podían irse a la mierda. Eso no formaba parte de mis planes. Además, ni siquiera hacíamos el amor. Nuestros horarios laborales nos lo impedían. Yo trabajaba por las noches, y cuando regresaba a casa, ya él se había ido o estaba a punto de hacerlo. Solía pasar muchas horas en la oficina. Eso era común, pues incluso tenía una habitación allí para dormir, si lo necesitaba.

Caminé y llegué hasta la puerta del edificio en el que estaba la oficina. Aunque no sabía de qué manera lo habían logrado los propietarios, el espacio en el que estábamos era completamente legal. Lógicamente, la información que daban en público era poca y nuestros correos electrónicos y llamadas eran escuetas. De todos modos, había muchos crímenes y delitos que investigar como para que las autoridades se fijaran en nosotras. Había seguridad alrededor de las chicas. Un abogado revisaba los antecedentes de los clientes y todos se comprometían a cumplir todas las normas. Debían ser cautelosos. De no serlo, los dueños no les permitían volver. Era un servicio profesional.

Pasé y llamé al ascensor. Al llegar a la oficina sonreí y saludé a las chicas. Puse mi bolso en mi pequeña oficina. Todas lucían contentas. Me asomé a la ventana para contemplar La Octava transversal. Ana sonrió y tomó un lápiz. Yo encendí mi computadora y me senté. "Como puedes ver, hay mucha gente. El próximo lunes será feriado, así que muchos hombres quieren tener compañía para este fin de semana largo", me dijo.

Era verdad. Teníamos mucho trabajo. Entonces me puse manos a la obra luego de buscar una taza de café. Busqué a las chicas que pedían los clientes en función de sus preferencias en la cama y la disponibilidad de las acompañantes. Ya lo hacía casi de modo automático. De hecho, enviaba mensajes de texto o llamaba a las chicas para preguntarles si podían trabajar en ese horario y con ese cliente y luego respondía a los clientes en unos treinta minutos. Solíamos reservar en un hotel

de lujo de Salto Alto. En ese lugar, la seguridad de nuestras chicas estaba garantizada. Los clientes estaban al tanto de ello y estaban de acuerdo.

Antes de que yo llegara, nadie había intentado agredir a una chica. Tampoco había sucedido en mi corta experiencia.

Pasé mis ojos al final de la lista y un nombre me perturbó. Era el último de los clientes que solicitaba a una acompañante. Alfonso. Era mi esposo y quería estar con Isabel, una de las chicas con las que yo había compartido ya algunas cenas. Las palabras que usó Alfonso me indicaban que ya habían estado juntos. Apreté mis puños para no responderle de manera soez. Continué viendo su mensaje. Debí levantarme y tomar aire. Como no le había contado qué hacía para ganar dinero ni me preguntó nada, no iba a contarle. Mi corazón se aceleró con furia.

Sabía lo preciosa que era Isabel, una mujer muy blanca con grandes senos y una linda cintura. Alfonso ya le había hecho el amor. Y no solo eso: le daba dinero para que estuvieran juntos. Me di cuenta de cuán diferentes éramos ella y yo. Mi cabello era de un tono amarillo y un poco más baja. Además, había estado en el gimnasio por dos años. Pero eso no importaba ahora, por lo que negué con mi cara. No se había acercado a mí por algún deseo sexual. Además, no me sentía celosa. Solo molesta.

Quise borrar su mensaje o reclamarle enseguida, pero sabía que Isabel dependía de este tipo de trabajos para vivir. Alfonso se pondría encima de ella y yo no dejaba de pensar en esa imagen y en sentir esa gran furia en mi cuerpo. Nunca me había hecho el amor de ese modo. Ignoraba que le gustara hacerlo en esa posición. Continué leyendo su petición y luego escuché que alguien llegaba a mi oficina. Era Mariela. Rápidamente dejé de ver mi computadora. "¿Te pasó algo? Luces muy mal", dijo. Cuando notó que bajé mi cara, se acercó a mí y tocó mi hombro. Levanté mis dedos para indicarle que viera la pantalla. "¿Qué quieres que vea?", dijo, y se acercó con extrañeza.

Ella abrió ampliamente sus ojos para verme. Todas en la oficina teníamos claro que los clientes eran hombres casados. De hecho, Mariela había reconocido que había tenido relaciones con unos cuantos de ellos. "Esta petición. Es de mi esposo", le dije.

Supe entonces que debía reconocer que no le había contado a Alfonso cuál era mi trabajo. "Carajo", dijo con fuerza.

Recordé por qué estaba usando una blusa larga: me había golpeado los brazos unos días antes. Pero nadie lo sabía. Sus golpes eran más frecuentes. Aunque me costaba reconocerlo, me sentía feliz de saber en qué andaba cuando no estaba conmigo. Ya tenía más razones para dejarlo, aunque la tristeza nublara mi alma. No habría forma de que negara que nuestra relación era una fachada. "Sí. No le conté que trabajo aquí. Todos mis familiares suponen que trabajo en otra cosa. No le he contado a nadie sobre esto, así que esto no es una venganza que está tomando en mi contra", le dije. "Pero ahora, si quiero contar que sé que me ha sido infiel, deberé decir la verdad sobre este empleo. Eso destruirá a mi familia, Mariela. No volverán a hablarme nunca más".

"Tienes otra opción: borrar la petición. Pero si lo haces, Isabel no podría trabajar con él. Sé que irá con tu esposo porque no sabe de quién se trata. Tengo muy claro que nuestros clientes nunca hablan con las chicas sobre lo que sucede en sus casas. Tú decides, cariño".

"Regreso en unos minutos. Por favor, mientras vuelvo, haz la reservación. No tengo las fuerzas para hacerla yo. De todos modos, ya me ha hecho daño. Ya tengo claro el camino que debo

seguir", digo, asintiendo y levantándome para que Mariela se siente en mi lugar.

Después de decir esas palabras, salí del lugar y entré en la pequeña sala de personal. ¿Qué cambiaría si Alfonso hubiera tenido relaciones con Isabel solo una ocasión? ¿Qué cambiará si de todos modos fue infiel? Me sentí asombrada. Había olvidado que nuestra unión solo se había dado por conveniencia. Nunca hubo nada más. Ahora sería más sencillo para mí. Nos divorciaríamos. Exhalé y cerré mis ojos. Levanté mi cara y regresé a la oficina. ¿Listo?", le pregunté. Mariela asintió y su mirada me reveló lo inquieta que se sentía.

Una posibilidad alocada apareció en mi mente. Yo era una chica de veintisiete años. Siempre había sido muy comedida en todos los aspectos. Me había casado con Alfonso una vez que había completado mis estudios universitarios. Era el único hombre con el que había estado. Siempre fue muy rutinario en la cama, hasta que dejó de hacerme el amor. Decidí que era el momento de actuar con desenfreno. Me quedé inmóvil, viendo a Mariela. "¿Viviana continúa en su casa por su lesión?", le pregunté. Era la chica con menos tiempo de la empresa. Había tenido un problema en su pie y había tenido que operarse.

Sus ojos seguían sobre los míos. "Sí", dijo Mariela con reservas.

"En ese caso, quisiera estar con uno de los clientes que suele atender", le contesté con un valor inusual. "Pero quiero que sea sencillo. Quiero simplemente hacer el amor de verdad, Mariela. No quiero a un tipo con gustos locos".

"Entiendo. Todos los hombres desearían estar contigo. Eres una linda chica", me respondió. "Voy a reservarte con un hombre que nunca ha estado con nuestras chicas. Supongo que querrás prepararte antes. Podrías incluso ir a la peluquería y arreglar tu cabello y tu apariencia", dijo, y tocó mi mano.

"Excelente idea", digo antes de sonreír y ver que Mariela se levanta con expectativa.

## Capítulo 3: Sebastián

Por primera vez pedía a una acompañante. Al ser el propietario de una red de casinos y hoteles de lujo, tenía el dinero para hacerlo. La respuesta de la agencia fue escueta. Había estado separado tras la ruptura con mi esposa, quien me había abandonado por el gerente del banco en el que trabajaba. Entonces un amigo me recomendó buscar a una acompañante, una chica especial con la cual podía tener sexo sin compromiso. De hecho, pude pagar mi divorcio y el dinero que Karina me exigió en el juzgado. Creo que al ser un sujeto adinerado, merezco tener una noche de sexo de calidad. No me importó que la agencia respondiera diciendo que la chica con la que estaría era nueva allí.

De hecho, me sentía atraído por la imagen de una chica que no hubiera tenido relaciones con varios tipos. Tendría relaciones sexuales, quizás un tanto pervertidas, algo que no solía hacer con Karina. Eso me permitía pensar que no querría que sacara mi pene de ella en ningún momento. Además, mis gustos eran sencillos.

No era una chica conocida en el hotel. La agencia me lo informó en otro correo. Su nombre era Susana. Supuse que no querían que alguien más supiera esa información.

Me vi en el espejo e intenté peinar mi cabello desaliñado con mis manos. Tomé aire y di algunos pasos para salir de la oficina. Por primera vez iba a pagar para que una chica se acostara conmigo. Eso me hizo darme cuenta de que tenía el dinero suficiente para acostarme con todas las chicas que desear. Contemplé mis ojos azules en el espejo antes de salir. Todas estaban encantadas de verlos, salvo Karina, un ser humano incapaz de apreciar la belleza. Miles de chicas me invitaban a salir a diario o me decían cosas subidas de tono, pero en lugar de aceptar sus propuestas actué como un esposo fiel y me mantuve con Karina. Luego me confesó que había estado con su jefe, un tipo treinta y dos años mayor que ella y con el que ya se había acostado.

Exhalé y observé de nuevo la pantalla.

Entendí que estaría con ella solo en una ocasión. Sería excelente para mí. Tenía claro que los hombres tenemos sexo para olvidar a una chica. Anoté la información en mi celular, aunque no me revelaban muchos datos: se trataba de una chica con cabellos amarillos, y muy hermosa. No se parecía en nada a mi exesposa.

Cuando hablé con mis amigos sobre la agencia de chicas, cada uno de ellos estaba muy satisfecho. Todos me aseguraron que eran preciosas. Además, eran conocidos por la calidad del servicio que prestaban. Pensé en esas referencias desde el lunes, hasta que llegó el viernes y estaba a punto de encontrarme con esa chica desconocida en ese hotel, en un dormitorio que ya la agencia había reservado para nosotros.

Encendí mi auto y llegué al hotel. Luego entré y me puse frente a uno de los ascensores. El lugar era uno de los mejores de la zona. Lo sabía porque yo formaba parte de ese negocio. Se ubicaba en Salto Alto, a apenas algunas cuerdas de mi casa. Había supuesto que Karina querría quedarse con ella durante el divorcio, pero no lo hizo. No hubiera podido, pues la había comprado antes de casarme con ella. Vi mi atuendo y luego salí al estacionamiento.

Presioné el botón del ascensor y contemplé el lugar. El vestíbulo era enorme. Supuse que muchos hombres llegaban a ese hotel para acostarse con algunas acompañantes. Pero antes de llegar,

pensé buscar una chica y llevarla a mi casa. También pensé ir a otro lugar. Un bar o algo similar. Me pareció más sencillo, pero recordé que algunas chicas tenían dificultades para olvidar a sus citas. Mi deseo era hacer el amor y luego despedir a esa chica. Eso me ayudaría a recomponerme y luego finiquitar los últimos detalles del divorcio.

Avancé cuando mi ascensor llegó y puse mi espalda sobre él. Empezó a subir para llegar a mi piso. El lugar era majestuoso, muy diferente a un prostíbulo. Recordé que tenía catorce pisos, por lo que si bien no era muy alto, cada habitación era de gran tamaño. Había estado allí para las conferencias del sector hotelero. Era uno de mis hoteles predilectos, por la belleza que tenía. Era difícil hacer una reservación allí, especialmente para los feriados o el Año Nuevo.

¿Realmente quiero hacerlo?, me pregunté. Estaba llegando allí para tener sexo con una chica que no conocía. Y ella tampoco sabía quién era yo. El ascensor se detuvo y salí. Caminé hacia la izquierda, en busca del dormitorio reservado. Cuando vi el número en la puerta, dejé de caminar.

Decidí que lo haría. Toqué la puerta y luego escuché que la abrían. Poco a poco quedé frente a la chica. "Hola. ¿Eres Susana?", pregunté. Era hermosa, tal como me habían asegurado en la agencia. Tenía una profunda mirada azul como el océano y una piel blanca y rozagante.

Noté que se sentía un poco inquieta. Veía hacia los lados y luego me invitaba a pasar. Contemplé su vestido rojo, ceñido a su cuerpo, que acompañaba con tacones negros bastante altos. Me deleité con sus muslos gruesos y sus senos que amenazaban con mostrarse ante mí en cualquier momento. Vi sus cabellos rizados cayendo sobre sus hombros. Algunos estaban teñidos de un rojo intenso y caían sobre las trenzas de su vestido, combinando con él. Me moví para quedar frente a ella. Comprobé que era más baja que yo, aunque solo por unos centímetros. Sus tacones la ayudaban a verse un poco más alta. Decidí ver otra vez su anatomía. "Así es. ¿Y tú eres Sebastián?", me preguntó con dulzura.

"Imagino que ya sabes que soy novata en estos asuntos", dijo susurrando. Asentí y puse su mirada sobre la suya. Sin duda, a pesar de ser inexperta, era una mujer muy esbelta, si bien no transmitía la lujuria que usualmente transmiten las chicas que trabajan en esas agencias. Sí, estaba por primera vez con un hombre. Saberlo me entusiasmó bastante para hacer la reservación con ella. Tenía claro que ya había estado con otros hombres, aunque me encantaba estar con ella para que me ayudara a olvidar mi separación. La usaría para olvidar. Me sería muy útil, pues ningún otro cliente había tocado su cuerpo. Pensé en esa imagen y sentí que no era tan agradable después de todo. Susana cerró la puerta cuando pasé y tocó su vestido rojo. Realmente era espectacular y estaba buenísima. Era evidente que superaba los veinticinco años, si bien este encuentro parecía incomodarla un poco.

"También soy un novato. Eres la primera acompañante que contrato", confesé. Me vio con algo de confusión.

Puso su espalda en el marco de la puerta. Retiró un poco sus piernas, y la excitación empezó a apoderarse de mí. "¿Y ahora?", me preguntó.

"Lo sabrás dentro de poco", le dije. Avancé hacia ella y sus labios se humedecieron de inmediato. Saca su lengua con lujuria. Le pedí que pusiera sus manos en su cintura, lo que hizo con prisa. Di un paso más y besé su boca suavemente. "Susana, qué bella eres", le dije. Se ruborizó de inmediato. Estaba claro: no estaba acostumbrada a tener sexo de este tipo. Nada de sexo oral ni

esas cosas. Lo habría notado aunque la agencia no me lo hubiera informado. Me invitó a pasar a su boca, abriéndola para mí. Entonces la besé de nuevo y escuché sus suaves gemidos. Llevé mi lengua a su garganta y sentí la suya.

. Puse mis manos rápidamente en su cintura para que quedara más cerca de mí. Mis labios fogosos se concentraban en su boca. Iba cada vez más profundo. Sentí sus delicadas curvas y luego bajé para atrapar su culo. Ella tampoco se detuvo: empezó a tocar mi sien con sus dedos inquietos y agitados. Empujé su espalda suavemente y quedó entre la puerta y mi cuerpo. Volví a besarla y mi erección creció a medida que nuestros cuerpos chocaban. Era la primera vez que nos besábamos, pero la sexualidad que había alrededor me encantaba

Continué besándola mientras la guiaba por el dormitorio. Sus muslos intentaban rodear mis caderas. Mi piel se unía a la suya cada vez más. Avanzamos por la sala de estar y mi boca continuaba unida a la suya. Nuestras lenguas chocaban una y otra vez. Puse mis dedos en sus piernas y levanté ligeramente la tela de su vestido. Noté el calor de su cuerpo. ¿Qué sabor llegaría a mi garganta si beso su vagina?, me pregunté. Entonces subí mis manos. Quería saber si estaba empapada. Ella no paraba de jadear y gemir. Ya no se trataba de una noche de sexo sin compromiso. Ahora deseaba contemplar cada tramo de su piel. Y su mágico olor. Ese suave aroma a frutas del campo recién tomadas de los árboles. Me encantaba todo lo que percibía.

Cuando llegamos a la cama, puso sus piernas en el colchón. En ese instante llevé mi mano a su ropa interior. La fina tela bajo la que estaba su vagina. Sí. Ya estaba empapada. Puse un dedo en clítoris y empezó a gritar de placer. Usé mi otra mano para quitarle el vestido. Susana guiñó su ojo y sonrió. Sabía que yo quería disfrutar cada momento. Sus tacones seguían allí mientras el deseo se incrementaba. Me di cuenta de que sus senos apenas estaban cubiertos con un sostén mínimo. Vi sus pezones, levantados como espadas, y quise saborearlos de inmediato. Dijo mi nombre en voz muy baja. Entonces la acomodé sobre el colchón mientras la desnudaba. Moví mi boca para chupar uno de sus senos y bajé de nuevo mis dedos entre sus muslos.

Arqueaba su cuerpo una y otra vez. Gemía en infinitas ocasiones. Introduje un dedo en su vagina y dejé mi pulgar sobre su clítoris. Mordí ligeramente su pezón simultáneamente. Volvió a gritar y su cuerpo se estremeció. Levantó su pecho para que tomara su otro seno. Lo succioné de inmediato. Esperaba que repitiera mi nombre entre jadeos y luego acabara. Deseaba oír sus gemidos durante el clímax.

Introduje mi dedo más profundo y luego lo retiré. Repetí el proceso varias veces, hasta que alcanzó el orgasmo. Mi mano se llenó con sus líquidos. Dejé mi dedo en su interior. "Es claro que no te has acostado con uno de los clientes de la agencia", le aseguré. Vi sus ojos agitados. Con cada segundo, mi pene reclamaba más y más estar dentro de ella. Pasé mis labios por su garganta. Luego saqué mi dedo y la vi caer con fuerza sobre el colchón. Su respiración era un vaivén. Pasé mi dedo empapado por sus senos y luego los lamí. Estaba llena de sudor. "Puedes decirme por qué decidiste hacerlo".

Me vio sin parpadear "Tenía deseos de intentarlo. Siempre estoy en la oficina y anhelaba experimentar esta parte del trabajo", me contó.

Me dije que hasta ese momento, lo que había pasado superaba cualquier encuentro que pudiera tener con una acompañante. "¿Y qué te parece la experiencia?", le pregunté.

Subió su cara y sus labios mordieron el lóbulo de mi oreja derecha. "Maravillosa", me respondió en voz baja.

"Ahora me gustaría que te quedaras desnuda, Susana. Soy un hombre sano. Estuve casado hasta hace poco. Cuando empecé los trámites del divorcio, me realicé todas las pruebas médicas. Todas indican que no tengo ninguna enfermedad. ¿Qué me dices de ti?", le pregunté. Tenía claras las consecuencias de mi interrogante.

"También estoy sana. Hace mucho que no tengo relaciones", me confesó cuando vi su cara una vez más.

"Esa es una estupenda noticia, porque deseo hacértelo cuanto antes", respondí. Susana abrió ampliamente sus ojos.

## Capítulo 4: Julia

Sebastián se maravilló con mi piel. Parecía estar impresionado de recordar que yo estaba en ese lugar para recibirlo. Apenas obtuve algunos datos sobre él cuando Mariela me dijo que había contratado a "Susana". Básicamente, me dijo que era la primera chica que buscaba. Jamás habría sospechado que estaba tan rico. Su cuerpo me atrajo de inmediato. Al verlo imaginé que me ordenaría hacer alguna cosa asquerosa, pero no fue así. Su boca me besó con fuerza, y eso me encantó. Y cuando llegó a mi vagina inflamada de placer, sentí que salía del universo. Me vio fijamente, puse mis dedos entre sus cabellos y lo halé hacia mí. No paré de gritar en ningún momento. Separé mis piernas para recibirlo. El clímax estaba cada vez más cerca. Ahora tenía ganas de prolongar la experiencia. Chupó mis labios vaginales y después los mordió suavemente. Gemí una y otra vez cuando mi vagina estuvo en su boca. Supe cuánto le gustaba mi cuerpo, pues lo demostraba con esas acciones, que Alfonso jamás intentó llevar a cabo. Los besos atrevidos de Sebastián me hicieron darme cuenta de que a Alfonso no le gustaba hacerme sexo oral. Solo que yo se lo hiciera. Apreté mis puños mientras su lengua y sus dientes me llevaban a la cima del placer.

Estaba mordidiéndome y besándome en todos lados. Alfonso siempre me hizo sentir que el sexo se reducía a proporcionarle placer, pero ahora Sebastián me hacía darme cuenta de que también se trataba de mi placer. Lo supe cuando me penetró con su dedo. Unos minutos después sentí que el placer era demasiado intenso. Me levanté un poco y me acerqué a su cara. Quería quitarle su camisa. Él se percató cuando vio mi cara excitada.

Sebastián me demostró que era un hombre experimentado y tenía más años que yo. No obstante, su pecho estaba tonificado. Lo despojé de su ropa, empezando por su camisa y terminando con sus vaqueros. Su cuerpo apareció ante mí y me deleité con él. Su abdomen, sus piernas duras. Su vientre. Y finalmente, su grueso pene. Alfonso siempre me ordenaba que la metiera en su boca. Sí. No era una petición. Solo una orden. Pensé en ello mientras humedecía mi boca. Vi su cara y tomé su erección. Estaba muy dura. "¿Te gusta?", le pregunté. Asintió y sonrió. "Me parece que no sé muy bien lo que debo hacer".

"¿Qué quieres hacer?", me preguntó, y notó el rubor en mi cara.

Ya recordaba los gustos atrevidos de los clientes de la agencia. "Si algo sé, es que los hombres no buscan acompañantes para preguntarles qué desean hacer", le respondí. "Soy tu empleada esta noche", le dije. Él, en tanto, sonreía y contemplaba mis ojos mientras yo tenía en mis manos su duro pene. Entonces me percaté de lo vulnerable que era y el lugar en el que yo misma me había puesto. Pero rápidamente lo olvidé. Quería saciar la sed de placer que tenía. Mi cuerpo exigiendo a Sebastián y mi vagina vibrando, hambrienta, me pedían actuar de inmediato.

"Continúa, Susana. No pares. Me encanta ver todo lo que haces", admitió cuando pudo abrir sus ojos y ver mi cara. Tomé aire y comencé a tocar su pene. Humedecí mi boca y me deleité con su enorme órgano. Aunque no veía mis dedos, mi rostro y su mirada se nublaron cuando empecé a presionarlo con fuerza. Me di cuenta de que su erección se incrementaba con mis movimientos.

Unos segundos después, sentí que el deseo me superaba. Tenía que complacerlo. Decidí bajar más. La mirada que me regalaba Sebastián era de deseo pura. Llevé mis labios cerca de su glande. Asintió como pudo, y luego abrí mi boca para introducir su pene en ella. Sentí rápidamente el



calor y grosor de su erección. Acomodé mis manos para estar en una posición más confortable. Estaba saboreándolo. "Dime si esto te da placer", le pedí.

Empecé a mover mi boca con fuerza, aceleradamente. Quería que se viniera en mi boca y me llenara con su semen. Solo así me sentiría satisfecha. Él me frenó con un movimiento de su mano sobre mi cabeza. "Susana, quiero hacértelo. Quiero penetrarte para acabar en tu interior", dijo. Luego se arrodilló para ayudarme a quitarme mis tacones. Puso a continuación mi cara sobre una almohada. Su mirada me decía que quería saber si me sentía cómoda. Asentí rápidamente. Entonces subió mis piernas y sus pies quedaron sobre sus hombros. Su pecho estaba frente a mí. Cerré mis ojos y gemí cuando entró en mi vagina. Finalmente sentía que estaba satisfaciendo mi deseo. Tomaba fuerzas para volver a penetrarme mientras se apalancaba con sus manos sobre mis rodillas. Decía mi nombre una y otra vez en voz baja. Sentí que quería estar con él, pero no solo para tener sexo y luego despedirnos. Tal vez no experimentaría esto con ningún otro cliente de la agencia. Ya estaba convencida de que Sebastián hacía todo cuanto podía para llenarme de placer. Decidí apretar mi boca para no confesar mis anhelos. Además, él no debía saber ni siquiera cómo me llamaba realmente.

Al cabo de unos segundos y varias penetraciones, me vine. Sebastián se vino también. Dijo mi nombre ficticio una vez más, apenas un segundo después de mi clímax. Nuestras pieles sudaban mientras chocaban cuando cayó sobre mi pecho. "Eres una chica estupenda. No creí que me gustaría tanto", dijo con seriedad, confesando lo que seguramente ambos sentíamos. Sentí su corazón acelerado sobre mis senos.

Recordé a Alfonso y lo terrible que se comportaba cuando empezó a tomar más. Se comportaba de modo más hostil. Pasaba más horas fuera, lo que sin duda fue un factor importante para que yo me mantuviera en la casa. Como no tenía un lugar al cual pudiera huir, ese sexo era una especie de venganza. Una venganza perfecta, pues tenía un nombre falso y él no sabría nada de lo que había pasado. Cuando pensé en otras cosas que podían suceder por mis actos, me agité. Al principio creí que me sentiría mal por lo que había hecho, pero resultó que deseaba volver a hacer el amor una y otra vez con Sebastián. Él, por su parte continuaba besándome y acariciando mi piel. "Supongo que aunque solo sea sexo sin compromiso, es placentero", dije a modo de chiste. No obstante, en mis pensamientos estaba convencida de lo contrario.

Tomó mi seno y succionar el pezón con lentitud. Volví a gemir. Separó mis muslos y vio fijamente mi vagina. Luego volvió a penetrarme. Fue impresionante saber que rápidamente su pene de nuevo estaba erecto. "No se trata de eso", dijo. "Se trata de que tu vagina es deliciosa, Susana. Es cerrada y me encanta".

Cerré mis ojos. "Honestamente, también me encantó estar contigo. Es la primera vez que siento algo así", respondí. Quería borrar esas frases, pero sabía que ya no podía. Debía actuar como una acompañante, no como una esposa frustrada o una jovencita calenturienta.

"¿En algún momento serás más atrevida?", me preguntó. Me penetró con fuerza otra vez, y entendí que su pregunta era una especie de invitación a soltar mi imaginación.

Tal vez había llegado el momento de serlo. Actuaba como un semental alimentándose de su presa. Rasguñé su espalda y él me penetró con fuerza. Recordé que una vez había arañado la piel de Alfonso, intentando encontrar algo de placer. Ahora estaba haciéndolo en un momento maravilloso. Con mis dedos clavados en sus años le indicaba que me penetrara con más poder, y

con mis piernas levantadas le pedía que se acercara a mí y dijera mi nombre en mi oído.

Me quedé impactada. Tuve un segundo orgasmo. Fue tan poderoso como el anterior. Sebastián me convenció de quedarme el resto de la noche con él, y aunque una voz en mi mente me exigía que regresara a casa, me quedé allí, disfrutando cada segundo, teniendo un orgasmo tras otro, algo que no había vivido jamás. El dolor y el cansancio no me importaron.

Cuando abrí los ojos luego de dormir, eran las cinco y treinta de la mañana. Me levanté y me vestí con el atuendo que había usado para llegar al hotel. Encendí las luces para darme cuenta de mi soledad. Ya estaba acostumbrada a esa sensación por mis años con, o mejor dicho, sin Alfonso. Tomé el vestido que Mariela me había entregado para la cita y lo guardé con sumo cuidado. Lo dejé en mi bolso junto a los tacones. Entré al baño para lavar mi rostro y evité darme una ducha. Si llegaba a casa con el cabello empañado, Alfonso me preguntaría dónde había pasado la noche. De todos modos, me había dicho que estaba viajando por trabajo, lo cual no sabía si era cierto, y esperaba que continuara en medio del país. Arreglé la habitación y noté un trozo de papel en la mesa de noche. Mi pecho empezó a agitarse. Me acerqué para tomarla. Debajo del papel había un fajo de billetes de alta denominación. La sorpresa me atrapó de inmediato.

Ya quiero verte de nuevo.

Esa información casi hizo que me desmayara. Era un ciclo en el que no quería entrar. Acostarme con un sujeto que no conocía. Además, ellos no me tratarían como lo había hecho Sebastián. Guardaría ese lindo momento y volvería a mi rutina. Lo supe de inmediato: no quería repetir la experiencia.

Entonces otra duda surgió en mi mente ¿Qué había pasado en realidad? Me había vengado de mi esposo por su comportamiento aberrante, algo que inicialmente no creí que haría. Hasta allí llegaba mi historia, aparentemente.

Guardé los billetes, observé el dormitorio y salí. Bajé al vestíbulo y lo vi con detalle antes de bajar del ascensor. Como mi jornada laboral comenzaba a las dos, podía tomar una siesta en mi casa, si bien en ella no tendría el confort del colchón del hotel. Además, Sebastián tampoco estaría allí para llenarme de placer y abrazarme.

Llegué y dormí, aunque me costó mucho. Cuando desperté, me preparé un emparedado y lo comí luego de bañarme. Recordé mi verdadero nombre y el fuego que había despertado en mí mi otra identidad. Un fuego que nunca había experimentado.

## Capítulo 5: Julia

Decidí llegar al edificio diez minutos antes de mi hora de entrada. Tomé café y encendí mi computadora. Las chicas de la oficina me vieron y me saludaron con alegría. Ninguna estaba al tanto de lo que yo había hecho horas antes, cuando había dejado de ser la secretaria y me había convertido en la acompañante. Mariela se había encargado de todo. Reservó la cita porque yo estaba tan agitada que no podía hacerlo. Decidí guardar el secreto.

Ya podía olvidar mi labor incipiente como acompañante. Había abierto otra cuenta en el banco, de la que Alfonso no sabía. Los billetes, todos de cien mil pesos, ahora estaban depositados en ella. Cuando recordé en qué lo usaría, sentí algo de placer. De todos modos, Alfonso estaba lejos y no podía decir nada. Tomé los billetes y salí del hotel. Me servirían para reiniciar mi vida con independencia. Todas las chicas que trabajaban en la agencia obtenían grandes sumas cada mes. Les encantaba, como a todas las chicas de ahora. Eso me hizo recordar que la mayoría de los hombres no era semejante a Sebastián. Nuestras altas tarifas y las estrictas medidas que tomábamos para proteger a las chicas alejaban a casi todos los sujetos que se acercaban. Queríamos mantener la reputación y evitar que las chicas corrieran riesgos afuera. De todas maneras, entendía que había otro lado de este trabajo que no era muy agradable. Lo supe por Mariela, quien me narró muchas cosas sobre ella y otras chicas que trabajaron o trabajaban aún para la agencia. Entendía muy bien ese lado oscuro. La imagen de Sebastián vino a mi mente. Me trató con cariño, aunque también me dio un placer con su actitud salvaje. Me hizo darme cuenta de que podía sentir placer. Además, la suma que me dio me permitía vivir cómodamente por un tiempo. Y podía seguir trabajando como secretaria.

Eso no impidió que pensara en Sebastián. Quería saber con quién se acostaría luego. Estaba siendo pesimista. Reservaba a las chicas y su imagen llegaba a mi mente. Sus radiantes e intensos ojos, sus fornidos pectorales moviéndose cuando él me hacía el amor. Estaba buscando su nombre por todos lados para encontrarlo pronto.

Mariela llegó a mi escritorio a las seis. Se sentó a mi lado y supe por su sonrisa malévola lo que quería saber. Sabía, no obstante, que había revisado todo sobre Sebastián antes de permitirle estar conmigo. "¿Qué tal estuvo?", me preguntó con algo de inquietud.

"Es un hombre adorable. Me sentí estupenda", le conté. "Además, me regaló un millón de pesos. ¿Los clientes suelen hacer eso?". Me vio, sorprendida.

"Bueno, esta es una agencia que trata con clientes de clase alta. Suelen dar esas sumas cuando pasan toda la noche con las chicas. ¿Lo hiciste?", me preguntó, con la curiosidad aflorando en su mirada. Me ruboricé y asentí. "¿Despertaste a su lado?".

"Pasamos toda la noche juntos, aunque no estaba cuando me levanté", dije. "De todos modos, no esperaba desayunar con él. ¿O debía hacerlo?". Vi su cara fijamente.

"Claro que no. Se fue antes, como hacen todos los clientes, para no tener que despedirse incómodamente de ti. Ese momento es horrible", me dijo entre carcajadas. "Me alegra que la hayas pasado bien. Supongo que quieres repetir la experiencia". Bajé mi cara para que no notara mi dolor.

"¡Jamás! Me gustó, pero creo que no nací para esto. Solo quería hacerlo una vez. Saber de qué se

trata todo esto. Además, debo poner algunas cosas en orden en casa", le dije, recordando a Alfonso. Mariela sabía tan bien como yo que Alfonso ya se había acostado varias veces con Isabel, pero evitamos decirle que yo era su esposa. Isabel era una linda y educada joven que trabajaba como acompañante para terminar la universidad. No podía interponerme en sus metas. Adicionalmente, el hecho de que él buscara acompañantes me permitía tener algo de paz. Estaba afuera, bebiendo o haciendo el amor, y no iría a casa hasta el día siguiente.

No me gustaba para nada cuando llegaba a casa luego de beber. Los golpes...

"Claro. Comprendo que lograste lo que buscabas: salir y romper con la rutina", dijo, golpeando ligeramente mi hombro.

"¿Hay una chica que se llama Susana?", nos preguntó Ana. "Hay un cliente que pregunta una y otra vez por ella, pero no la tengo en mis apuntes". Se acercó a la puerta de mi oficina con unos trozos de papel en sus manos.

Mariela me vio y sentí que iba a caerme en cualquier momento. "Sí. Como es nueva, no está en la base de datos. Pero no le gustó mucho el trabajo. No te preocupes, Ana, yo me haré cargo", le dijo, y luego sonrió. Volvió a verme y me pidió que le pasara la computadora portátil. Asentí y la extendí con mis manos. Quedó frente a ella y ambas vimos la pantalla. Revisó las solicitudes con calma y en unos momentos abrió ampliamente sus ojos. "Como sospeché, es Sebastián. Está buscándote".

Puse mis manos en mi cara. "¡Pero no estoy en este negocio! ¡Y mi nombre no es Susana!", le dije con fuerza al ver su expresión de curiosidad. Escribió algo en la computadora para enviarlo. Lo hizo segundos después y me vio.

"Ya está resuelto. Le dije que Susana no podrá ir y le sugerí algunas chicas", me informó. Una extraña sensación apareció en mi mente. ¿Eran celos? Vio la pantalla. Había un mensaje de vuelta de Sebastián. "No aceptó ninguna de las sugerencias. Parece que tu vagina es muy poderosa, cariño".

Apreté mis puños. "No es gracioso", le dije en voz baja. "No quiero tener otro encuentro con él. No estamos en una película romántica, Mariela". El hecho de que hubiera recibido dinero por tener relaciones sexuales con alguien ya me resultaba un poco sórdido. Volver a hacerlo me parecía absurdo. No sabía qué podría pasar.

"Me aseguraste que te había gustado", me recordó. "Parece muy ansioso, cariño. ¿Por qué no le respondes?". El rubor de mis mejillas también me recordó las emociones que sentí. Realmente todo me había gustado. Las caricias de Sebastián, sus besos, y obviamente, sus ricas penetraciones.

"De acuerdo. La computadora, por favor, Sé cómo lidiar con esto", le pedí en voz baja. Mariela se fijó en mis movimientos. Sentí que me imploraría tomar con cautela la computadora que los propietarios me habían entregado. Leí su correo. Entendí que Mariela tenía razón. Quería estar conmigo nuevamente. O mejor dicho, con Susana. Me estremecí cuando me di cuenta de que el deseo que él sentía se replicaba en mi pecho. Yo también deseaba verlo pronto. Decidí enviarle un correo con un tono bastante serio. Le dije que ella había abandonado ese mundo, pero que tenía muchas chicas que estaban dispuestas a complacerlo.

Me dediqué a hacer otras reservas. Sebastián volvió a escribir. Decidí usar la navegación privada

para que nadie más se enterara de nuestras comunicaciones. No quería que nadie se enterara de que yo era Susana. En su correo, manifestaba que deseaba saber por qué ella había salido “de ese mundo” si solo había estado en él por unas horas. Horas en las que él había sido mi único cliente. Buscaba alguna frase que me ayudara a salir de ese escollo de forma definitiva. Aseguré que Susana estaba convencida de que ese mundo no era conveniente para ella. Que no debía tomarlo de forma personal. Pero en mi mente, me repetía una y otra vez que lo haría de nuevo, si no estuviera casa y mi vida fuese un desorden total. Subí mi cara y tomé aire.

Cuando Sebastián dejó de escribir, supuse que era el fin del asunto. Durante la mañana siguiente tampoco escribió. Estuve haciendo reservas y hablando sobre las bondades de nuestras chicas hasta la hora del mediodía. Salí a almorzar a un restaurante cercano. Me vi en el espejo de la entrada. Mi nuevo aspecto me encantaba. Me sentía agradecida con Mariela. Me había convencido de cambiar mi apariencia. Busqué una silla en la parte izquierda del lugar y los hombres no dejaban de verme. Mis rizos lucían más coloridos. La peluquera se había esmerado para cortarlos de forma zigzagueante. Ahora esas ondas caían por mis hombros. La estilista del lugar me había indicado cómo resaltar mis ojos. Había usado maquillaje en la mañana para lograrlo. No había olvidado cómo me había visto Sebastián. El deseo que brillaba en su mirada. Además, que quisiera verme por segunda ocasión me hacía sentir tan feliz que no recordaba cuándo había sido la última vez que había experimentado algo tan grato. Suspiré y pedí arroz con pollo y jugo de naranja. Busqué mi celular para leer las noticias. Cuando llegó mi orden empecé a comer. Me encantó esa sensación de calma. Por primera vez en mucho tiempo podía almorzar con tranquilidad en lugar de apurarme para regresar al edificio.

Regresé al edificio para retomar mis labores. No solía haber mucho trabajo durante los sábados, excepto cuando el lunes siguiente era feriado. Como había pocas citas, pude ver algunas notas en algunas páginas de internet. Tomé café y reí al leer algunos chistes en el monitor. Una reserva apareció en la esquina inferior, así que volví a trabajar. Fijé el encuentro una vez que vi la disponibilidad de la chica. La imagen de Sebastián regresó a mis pensamientos.

Pensamientos en los que el recorría otra vez mi vagina con sus labios hábiles. Jamás hubiera pensado que podría experimentar algo tan poderoso. El recuerdo hizo que mi cuerpo se inflamara por el dolor. Sus besos, sus delicadas caricias, seguían intactas en mi mente. Además, su voz sería repitiendo mi nombre, me hizo temblar. Bajé mi mano para tocar mi pierna. Entonces otro cliente pidió otra chica. Sabía que se trataba de hombres que buscaban chicas a último momento para pasar la noche. Me sentí dichos de poder concertar esos encuentros antes de volver a casa para descansar. Luego empezaría a laborar mi reemplazo, una chica que había dado a luz hacía poco y solía trabajar de noche en su propio hogar.

De todos modos, dejé la solicitud de Sebastián en los archivos privados. No quería que alguien más la viera. Vi que en su correo aparecía el nombre de un hotel de la ciudad. ¿Era un empleado de ese hotel? No lo sabía. Era un lugar muy famoso y amplio. Estaba incluso por encima de los estándares de los hoteles empleados por nuestra agencia. De hecho, lo único que conocía de él era su habilidad para poseer a una mujer. Aunque realmente anhelaba conocer más detalles sobre su vida, entendí que yo no era una espía ni un detective contratado para saber sobre él. Además, tenía que ordenar mi propia vida antes de atreverme a hacer algo como eso.

Cuando terminé de trabajar, volví a mi casa. El jefe de seguridad de la empresa me acompañó hasta mi auto. No dejé de sonreír en ningún momento. Sonreí también, agradecí su gesto y encendí

mi auto. Me dirigí a mi hogar luego de estacionar. Por fin estaba de regreso en casa. Sola y feliz. Podía seguir trabajando en la agencia hasta que tuviera dinero suficiente para comprar una casa más cómoda y grande. Una que fuese solo mía. Alfonso me dejaría en la calle si me divorciaba de él. Además, ambas familias me desterrarían de sus vidas.

Pasé a la sala, entrando por la puerta de la cocina. Busqué agua en la nevera, encendí las luces externas y fui al sofá de la sala de estar para ver algo en la televisión. Estaba segura de que en unos segundos iría a mi colchón para emular los movimientos que ya había hecho en la agencia. Era la primera vez que me tocaba. Eso me ruborizó. Simplemente no podía controlar el deseo que Sebastián provocaba en mí. Quizás tocarme sería útil para olvidarlo y darme placer en el proceso.

Unos minutos después me dormí. La sensación era extraordinaria. Mis manos estaban empapadas con mis líquidos liberadores. ¿Por qué no sentí ese mágico placer antes?

## Capítulo 6: Julia

Desde el lunes comencé a trabajar de nuevo. Me encantaba estar en la agencia, lejos de Alfonso o sus recuerdos. De hecho, tomé horas adicionales en la oficina, pues había muchas reservaciones pendientes. Unos días después Sebastián volvió a pedir a Susana. Al día siguiente volvió a hacerlo. Al día siguiente también. Decidí escribirle un correo para reiterarle que ella ya no trabajaba allí. No quise recomendarle a otra de las chicas, porque había dejado claro que no deseaba estar con nadie más.

Y recordarlo me hizo sentir bien. Muy bien.

De todas maneras, él no deseaba tener más sexo sin compromiso. Lo dejó claro, al igual que yo. Me limité a decirle que ella estaba afuera. Mis respuestas fueron concisas y profesionales. En un momento pensé contarles a las chicas lo que había sucedido, pero me di cuenta de que tendrían mucha curiosidad. Todas nos conocíamos, aunque fuese solo un poco en el caso de algunas. Sabían que “Susana” no era una empleada de la agencia. ¿Qué sucedía en realidad? ¿Quién había inventado la mentira? ¿Por qué lo había hecho? Me harían esa clase de interrogantes y yo no querría responderlas. No necesitaba más curiosidad. Era suficiente con ocultar lo que hacía a mi familia y a mi esposo, si podía llamarlo de ese modo.

Finalmente Alfonso regresó a casa. Habían pasado seis días tras mi encuentro de alto voltaje con Sebastián. Vio mi cabello e hizo algunos comentarios sarcásticos. Ojalá mamá pudiera enterarse del modo en el que él me trataba. “Pareces un volcán en erupción”, dijo. ¿En serio crees que luces bien?”, preguntó a continuación. Volteó y volvió al garaje. Quedé sola en la sala de estar. Mis lágrimas me impedían ver con claridad. Sebastián hablaba conmigo de un modo totalmente distinto, respetuoso. Cada segundo lo echaba más de menos. Puse mis manos sobre mi cara. Regresé a mi cuarto, tomé un baño y luego me lancé en mi cama. Le pedí a Dios con fuerza que no permitiera que Alfonso regresara. Ni siquiera para despedirse. Ya no quería saber a qué mujer se cogía ni en qué hotel de lujo estaba. Mi único deseo era que se fuese. Lejos. Lo más lejos posible. Me alegré al no volver a escucharlo por el resto de la noche.

Al día siguiente me levanté a las seis en punto. Tenía que relajarme tras la noche que había tenido. Fui al gimnasio a ejercitarme. Me puse prendas deportivas y salí de casa con prisa. Éramos suscriptores del gimnasio desde el año anterior. Alfonso me pedía que fuese todos los días, pero yo no obedecía.

Mi madre me parecía una linda mujer, a pesar de su trato. Iba al gimnasio cada día, sin falta. Aunque ya tenía casi sesenta años, lucía como una mujer de cuarenta. Y su cabello era del color de las avellanas. Era delicado, como su piel. Además, su cuerpo estaba muy bien cuidado. El hijo de puta de su yerno me había repetido una y otra vez que la acompañara, a lo que me negué rotundamente. Papá también era un ejemplo de belleza. ¿Cómo había sido posible que me engendraran?

Alfonso descendía de una familia europea. Mi suegra era una mujer alta y blanca. Todos en su familia tenían esos rasgos mediterráneos. Mi suegro, en tanto, era más bajo, y su temperamento era un asco. Actuaba como si su familia fuese un feudo bajo su mando. Tenían dos hijos, además de Alfonso. Ambos estaban casados y tenían tres hijos cada uno. Obviamente, cada vez que nos visitaban me preguntaban cuándo me convertiría en madre, lo que yo no quería ser por el

momento.

Tomé el auto y fui al gimnasio. Estaba cerca de casa. Estacioné y recogí mi cabellera. Apagué el auto y salí de él. Al pasar le mostré mi carnet a la recepcionista. Entré y mi mente me absorbió. Iba a subir a una de las bicicletas, pero una imagen me impactó. A la derecha estaba Sebastián. Se dirigía a una de las máquinas de estiramiento y yo me quedé sin palabras. Tal vez era el momento de salir. Su atención estaba en el aparato ubicado frente a él. Quizás no se daría cuenta de que yo había estado allí. No notaría mi cabellera en medio de la gente. Solo se había fijado en ella cuando la había halado mientras me penetraba con todo su pene.

El pensamiento hizo que me sintiera avergonzada. Avancé hacia un espacio más reservado. Era una sala femenina. Allí solo estaban algunas chicas que no querían sentir las miradas atrevidas de los hombres. Era el lugar ideal para mí. Subí a la única bicicleta libre y encendí la radio en mi celular para concentrarme. Mis músculos me dolían, tal como me habían dolido después de hacer el amor con Sebastián. No había estado en el gimnasio en casi un mes. Quizás era el momento de ir al gimnasio al menos tres veces a la semana. Así desaparecerían la tensión por mi rutina con Alfonso y el peso extra en mi cuerpo al que mi madre se refería cada vez que nos encontrábamos.

Todos estaríamos contentos.

Desde mi lugar podía ver todo lo que sucedía en el gimnasio, incluyendo lo que hacía Sebastián. Su cuerpo estaba empapado y llevó una toalla a su pecho. Lo vi salir. Entonces entendí que ese era el hábito que mantenía a su cuerpo en excelente estado. Estaba en el mismo gimnasio al que yo iba. Aparentemente, era el momento de buscar otro lugar ejercitarme. Él iba constantemente en ese lugar. Si yo continuaba yendo, eventualmente nos topáramos. Y eso no debía suceder.

Abrió la puerta para salir y deseé con todas mis ansias estar nuevamente con él. Como una película romántica, todos los minutos que viví a su lado estuvieron pasando por mi cabeza. Cada momento que pasamos juntos apareció de nuevo en mi mente. Y esas imágenes me excitaban rápidamente. Me mojé, no solo con el sudor por el ejercicio, sino también por el deseo que sentía. Recordé que podría contactarlo por correo electrónico, pero no tuve el valor. Simplemente no lo tuve.

Cuando me sentí agotada, tomé una ducha rápida, salí del gimnasio y regresé a casa. Además me puse tacones. Aunque mi apariencia no era importante, pues yo no atendía a los clientes, me parecía que debía consentirme y mejorar mi apariencia con cierta frecuencia. Por eso, ya en mi cuarto, me maquillé y busqué un vestido azul para ponérmelo.

Al llegar a la oficina, saludé a las chicas con besos en las mejillas y una amplia sonrisa. Busqué café y encendí mi computadora. ¿Qué sucedería esta mañana? ¿Quiénes pedirían reservas? Tomé asiento y probé mi café. Estaba contenta después de esa rutina de ejercicios en el gimnasio. El primer mensaje que llegó fue de Sebastián.

¿Cómo puedo contactar a Susana personalmente?

No supe qué decirle en ese momento. Pero luego contesté.

No se llama Susana. Tampoco quiere tener otro encuentro. No tiene nada que ver contigo.

Rápidamente respondió, diciendo que pensaba en ella constantemente. Quería saber su nombre. Y decía que ansiaba estar con ella de nuevo. Reiteré que ella no quería o no estaría disponible. Me



sentí triste cuando le recomendé a tres chicas del “catálogo” de la agencia.

Continué con mi trabajo, aunque el tiempo parecía ir muy lento. Reservé a algunas chicas, intentando concentrarme y olvidar a Sebastián. Pero no lo lograba. Lo que había hecho había sido un error. Lo que sucedería después me preocupaba. Era una mujer comprometida. Una corazonada me indicaba que no permitiría que lo dejara, o al menos no sería tan sencillo. No debía haber hecho lo mismo que él había hecho. Aunque él me hubiera maltratado durante años, yo no tenía el derecho de vengarme de ese modo.

Además, estaba poniendo en riesgo a un hombre agradable como Sebastián.

Pronto sería la hora del almuerzo. Me enfoqué en las reservas. Quería hacer todo lo posible para no pensar en él. Decidí quedarme en el edificio. Ordené comida chica. Algo me inquietaba. Podía encontrarme con él de nuevo. Era posible que viviera cerca de mi casa. Y ya él sabía que mi nombre no era Susana. ¿Qué pasaría si se topara conmigo nuevamente? ¿Qué me diría o pensaría?

Decidí quedarme en la oficina a partir de esa noche. No saldría a comer e iría a ejercitarme en un gimnasio más lejano. Aunque Alfonso pasaba la mayor parte de su tiempo fuera de la ciudad, cuando llegaba era evidente su presencia. No paraba de referirse a mí con palabras soeces. Yo hacía todo lo que estaba en mis manos para ignorarlo. Pero una noche me golpeó tan fuerte que caí de bruces contra la pared. "¿Qué carajo quieres?", le susurré. La furia se notaba en su mirada. Era la misma mirada y la misma expresión de su papá. Empecé a preguntarme cuánto daño le había hecho Enrique a su esposa. Lo vi fijamente, esperando su respuesta. Su brazo apretaba mi garganta, y entendí que a partir de ese día debería llevar blusas con cuellos altos para evitar que la gente viera sus marcas en mi sien, a pesar de que el verano se acercaba.

"¿Qué quiero? ¡Saber si te acuestas con otro hombre! Solo mira tu cabellera. Ahora repentinamente quieres ir al gimnasio todos los días. ¿Estás faltando a nuestra promesa de amor?", me preguntó, calmando repentinamente su voz. Luego empezó a reír.

"¿‘Promesa de amor’? ¿Tú me preguntas eso?", le pregunté cuando quitó su brazo de mi cuello. “Eres tú quien apenas viene aquí”.

"Porque tengo que trabajar, Julia. Al parecer, esta es tu forma de agradecerme. Si trabajo es para que puedas tener este estilo de vida.", dijo antes de llorar. "Dejo que tú también trabajes. Creo que es el momento de saber en qué laboras, aunque no te agrade la idea", exclamó. Empecé a suspirar y volvió a tomarme, ahora por el brazo.

Sentía un profundo asco, mezclado con una sensación de vulnerabilidad. Cuando finalmente se fue, fui al baño a ducharme. Le había asegurado que trabajaba en la única rama laboral para la que supuestamente tenía talento. Ahora me recriminaba duramente por ello. La imagen de Sebastián en el hotel, a mi lado, me ayudó a sobrellevar ese dolor.

Recordé que le había dicho a toda mi familia que trabajaba en una agencia de viajes. Ellos no se interesaban en mí, por lo que no estaban interesados en acompañarme a ver mi trabajo. Sabía que si en algún momento me lo pedían, inventaría algo para convencerlos. Pero no lo hacían, porque solo les interesaba “el gran trabajo” que tenía Alfonso.

Esperaba que Alfonso se sintiera satisfecho. Ya estaba fuera de la casa, o al menos así pensaba y sentía yo. Ya no quería estar con él. Menos en la cama. A pesar de que aún era su esposa.

## Capítulo 7: Sebastián

Estaba lleno de ira. Cerré mis ojos y llevé mis manos a mi cuello. Susana no salía de mi mente, por lo que no podía concentrarme en el proyecto del hotel que se construía en Rusia. Una y otra vez le escribí a la agencia para hablar con ella, pero solo me aseguraron que no estaba disponible. Y no lo estaría más. Eso me dejó en shock. Creí que la había pasado muy bien conmigo, que había entendido que me fui a primera hora de la mañana porque tenía que viajar por trabajo. Había sido generoso con ella, incluyendo la propina. Valía la pena dársela por su grata compañía. También le dejé una nota en la que le manifestaba mi deseo de encontrarme con ella otra vez. No me gustó la idea de dejar dinero en su mesa, pero comprendí que debía hacerlo. Había sido mi acompañante.

La última información que obtuve de la agencia indicaba que no se llamaba como yo creía. Era lógico. Quería mantener su verdadero nombre en reserva. Y me dijeron, además, que estaba fuera del negocio. ¿Qué haría yo al respecto? No lo sabía, y eso me inquietaba.

La agencia se comunicaba solo por correo electrónico. Supuse que debían tener números telefónicos también. Y que estaban en algún lugar de la ciudad. Si conseguía esos datos, tal vez podría encontrar a la chica. La conocería y sabría quién era realmente. Lo que pasó esa noche fue más allá del sexo. Además, estaba seguro de que ella no era parte del mundo de las chicas de compañía. No transmitía esa imagen.

Empecé a hacer una búsqueda en internet para obtener más datos de la compañía. Busqué la dirección para apuntarla. Habían sido muy meticulosos para estar fuera del radar, pero yo sabía cómo obtener datos que querían ocultar, especialmente en línea. Vi la hora y me di cuenta de que era tarde. Tal vez haría la búsqueda después. Estaba convencido de que tenía que encontrarme con ella otra vez.

Volví al gimnasio a las siete de la noche. Creí que todos me observaban. Me metí de lleno en las máquinas. Quería olvidar a la chica. Vi el lugar y noté que todos los aparatos estaban ocupados. Todo el mundo estaba concentrado en sus ejercicios. Oían música en sus auriculares o veían la televisión. Suspiré y entré en las otras áreas de ejercicios. Ninguno de los clientes me veía.

Tal vez estaba alucinando.

Cuando dejé de ejercitarme, tomé una ducha breve y volví a casa. Allí me di otra ducha antes de acostarme. Tal vez iría a la agencia al día siguiente, una vez que almorzara, e intentaría obtener alguna información. Desperté y fui a la oficina. Tal vez el día sería mejor que el anterior. Iba a concretar los planes del hotel en Moscú. Adelanté bastante y luego hice una parada para comer algo antes de emprender el camino a la agencia. Tras ver la calle, me di cuenta de que ocupaba un espacio en uno de los grandes edificios de esa zona. Recordé a la chica, bajo mi poder, arañando mi espalda y gritando. Me encantó ese sexo animal y lujurioso. Y ya quería repetirlo.

Almorcé y caminé por la calle. Vi todas las fachadas mientras llegaba al edificio de la agencia. Vi también los autos y el resto de los edificios. Frené mis pasos y tomé aire. Observé una silueta femenina salir del estacionamiento del edificio gris. "¿Eres tú, Susana?", pregunté. Era una chica pelirroja y espigada. Volteó y se quedó petrificada. Caminé hacia ella y el brillo de su cara iluminó la mía. Abrió ampliamente sus ojos y me regaló su linda mirada.

Pasé mis ojos por todo el lugar. "Hola. ¿Por qué estás aquí?", me preguntó en voz baja.

"Bueno, quería hablar contigo, pero como no pude hacerlo, decidí venir por mi cuenta", le conté. "¿Cómo te llamas realmente?". Ella se mostró molesta.

"¡Cariño!", dijo una voz femenina a unos metros de nosotros. La chica giró para encontrarse con la mujer que la llamaba. Ya caminaba para encontrarse con nosotros. "¿Qué tal?", dijo, viéndonos y fijándose luego en mí. Sus ojos pasaron por todo mi cuerpo. Trabajaba en la agencia. Lo supe por el tono de su voz, aunque no era muy explícito. "Buenas tardes", dijo después.

Noté el cuello alto de su camisa, a pesar del intenso calor que hacía. Bordeábamos los cuarenta grados, y la gente en la calle usaba shorts cortos y camisetas sin mangas. No entendí por qué usaba esa ropa. "Acompáñame", pidió "cariño". Caminó al lado de la otra mujer. Fui tras ellas. Repentinamente, "cariño" se detuvo. Se acercó a la oreja de la otra mujer y le pidió quedarse a solas conmigo unos minutos.

Vi sus hermosos ojos al comprobar que me miraba fijamente. Su belleza era espectacular. Además, no necesitaba maquillaje para verse bien. Apenas usaba un tono claro en su boca y algo de delineador en sus ojos. Nada más. "Ahora, Sebastián, dime por qué viniste realmente".

"Ya te lo dije. Quería hablar contigo", le recordé. Bajó su cara y exhaló.

"De hecho, fui yo quien respondió todos tus correos", me contó. "Trabajo en la agencia como secretaria, no como acompañante. Lo hice solo por una vez. Contigo. No quería estar siempre como acompañante", dijo en voz baja. Me sorprendí. Fruncí mi ceño.

Recordé nuestro encuentro y que habíamos estado juntos sin usar preservativos. Al parecer, estaba tan seguro de mí como yo de ella, aunque yo no entendía por qué. "¿Por qué decidiste estar conmigo?", le pregunté.

"Solicitaste a una chica, pero no podía estar contigo. Decidí reemplazarla", me contó con tristeza. "Y salió bien. Me trataste muy bien, Sebastián. Y eso fue todo".

Noté su expresión de seriedad y luego retomó la calma. Sus palabras indicaban algo distinto a lo que decía. Yo estaba seguro de que había sentido algo por mí. Se notaba en su mirada y sus besos. "¿'Eso fue todo'?", le pregunté. "Creí que había sido una de las mejores noches de nuestras vidas. Quisiera estar contigo otra vez, de hecho". Sus ojos seguían sobre mí.

"Entiendo, pero no va a suceder. Debo volver al trabajo", contó, y luego giró.

"Claro, pero podría pasar por ti una vez que hayas terminado de trabajar. Me gustaría saber más de ti. No quiero conformarme con lo que pasó esa noche. Podríamos simplemente conversar", propuse. Vi los alrededores y bajé mi voz. "Eres una mujer muy hermosa. Quisiera saber por lo menos tu nombre real". Noté que se ruborizaba.

"De verdad debo volver, Sebastián. Nos vemos luego. Oh... y me llamo... Julia", respondió, también en voz baja. Luego mordió su labio inferior.

Subió al edificio y observé cómo tomaba al ascensor para llegar a un piso superior. ¿Por qué Julia estaba tan cubierta a pesar de ese clima? Regresé a la calle y el sol hizo que mi piel ardiera.

Julia seguía en mi mente, aunque pasé el resto de la tarde en la oficina, respondiendo correos sobre el hotel en construcción. Decidí retomar la comunicación con ella. Aseguré que quería volver a verla. Tenía claro que sería ella quien me respondería. Aguardé su mensaje.

Sebastián, ¿por qué insistes?

Porque tengo muchas ganas de verte. Si de algo estoy seguro, es de que sentiste que hubo algo poderoso entre nosotros... Julia.

Eso era lo que había sucedido. No tenía nada que ver con el dinero.

¿De verdad fue tu primera vez como acompañante?

Me agité un poco y esperé su respuesta. Le había transmitido mi molestia con mis palabras.

He tenido relaciones, pero nunca había sido acompañante. Claro que fue mi primera vez. ¿Pensaste que tenía experiencia en esto?

No. Y estoy seguro de que sentiste algo cuando estuviste conmigo. Lo supe cuando me tocaste y me besaste. ¿A qué hora terminas de trabajar?

Sebastián, no seré una acompañante. Como te dije, no quiero involucrarme en estas cosas.

Te aseguro que no te involucrarás en ese mundo. Quiero tratarte como otra chica. Alguien especial.

Estuve viendo el monitor, pero sus respuestas no llegaron. Ese fue el fin de la charla.

Apagué la computadora y fui a acostarme. Tenía una separación en ciernes y, además, no me gustaba acosar a una chica. Quería concluir el asunto pronto, pero no podía olvidar a Julia.. Recordé nuestros momentos. El insomnio me afectó. Bajé mi cara y me di cuenta de que tenía una erección. Lo tomé con mi mano derecha.

Debía liberarme pronto. Tenía un deseo enorme de estar con Julia por segunda ocasión. Poseerla en las mismas posiciones en las que ya la había tenido. Diría su nombre real entre orgasmos y quejidos. Empecé a tocarme. Acabé y me asecé con unas toallas húmedas.

Deseaba estar solamente con ella. Podría buscar a cualquier chica en algún bar y luego la desecharía, pero yo no quería hacerlo.

Tenía experiencia en el campo de la conquista. La dejaría tranquila por unos días y luego insistiría. Además, haría todo lo que estuviera a mi alcance para que se impresionara conmigo.

## Capítulo 8: Julia

Debía volver a la oficina. Sebastián insistió mucho en lo de salir conmigo. Intenté negarme completamente, pero no lo logré. Sentía el mismo deseo que él sentía. Quería estar de nuevo en sus brazos, pero eso no iba a suceder. Si me atrevía a estar con Sebastián, eso traería serios inconvenientes. Seguía casada con Alfonso.

Tenía que sacarlo de mi vida. Sacarlo definitivamente. Deseaba sacar de mi mente los momentos que vivimos, pero no podía. La intensidad de nuestro encuentro seguía allí. La imagen en mi mente era muy fuerte. Sebastián había dicho la verdad: lo nuestro fue más que sexo por dinero.

Mi esposo pasaba más tiempo afuera, pero cuando volvía, se comportaba como un perfecto imbécil. Cuando no me hacía daño con sus palabras, me lastimaba con sus manos. Sus frases eran tan dañinas como sus golpes, y me sentí feliz de que no estuviéramos juntos en la cama de nuevo.

Mi cuerpo había empeorado cuando quince días después, Sebastián volvió a escribir. Mi cuello y mis brazos estaban inflamados. Tenían un tono morado bastante marcado. Usé una blusa con mangas largas y cuello alto, así como maquillaje fuerte, para ocultar las marcas de los golpes. Me concentré en la computadora. Tomé café y esperé que el día transcurriera.

Era un día normal, hasta que vi su correo. Leí sus palabras. Eran las que siempre usaba. Quería estar conmigo. Como mujer. Aseguraba una vez más que quería encontrarse conmigo, pero no para tener sexo. Creí que iba a empezar a llorar. Dijo que podíamos vernos luego de mi trabajo y por un momento me convencí de hacerlo.

Esta noche, a las nueve y treinta, estaré disponible.

Después de unos minutos de espera, respondió.

¿De verdad?

Así es. A esa hora terminé de trabajar. Puedo encontrarme contigo. Me gustaría mucho.

Esas no eran las palabras que planeaba decirle. El mensaje original era que estaba casada y no tenía tiempo para verlo.

De acuerdo. Te esperaré afuera. Mi auto es un sedán azul. Nos vemos.

Así será.

Sí, sería así. Lo decepcionaría de la forma más delicada posible. Nos veríamos y conversaría con él para terminar el asunto de una vez por todas. Me había encantado estar con él en la cama, pero tenía mis dudas sobre la posibilidad de que hubiera algo más. Algunas acompañantes me habían contado que algunos clientes sentían conexiones con ellas y pedían estar solo con ellas una y otra vez. ¿Sería real esa conexión? ¿O era solo deseo sexual?

Comí algo ligero para tener energía y luego tomé una gaseosa. No quería dormir. Pasé la tarde muy asustada. Decidí no maquillarme. Mi cara era un desastre. Elegí una blusa blanca y unos vaqueros grises, que acompañé con zapatos bajos.

Iría solo para darle una conclusión al asunto. No obstante, también quería conocer su percepción sobre mí. Él me veía como mujer, como ser humano. Deseaba muchísimo recibir algo de ese cariño y respeto.

Apagué la computadora y las luces. Eran las nueve y treinta. Ya mi reemplazo estaba lista para empezar. Cuántas ganas tenía de verlo. Vi la ciudad por la ventana. Recogí mi cabellera. Aseguré mi oficina y bajé. Le dije al agente de seguridad que alguien me esperaba. Sonrió y se despidió de mí. Un auto de lujo me esperaba. Sebastián estaba dentro y me saludó con un gesto de su mano y una sonrisa. Asentí y sonreí también.

Salió del auto y abrió mi puerta. Mucha gente salía o entraba en las discotecas y los restaurantes. Vi hacia los lados, subí a su auto y suspiré. Él caminó para llegar a su puerta. Luego me preguntó si tenía apetito. Apenas había comido algunas cosas ligeras a lo largo del día. La rutina de ejercicios estaba acabando con mi energía. "Tengo mucho apetito. Hoy solo he comido ensalada", le conté al ver su cara. Me costaba creer que un hombre tan atractivo deseara compartir una noche conmigo.

"De acuerdo. Podríamos ir a un lugar más reservado".

Una luz roja nos detuvo. "¿Te sientes bien?". Me vio fijamente.

"Oh, sí. Tuve mucho trabajo, es todo. Me gustaría ir a un lugar relajado". Asintió y siguió conduciendo. Llegamos a un restaurante sencillo, cerca del sur. Sonrió y me preguntó si las pizzas formaban parte de mis platos favoritos. Asentí. Abrió ambas puertas y esperé afuera mientras él llegaba al restaurante y conversaba con la anfitriona de la recepción. La sonrisa de la chica indicaba su coqueteo abierto. Sonreí y vi que sacaba su billetera de su chaqueta. Me impresioné, pero también me sentí mal. Había un hombre comprando una cena para mí. No recordaba cuándo había salido Alfonso a comprar una cena para mí, sin la compañía de sus padres. Había pasado tanto tiempo que ya no lo recordaba.

Sebastián recibió las cajas de pizza y se despidió. Se dirigió a su puerta y yo quise abrir la mía para recibir mi caja. Presionó un botón para activar mi puerta y sonrió. Dejó las cajas en el maletero. Solo había dos puertas. Vi el fondo y me sentí contenta con su auto. Era la primera vez que subía a un vehículo como ese. Subió y arrancó, rumbo al norte.

Llegamos a una casa sencilla. Estaba en los suburbios. Llegó al estacionamiento, apagó el auto y salió. Vi la casa y me asombró. No era el palacio que imaginé que sería, por el auto que tenía. Lo vi y la curiosidad se asomó en mi cara. "¿Qué sucede?".

Me costaba encontrar una frase educada. "Nada. Es solo que creí que sería más grande. ¿Vives aquí?", le pregunté. "Cielos".

Rió y cerró sus ojos. "Así es. Compré esta casa para rentarla, pero luego decidí dejarla para mí. Es cómoda porque estoy solo. Estaba entrando al hogar de un hombre desconocido. Descendí y se dirigió a mi puerta para abrirla. La agitación me estremeció. ¿Por qué lo estaba haciendo? Apenas sabía algo de él. Sus ojos me ofrecieron la paz que necesitaba. "Oye, puedes estar tranquila. Entiendo cómo empezó todo. Cenaremos y conversaremos un rato, Julia. Te prometo que solo sucederá lo que quieras que suceda. Fin".

Asentí y salí del auto. Suspiré para calmarme. Tomé una caja y Sebastián tomó la restante. Llegué a la entrada de su casa, no sin antes ver la ciudad a mis espaldas. Introdujo la llave para abrir, invitándome a pasar. Lo hice, y de inmediato el aseo y los lujos del interior me impresionaron. Guió mis pasos al comedor, puso su pizza en la mesa y luego tomó la mía. Quedaron una al lado de la otra. Pasé mi mirada por el lugar y vi una mesa de mármol al lado de una ventana. Buscó dos

platos y cubiertos.

Buscó unos trozos de pan. Fuimos a la mesa y Sebastián me preguntó si deseaba tomar algo, un vino o una cerveza. "Vino, por favor", le dije. Se dirigió a su nevera y sacó una botella. La abrió y nos sirvió. Me vio fijamente. "Me gustaría saber por qué tenías tantas ganas de verme", le susurré.

Había dejado de usar la alianza hacía muchos años, cuando entendí que mi matrimonio no tenía futuro. Alfonso también lo había hecho. Sebastián no sabía de mi matrimonio. Solo sucedería si yo le contaba.

"Sentí una conexión tan real que no quería separarme de ti. Era la primera vez que estaba con una acompañante, pero en ningún momento me pareció que fueses alguien así. Mientras hacíamos el amor, me sentí... entre las estrellas. Para mí, no fue sexo por dinero. Y fue asombroso saberlo", dijo con una sonrisa alegre. "¿Y tú qué sentiste? Sé honesta, por favor. Por cierto, tienes un nombre muy hermoso".

Probé mi vino y luego llevé un trozo de pizza a mi boca. La mordí con calma. El sabor me encantó. "Te lo agradezco", contesté. "Hice tu reserva. La chica estaba en casa tras una intervención quirúrgica. Sentí un deseo fuerte y repentino. Le pedí a Mariela, mi compañera, que me enviara. Indagó sobre ti para comprobar que no tuvieras problemas. Todo salió bien".

No apartaba sus ojos de mi cara. "Pero no quisiste verme durante varias semanas. ¿Por qué?", me preguntó.

"Porque soy una mujer... casada, Sebastián", le dije, abriendo mis ojos de par en par para ver su reacción. "No tenemos relaciones. Tampoco soy feliz. No he estado bien nunca, pero he permanecido a su lado por la esperanza de que las cosas mejoren. Pero eso no ha sucedido. Estoy con él solo porque nuestros padres y los suyos alcanzaron un acuerdo. Y todo empeora cada vez más". Ví sus ojos y noté la expresión de solidaridad y tristeza. "En una ocasión estaba haciendo las reservas y su nombre apareció en la pantalla. Él no sabe que yo trabajo allí. Entonces apareciste".

Su cara se nubló con un profundo dolor. "Ahora entiendo. Fui el tonto útil que te sirvió para tu venganza", aseguró.

"Inicialmente sí quería vengarme. Mostrarle mi molestia. Quería estar con un hombre para tener sexo de verdad. Era un plan interesante", le dije, confesando lo que había pasado. "Pero me equivoqué. Ahora siento la experiencia de un modo diferente", dije, encogiéndome los hombros. "Tú tampoco has salido de mi mente, pero no creo que lo nuestro tenga futuro". Aparté mi pizza. Ya no tenía hambre.

"Claro que podría tenerlo. Déjalo", me indicó. "Ya sé que te hace infeliz". Se levantó y se acercó a mí.

"Porque no me ama. Pero se cree mi dueño. Ya me lo ha demostrado", le conté. Su boca acarició suavemente la mía. Quise subir mis mangas y bajar mi cuello, pero no lo hice. Luego vi su cara. "Sebastián...", dije, pero no continué. Cerré mis ojos y mi boca chocó con la suya mágicamente. Le demostré cuánto quería besarlo también.

## Capítulo 9: Sebastián

Tomé su cuello con suavidad para no lastimarla. La besé de nuevo y sentí que estaba otra vez entre las estrellas. Finalmente estábamos juntos otra vez. Abrió su boca y mi lengua entró en su garganta. Su lengua la recibió. Mi boca se llenó con el aroma de la pizza y el vino que había tomado, pero no me importó. Solo quería besarla sin parar.

Ya me había dicho que estaba comprometida, por lo que me parecía incorrecto estar con ella, pero eso no me detuvo al final. Ya había estado con ella y había saboreado cada milímetro de su piel. Además, la confesión contundente que había hecho me había convencido de estar con ella: era desdichada con su esposo. Él no la amaba. Ella era atractiva. Una mujer especial. Además, estaba llena de fuego. Merecía estar con alguien que la respetara, que la hiciera sentir mujer.

Acaricié su mano y la subí por su brazo. Antes de llegar a su hombro escuché su gemido de dolor. Moví mi rostro y me fijé en mi mano sobre su hombro. Me retiré y vi sus ojos. Estaban llenos de llanto. "Dime qué sucede", le pedí. Tomé su camisa y quise quitársela, pero negó con un movimiento de su cara.

Se acercó a mi boca nuevamente. "No pasa nada, Sebastián, pero no lo hagas", me pidió con fuerza. "Quiero que me beses. Y nada más".

Intenté concentrarme en sus emociones, pero su boca ágil hizo que solo pudiera pensar en la pasión con la que actuaba. Llevé mi boca a su espalda, esparciendo besos profundos que le arrancaban gemidos intensos. Me tomó con fuerza por el cuello y llevé mis dedos a sus nalgas. Las palpé con todo mi poder. Presioné sus muslos y una pregunta llegó a mi mente. ¿Subo a Julia a mi cuarto? No había planeado llevarla a mi hogar para hacerle el amor, pero su excitación era tan fuerte que yo ya no podía esperar más. Abrió sus piernas y las levantó para sujetarse de mis caderas. Debía cogerla pronto. Me apretó mientras la conducía por la sala de estar para llevarla a mi habitación. "¿Seguro que quieres?", me preguntó. Avanzamos y mi erección no paraba de crecer.

Sus manos seguían en mi cuerpo. "Por supuesto. Eres la única mujer con la quiero estar. Además, no tienes que preocuparte. Estás segura conmigo", le aseguré.

Con prisa empezamos a quitarnos la ropa. Caímos en mi cama rápidamente mientras mi boca seguía atada a la suya, al igual que mi cuerpo. En unos segundos mi piel quedó expuesta, al igual que sus senos y el resto de su cuerpo. Chupó mi mentón y mis lóbulos, y yo gemí en respuesta. Carajo. Se aferró a mi pecho, y pude sentir la temperatura ardiente de sus caderas. Qué deseo tan fuerte sentía de volver a estar en su rica vagina.

Sentí la delicadeza de su vientre cuando volteó para estar sobre mí.

Giré su cuerpo y vi su cara. "Quiero hacerte mía".

"Yo también lo quiero, Sebastián", dijo, reconociendo su deseo, al tiempo que su mirada pasaba maliciosamente por mi pecho y yo hacía lo propio con su cuerpo. "¿Qué pasa?".

Frunció su ceño y agitó sus manos. "Nada. Es solo que me doy cuenta de que te has ejercitado. Tu cuerpo lo deja muy claro", aunque estaba oscuro, podía ver su piel.

"Sí. Voy al gimnasio al que vas. Aunque te vi en varias ocasiones, no permití que supieras que yo



estaba allí”, me dijo, sonriendo ampliamente. " No quería verte. Incluso me obligué a buscar otro gimnasio”.

Me dio un beso suave en la boca. Tenía un gran deseo de demostrarle cuánto quería hacerla sentir bien, satisfecha, feliz. Me incliné hacia su cara. Ella se movió con calma y seguí sus movimientos. Se alejó para recibirme y la penetré. . Dije su nombre varias veces, al tiempo que dejaba mi pene en su interior por unos segundos, sin moverme. Luego me retiré y volví a entrar. Me recibió con placer, amoldándose perfectamente a mi pene. No pude hacerlo por mucho tiempo. Sentí que era incorrecto. No obstante, cuando volví a impulsarme, la sensación fue maravillosa. Empujé con todas mis fuerzas para acabar. Sus tetas se movían hacia arriba y hacia abajo. La imagen de sus pezones erectos me encantó. Me dije mentalmente que los besaría sin parar cuando hubiera sacado todo mi semen. Haría todo lo que pudiera para disfrutar otra vez toda su maravillosa y esbelta piel.

Nuestras caderas se movían rítmicamente. Estaba dentro de ella, cavando cada vez más profundo. Se impulsaba hacia mí y supe que mi orgasmo se acercaba. Mi boca se adentró en su cuello, besándolo hasta llegar a sus orejas. Dijo mi nombre una y otra vez. Archeó su espalda y supe que su clímax estaba a punto de llegar. El mío llegaría casi simultáneamente. Mis gritos se unían a los suyos.

Mis labios encontraron su boca y chuparon sus gotas de sudor. Mi piel se erizó cuando me abalancé sobre sus pechos. Bajé mi cara para encontrarme con su cuello. Lo mordí ligeramente y caminé más con mi boca, alcanzando sus senos empapados. Parecía que sus pezones me invitaban a besarlos. Atrapé uno con mi boca y con mi mano apreté el otro. Mordí suavemente su teta y un ruido salvaje de su boca levantó mi pene otra vez.

Fui por su otro seno. Mi dentadura se aferró a él, y no dejé de preguntarme si alguna vez su esposo le había hecho el amor de esa manera. Negó con su cara. Seguí contemplando su belleza. Al mover mi cara hacia arriba, noté la inflamación en su sien. Sus brazos también estaban morados. Me levanté, aunque ella extendía sus brazos para dejarme sobre ella. La inflamación era evidente. El miedo saltó a su cara. "¿Fue tu esposo?", le pregunté. "¿Ese... sujeto te golpea?".

"Sí, aunque empezó hace poco. Un año y medio aproximadamente. Ya te mencioné que no estamos juntos por amor. Es solo una imagen que mostramos ante nuestras familias. Ya estoy convencida de que... vivo una doble vida", dijo, bajando su cara. "Pero nadie lo sabe. Porque ninguno ha visto las marcas en mi piel".

Toqué su cara delicadamente. "No vas a regresar a tu casa", le pedí. "Me molesta saber que un hombre pueda lastimarte".

La vi fijamente. "Sebastián, él tiene poder y dinero. Te lastimaría sin dudar", dijo, y su voz sonó como una advertencia.

"No tengo miedo. Es un sujeto que te maltrata. Nada más. Por eso no debes volver".

"Si no vuelvo con él, deberé olvidar a mis familiares. Aunque no estoy en contacto con ellos, sé que preferirán al yerno adinerado. Estoy segura", dijo, con sus ojos humedecidos. "Sebastián, no sabes nada de mí. Créeme cuando te digo que no querrás que forme parte de tu vida, tan pronta y repentinamente, y especialmente con este peso que llevo sobre mis hombros". Me acerqué y besé su boca.

"Sé que me gustaría mantenerte a salvo. Además, me haces sentir cosas muy especiales. Te pedí que saliéramos porque quería saber más de ti. Me contaste lo que sucede, así que puedo ayudarte. Haré que salgas de ese infierno. Deseo hacerlo. Haré lo que esté a mi alcance", le dije, aunque ella mostraba dudas con su mirada.

Besó mi boca otra vez. Se puso sobre mí y bajó sobre mi pene. Volvimos a estar sin protección. El fuego de sus profundidades levantó la temperatura de mi cuerpo. De nuevo se robaba mi atención con su cuerpo. Me contó que estaba usando píldoras anticonceptivas. Me contó que su esposo, a pesar de ello, usaba protección cuando tenían sexo, cosa que ya no solían hacer. Sus senos empezaron a moverse y llevó mis manos a su cintura para que controlara su ritmo. No me gustó la idea de que estuvieran juntos, pero recordé que conformaban un matrimonio. Por eso, cuando terminamos de hacerlo, le pedí que se quedara conmigo, que pasara la noche en mi casa. Era cierto que sabía poco sobre ella, pero me parecía que la información que me había dado bastaba para que quisiera alejarla del horror de su esposo.

Permaneció a mi lado para retomar el aliento. Su mirada se concentró en mi cara y luego se fijó en mi dormitorio. Recordé que si estaba a mi lado era porque quería vengarse de su esposo o mostrarle su ira, un hombre dispuesto a estar con una acompañante, aunque tenía a una hermosa mujer en su casa. También me recordé que yo estaba con ella por placer. Placer sexual. No obstante, mis emociones me indicaban que el paseo por las estrellas que sentía que daba cuando ella estaba conmigo no había terminado.

Al cabo de unas dos horas, dijo que se iría. No quise acompañarla ni despedirla, pero sabía que tenía que hacerlo. Le aseguré que al día siguiente la contactaría. Me contó que su turno de trabajo empezaba al final de la tarde. Estaba allí por la simple razón de que no quería estar al lado de su esposo. Estaba ahorrando para dejarlo. Entendí que, aunque deseaba estar lejos de él, se le hacía difícil separarse. No contaba con sus familiares, como les sucedía a muchas mujeres casadas que querían separarse. Solo contaba con sus amistades. Eso limitaba su voluntad. Además, había ahorrado dinero, una suma que yo no sabía si alcanzaría. La llevé donde estaba su auto y esperé que subiera. Una camioneta de lujo me indicó que su marido tenía dinero. Y le servía para mantener las apariencias.

Subió la corta escalera y encendí mi auto otra vez para regresar a mi hogar. Allí me recibió el silencio. Me acosté en mi cama. La imagen de mi cuerpo unido al suyo llegó a mi mente. El aroma de su cuerpo aún se percibía. Recordé cómo recibió mi pene. Me encantó su cuerpo jodidamente sexy. Había sido uno de los encuentros sexuales más placenteros que había tenido, pero lo mejor era la sensación que crecía dentro de mí. ¿Era correcto sentir algo por una mujer que ya estaba con un hombre? ¿Un hombre que la maltrataba? ¿Era correcto para mí, que estaba a punto de divorciarme?

No pensé en nada de eso cuando busqué una acompañante. Iba a ser sencillo. Sería una noche de sexo salvaje, y nada más, como ella había asegurado, pero ya no se trataba solo de eso. La certeza pasó por mis pensamientos antes de que me quedara dormido. Debía enfocarme en mi separación, un asunto del que no le hablé a Julia. Quizás yo también tenía un gran peso sobre mis hombros.

Y quizás debíamos tomarnos un tiempo para solucionar esos asuntos y quitarnos esas cargas.

## Capítulo 10: Julia

Llegué a mi casa. Me sentí feliz al ver que no estaba Alfonso. Le diría alguna historia en caso de que me preguntara. Tal vez no lo haría. No sabía lo que pasaría. Tampoco tenía la certeza de la hora a la que llegaría. Me resultaba más sencillo bañarme y descansar en soledad. Sentía que el apocalipsis no había llegado después de todo.

¿Qué pasaría si le planteaba a Alfonso una separación? ¿Cuál sería la reacción de mamá? ¿Y la de papá? Con el dinero que había ahorrado podría comprar un pequeño apartamento, pero sabía que tenía que hacerlo sola.

Me había encantado Sebastián. Era un gran hombre, un sujeto muy amable y delicado, capaz de hacerme sentir emociones muy agradables tanto en la cama como fuera de ella, pero solo habíamos estado juntos un par de noches. Noches de placer. Placer mayoritariamente sexual. Aseguré que me mantendría a salvo, que me ayudaría a dejar a Alfonso, pero era claro que no sabía el precio que tendría que pagar. Papá era tan adinerado y tenía tanta influencia como mi esposo. Todo estaría bien si nadie se enteraba de su existencia, pero en cuanto mis padres o Alfonso supieran de él, harían hasta lo inimaginable para hundirlo. O lastimarlo. Para mi padre, Alfonso era un hombre ideal, por su dinero y sus negocios, por lo que no querría que lo dejara. Por su parte, mi madre me decía que pensar en dejarlo era una estupidez, aun cuando ella estaba también sumida en una relación sin emociones ni amor. Ellos jamás se habían amado. Conmigo repitieron la historia. Para mí, no estaba bien seguir con alguien por quien no sentía amor, pero debía armarme de valentía para abandonar ese barco que amenazaba con hundirse y llevarme al fondo. Era el momento de asumir las riendas de mi vida.

Pero seguía con Alfonso. Sebastián y yo no paramos de hablar en línea todo el tiempo. Me reveló que estaba separándose. Había buscado a una acompañante por esa razón. Pero eso había quedado atrás, porque la fuerza de nuestro vínculo era inmensa. Supe que era el dueño de una cadena de hoteles y casinos. Fue una herencia de su abuelo, que había fallecido ocho años antes. Él contaba con su familia, un grupo de personas que siempre lo habían apoyado. Conversaba con ellos a diario y los visitaba durante los feriados. Tanto sus padres como sus hermanos menores estaban en tenía una familia cálida y cariñosa, con dos padres y un hermano y una hermana que vivían en Los Cantares.

Nada en su vida se parecía a la mía. Crecí sin sentirme amada. Mis padres nunca estaban en casa cuando era niña. Solo la niñera era atenta conmigo.

Me enfoqué en las reservaciones, así como en lo que ocurría en la oficina. Comenzaban las vacaciones escolares y muchos hombres iban con sus esposas e hijos de viaje. Había poco trabajo. Quedé sola en la agencia. Y en casa. Alfonso había estado de viaje por muchos días. Por fin me sentía segura al dormir. Sus múltiples negocios lo mantenían ocupado, lo que me parecía perfecto.

Me encontré con Sebastián unos días después, aceptando su propuesta de vernos. Era una noche de viernes. Me esperó fuera de la agencia. Subió su mano para pedirme que viera el maletero. Allí supe que tenía algo de comida para la cena. Como tenía claro que nadie debía vernos, fui de prisa a su auto y condujo con rapidez hacia su casa. Buscamos la comida en su auto y nos sentamos frente a su televisor para ver una película de acción. Vi a Sebastián y sonreí. Era comida china.

Me encantó la salsa.

Cada vez me convencía más de que era una persona muy agradable y respetuosa. Nuestras conversaciones me permitieron saber más sobre su vida. Probé la carne de mi plato y pasé mis ojos por la sala de estar. Me sentía cómoda allí, con sus sofás blancos y la chimenea llena de fuego ardiente en la pared derecha. "¿Esta es la casa que compartías con tu esposa?"

"Así fue. Ella no tenía dónde vivir, por lo que se instaló conmigo acá unas semanas antes de la boda. Pensé que funcionaría, que había amor mutuo, pero con el tiempo las emociones se apagaron rápidamente. Confesó que estaba saliendo con su jefe. Allí entendí todo". Hizo una pausa. "Ya no estamos juntos, y me dolió mucho su comportamiento, pero ahora mi deseo es que todo salga bien. Y ojalá no reciba lo que pide: la mitad de las cosas. Me esforcé mucho para tenerlas mientras ella no hacía nada. Ahora que estamos separados, me siento mucho más feliz", dijo, viéndome fijamente.

"MI mayor anhelo es la libertad. En cuanto deje a Alfonso, si finalmente lo hago, no voy a pedirle nada. Ni siquiera la televisión. Espero que mis ahorros me permitan serlo. Lástima que voy a perder a mis padres también", dije, bajando mi cara. Sebastián acercó su mano y acarició mi muñeca.

"Te aseguro que no te pasará nada", dijo Sebastián. "Solo te sucederá algo si te quedas con él. La tristeza va a matarte, Julia. Espero que ese no sea tu destino. Haré todo lo posible para darte una mano y que salgas de ahí". Me sorprendí. "Tal vez tus amistades en la oficina puedan ayudarte. Puedes contar con ellos. Son una familia para ti. Aunque tus lazos con ellos son distintos, son la familia con la que puedes contar". Moví mi cara y vi sus ojos.

"Siempre me he preocupado por satisfacer sus peticiones. Lo he hecho para sentir que me aman. Estar con Alfonso fue la cima de sus caprichos. Lo adoran por el dinero que tiene, pero no saben que me lastima", dije con dolor. "Además, tampoco harían nada al respecto. Supongo que mi papá tampoco ha amado nunca a mamá. No tengo idea". "Nada de lo que me ha sucedido con ellos es real". Bajé mi cara otra vez y comencé a llorar.

Me acercó a su pecho y dejé mi cara en su hombro. Alfonso jamás me trató de esa manera. Subí mi cara y luego besé su boca, con mucha ternura, y cerré mis ojos, dejándome llevar. Había tanta dulzura y calma en sus labios, que me acerqué más y más. Entonces me haló hacia su pecho velozmente. Mi beso se hizo cada vez más intenso, y en un momento mi lengua chocó con la suya.

El deseo apareció en mi boca con ese encuentro de labios. Sebastián tomó mi vestido y lo subió lentamente hasta dejarlo sobre mi cintura. Me costaba tomar aire, calmar mis músculos sedientos. Pasó mis dedos por mi cuerpo y la electricidad impactó en mi pecho. Sus dedos descubrieron las gotas de excitación que salían de mi vagina. Recliné mi cuerpo y sujetó mi tanga. Alfonso salió rápidamente de mis pensamientos.

Rápidamente me quitó el vestido y lo ayudé a desnudarse. Bajé sobre él y guié su pene hasta mi entrada. Sentía que ya era adicta a su erección, al placer que me daba y la mezcla de emociones que despertaba. Me tomó con fuerza por las nalgas y empecé a gemir. Me encantó recibirlo otra vez. Me cogía con prisa, con hambre. Chupó mis labios y sus dientes luego se aferraron a mi cuello. El calor de su semen inundó mi vagina. Comprimí mis labios vaginales para llenarme de él. Ya Sebastián estaba convirtiéndose en alguien importante para mí. No estaba con él solo por

placer. Me gustaba estar a su lado, hablando, y enterándome de todo lo que había pasado en su vida. Era feliz con sus palabras, con sus sonrisas, con sus gestos animados.

Sus abrazos y besos también me producían alegría, pero entendía que había peligro detrás. Alfonso lo lastimaría si decidía hacerlo. Mantenerse a mi lado le permitiría asociarse con la oficina de abogados de papá. Eso le daría más dinero y poder. Era la idea que había tenido desde el principio, la razón por la que se había unido a mí inicialmente. No querría que la imagen de un “matrimonio feliz” se derrumbara. Entendí que tampoco había amor en el matrimonio de mis padres. Tal vez me tuvieron por un error de cálculo. Esa posibilidad incrementó mi tristeza. “¿Por qué nunca tuvieron un bebé?”, le pregunté con genuina curiosidad.

Vio fijamente mis ojos. “Quise tener varios, pero nuestro matrimonio fue muy corto. Solo duró tres años, y como ella quería ascender en su trabajo, así como yo quería concentrarme en mis hoteles, no los tuvimos. Creí que tendríamos tiempo con el paso de los años, pero no fue así”, dijo.

“En mi caso, desde el comienzo entendí que no debía embarazarme de Alfonso. Nuestros amigos siempre preguntan cuándo los tendremos, pero él los distrae porque comienza a hablar de su oficina”.

Me puso en su pecho y acaricié su abdomen. Estaba aún empapado. “Tienes que salir de allí, Julia”, dijo. “No te imaginas lo feliz y libre que te sentirás”. Sonrió y acercó mi cara para darme un beso en la mejilla. “Y podrás contar conmigo. Te apoyaré siempre”.

Alfonso seguramente estaría “viajando”. Decidí quedarme con él hasta la madrugada. Cuando el reloj marcó las dos y treinta de la mañana, le pedí a Sebastián me llevara a mi casa, si bien se negó inicialmente. De nuevo habíamos estado juntos, haciendo el amor. Mi cuerpo había estado en su cama y me había llenado de placer una vez más.

Manejé para volver a mi hogar. Sebastián no salía de mi mente. Sus palabras estaban allí. La soledad de mi cama me arrojó por unos momentos. Tenía la posibilidad de huir de este lugar que no me daba la calidez de un hogar y buscar un apartamento que sí pudiera sentir como tal. Ya mi trabajo me había dado dinero suficiente como para hacerlo. Nadie estaba al tanto de eso. Pero la idea de perder a mis padres me atemorizaba. De todos modos, ellos y yo no éramos precisamente una familia amorosa. Nuestra relación se basaba en las apariencias, en las imágenes para los periodistas y los socios. Pero era simple falsedad. A pesar de ello, suponía que el vacío me destruiría. Me daba miedo estar completamente sola.

Contaba con mi trabajo y mis amistades de la agencia. Sus compañías me alegraban, pero mi esposo nunca me brindaba el amor o la compañía que necesitaba para sentirme plena. Ya estaba al tanto de la cantidad de veces que había tenido sexo con Isabel. Además, había tenido citas con un par de chicas más. Tal vez había otras en su vida que yo desconocía.

Cuando empezó nuestro matrimonio, le aseguré a Alfonso que tenía varias alergias, incluyendo una a las píldoras anticonceptivas. Por esa razón usó condones. Mis padres insistían en que tuviéramos un hijo, o varios, pero no me sentía lista. Alfonso asintió. Solo así me atreví a hacer el amor con él, aunque eso solo sucedió pocas veces. Entonces empecé a usarlas, a escondidas, para no tener un hijo. Para mí, estar con él era simplemente un momento de distracción. De ese modo, se calmaba un poco y no me golpeaba por varios días. Comenzó a pasar más tiempo fuera de la casa, así que no tenía que estar pendiente de su deseo sexual. Me encantaba estar sola. Podría

pagar el lugar una vez que nos separáramos, pero las cifras de la hipoteca eran altas. No podía pagarlas y era un sitio muy grande para mí.

Alfonso consideraba la casa como un premio más, un galardón que podía mostrar a sus amigos. No me importaba si la conservaba. Solo deseaba conservar mi auto. Lo había pagado completamente. Era lo único que realmente me gustaba. Sabía que a mí también me consideraba un premio, un trofeo más, y recordé cuánto se esforzaba por mostrarme como una mujer que amaba al inicio de nuestra relación. Pero no era amor genuino.

Sebastián pasó por mi mente otra vez. Evoqué el calor que me producía. Eso jamás hubiera estado en mis pensamientos al momento de planear mi primera y única cita como acompañante. Creí que sería vergonzoso, pero fue todo lo contrario. Un momento lleno de lujuria. Ojalá todos los clientes trataran de ese modo a todas las chicas. Así, podría pensar en estar con alguno de ellos. Pero tenía claro que esos tipos ricos actuaban siempre como unos pendejos. Entonces sobre el sofá y repasé la opción de marcharme. No estaba convencida de hacerlo.

Mariela y el resto de las chicas lidiaban con ellos de la mejor manera, pero yo no podía hacerlo. Solo podía estar con Sebastián, porque era muy distinto a ellos. Me excité de nuevo al recordar el deseo que se cernía sobre nosotros cuando nos encontrábamos. Había algo poderoso que me convencía de volver a buscarlo, si bien era un error. Seguía comprometida, si bien ese matrimonio era una farsa. Noté cómo reaccionó, con dolor, al ver las marcas de los golpes de Alfonso. Pensé que iría a buscarlo, pero no lo hizo. Estaba, por los momentos, calmado. Lo nuestro era un amorío al que uno de los dos le pondría fin, si lo deseaba, pronto.

Alfonso aseguró que estaría fuera por tres semanas. Tendría un foro con los socios al volver. ¿Tres semanas? Sería más tiempo, yo estaba segura, pero decidí no hacer comentarios. Podría estar sola e incluso estar con Sebastián. Esa imagen hizo que me ruborizara un poco. Incluso me quedaría con él en su casa. Deseé tomarme una noche con mis compañeras de la oficina también.

Recordé que mis padres también habían estado cruzando el Mediterráneo en un crucero durante tres semanas. Como solían viajar, la niñera cuidó de mí hasta que llegué a la adolescencia. No podíamos estar juntos. De todas maneras, tampoco era mi meta, pues no la pasaba bien con ellos.

La pasaba bien solamente con aquellos que me habían demostrado que se interesaban por mí. Quería recibir ese aliento al llegar a la agencia. Alfonso se marcharía al amanecer. Ya quería que se fuera. No me contó adónde iría ni qué haría, pero tampoco le pregunté.

## Capítulo 11: Sebastián

Conversé con Julia siempre. Reservaba algunas citas y luego respondía mis mensajes. Creí que la confusión que sentía la obligaba a encontrar amor en otro hombre. Alguien que de verdad se preocupara por ella. Tenía muy claro que estaba en medio de mi separación, por lo que debía mantener lejos a cualquier mujer, especialmente si estaba casada, como ella. Era abogado.

Entré en internet una noche, luego de conversar con ella hasta la madrugada, y me enteré de que su marido tenía una oficina importante. Además, era adinerado y conocía a mucha gente. Era un patán con dinero. Solo eso.

Me molesté al ver que había sido cliente de mis hoteles en varias ocasiones. Apareció en nuestros listados. Seguramente llevaba a sus acompañantes allí. No entendí por qué era infiel, si Julia era una mujer encantadora.

No había sido infiel jamás con Karina. Había respetado nuestro compromiso. Cuando reconoció que sentía algo por otro hombre, no me opuse a que se fuese. Tenía claro que nuestro matrimonio no era perfecto, aunque siempre me gustó la idea de unirme a ella para siempre, por lo que se lo propuse. Buscaba a alguien con quien compartir mi vida, un plan que ella también parecía tener. Ahora estaba con un hombre que podría ser su abuelo. No sabía si finalmente se convertiría en madre.

No comencé con Julia de la mejor manera, pero la química era evidente. Nació cuando nos conocimos, aunque había muchos obstáculos en el camino. ¿Qué tal sería convertirla en mi novia formal?

No creía en sí misma, aunque sus atributos saltaban a la vista. Tenía su autoestima bastante lastimada. Tal vez sus padres la habían convencido de que no era una buena persona. O su esposo. No lo sabía. Había estado satisfaciendo los deseos de sus padres desde siempre, por lo que se había visto forzada a casarse con un hombre que no amaba solo para complacerlos. ¿Por qué un padre permitiría que su yerno lastimara a su hija? Me parecía espantoso.

Me molesté tanto que sentí que mi corazón estallaría. Imaginé todo lo que yo podría hacerle a ese pendejo si lo tuviera frente a mí. Golpeaba a una mujer maravillosa, además de serle infiel con varias chicas. Ella podría estar con otro hombre que la hiciera realmente feliz, aunque no se tratara de mí. No obstante, deseaba que solo estuviera conmigo. La había disfrutado durante cada segundo. Deseaba estar con ella y dentro de ella. Hicimos el amor en todas mis posiciones favoritas. Su risa alegre me encantaba, al igual que su mirada de melancolía al revelar el dolor que sentía.

Julia me encantaba, si bien había asuntos importantes que considerar. Tenía un divorcio frente a mí y ya estaba planteándome unirme a otra mujer.

Nuestra conversación continuó. Me comentó que estaría sola por unos días. Me pidió acompañarla en su casa el fin de semana siguiente, una vez que terminara de trabajar. Podríamos estar juntos más tiempo. La alegría estalló dentro de mí. Mi pene se agitó ante la idea. Podríamos aventurarnos a hacer cosas que hasta ese momento no habíamos hecho. Incluso podríamos salir de la ciudad, a un lugar en el que nadie supiera quiénes éramos. Como podía quedarme en alguno de mis hoteles y sabía de qué manera usar la discreción en mi beneficio, se lo planteé.

Me envió una cara sonriente y un sí como respuesta.

Conversamos otro rato y luego volvió a su casa. Recordé que estaría sola en unas horas. Podría llevarla a comer, ordenar comida en casa o preparar algo para ella. Giré y sonreí. Veríamos algo en la televisión e iríamos a mi dormitorio. A fin de cuentas, había dicho que estaba dispuesta a pasar la noche conmigo...

Estaba sintiendo una alegría juvenil y hormonal dentro de mí. Carajo.

Desperté a las seis y de inmediato me preparé para ir a trabajar. Esperaba evitar trabajar durante la noche, aunque debía indagar sobre otra posible ubicación para el hotel que planeábamos construir. Pero solo quería pensar en Julia en ese momento.

Recordé que no había hablado con ella para que me diera su número telefónico. Era obvio que no lo había hecho porque ella tenía un esposo, pero imaginé que podríamos conversar cuando él estuviera fuera de casa. ¿O eso no era posible? Seguramente hacía lo mismo que todos los hombres celosos y agresivos. Tal vez ese sujeto había intervenido su teléfono móvil o revisaba el historial de llamadas.

Ya me había vuelto a enojar. Mierda. Recordé el impacto de los golpes que le propinó ese sujeto a Julia. Si bien ya estaba un poco mejor, sentí su dolor como mío. Como se sentía humillada, intenté calmarme, pero estaba convencido de que teníamos que conversar al respecto. Vi la ciudad por la ventana. Me prometí a mí mismo plantearle el asunto durante nuestro próximo encuentro, durante el fin de semana.

Quería descansar y conversar con Julia. Volví a mi casa. Mi intención era cerciorarme de que todo estuviera bien y continuábamos nuestra relación. ¿Podríamos escribirnos o llamarnos cuando el insomnio nos impidiera conciliar el sueño? Solo la llamaba cuando estaba en su trabajo, pero no paraba de preguntarme cómo me sentiría al llamarla a otras horas o levantarme a su lado cada día.

Ella respondió mi llamada. Me contó que su compañera tenía a su hijo con algunos problemas de salud, por lo que tendría que trabajar horas extra para sustituirla. Como trabajaban pocas personas allí y eran muy solidarias, lo hacían sin problemas. La zona en la que trabajaba no era tan peligros, pero preferiría que trabajara en un horario más cómodo. Me sentí un tanto enojado. Le comenté que podrían dejar de trabajar por una noche, pero ella dijo con tono jocoso que eso no era posible. El negocio de las acompañantes no se detiene jamás.

Tomé aire e ideé otro plan para vernos. Como Julia estaría cansada y no querría viajar fuera de nuestra ciudad, supuse que yo podría encender mi computadora mientras ella llegaba para descansar en mi habitación. Cuando ya se sintiera más relajada, iríamos a cenar en alguna ciudad cercana, en un restaurante en el que nadie nos conociera. Así se sentiría mejor. Pero tal vez solo querría llegar y pasar todo el día durmiendo. No sabía a qué hora solía dormir.

¿Te gustaría venir cuando termines? Descansarías en mi cama mientras yo trabajo. Luego saldríamos a cenar si lo deseas.

Tal vez se negaría. De hecho, no sabía si estaba dispuesta a estar conmigo esa noche. Tal vez estaba excediéndome. Llevé mis manos a la parte trasera de mi cuello mientras aguardaba su respuesta.

¿En serio quieres hacer? No creo que eso te divierta, ¿o sí?



Su respuesta me alegró. Le dije que me encantaba estar con ella. Prometió llegar a las siete y treinta, ante lo que le pedí que continuáramos con la charla. Me emocioné cuando dijo que sí, porque me di cuenta de que después de su noche de trabajo algo de estimulación sería estupendo. Respondió una vez más, asegurando que compraría café y unos bocados para que desayunáramos. Mi cuerpo se llenó de calor con la imagen de mis manos sobre su piel. La esperaba con ansias, pues llegaría con todo el deseo del mundo de tener relaciones a primera hora de la mañana. Decidí trabajar sin parar y comí la hamburguesa que ordené durante mi charla con ella. Me consolaba saber que podría conocerla profundamente, que estaba abriendo su corazón para mí para que yo supiera más sobre su vida. Sentía que nuestra conexión se ampliaba, a pesar de que no habíamos hablado de algunos temas delicados. Básicamente habíamos conversado sobre nuestra infancia y cómo nos convertimos en adultos, aunque tampoco dijo mucho sobre su dura niñez en soledad. Obviamente, su presencia me hacía mucha falta. La extrañaba.

También conversamos sobre su trabajo. Ella me preguntó si yo iba a buscar a otra chica de la agencia para pasar una noche con ella. Al principio no supe qué decirle, pero un minuto después le aseguré que no lo haría. Solo lo había hecho una vez, y no planeaba repetir la historia. Esa cita me había permitido encontrarme con una persona que me había cautivado, alguien que ya no podía ver como acompañante, si es que en algún momento la vi de esa forma, y ahora esperaba mantener en mi vida. Se lo comenté con toda honestidad.

Mi esposo saldrá por veintiún días. Podrían ser más. ¿Quieres verme en ese lapso?

Lo que sentía por ella ya era bastante fuerte. Y era un periodo largo. Un periodo en el que miles de cosas podrían suceder. Cuando terminara ese tiempo, sentiría algo más poderoso, pero no podría encontrarme con ella con la misma libertad y tranquilidad. ¿Qué pasaría entonces? ¿Me sentiría calmado? ¿O estaría abatido por la tristeza? ¿Ella también se sentiría de ese modo?

Habíamos hecho el amor en algunas ocasiones. Podía contarlas con los dedos de mis manos. Eso cambiaría después de veintiún días con ella, o más, si el sujeto pasaba más tiempo afuera. No había forma de que no me alegrara al tenerla tres semanas conmigo. No podía negarme. Suspiré y vi la cerveza frente a mí.

Aceptaría estar con ella. Todos esos días.

Y ella también estaría dispuesta.

Tomé el resto de mi cerveza y continué la charla. Ya había concluido mi trabajo. Decidí darle el número de mi celular en caso de que tuviera algo que decirme o una emergencia. Terminé la llamada y me percaté de la soledad de mi casa. El clima era muy agradable y el cielo estaba lleno de estrellas. Las vi por mi ventana mientras suspiraba por la ausencia de Julia. Rayos. Cómo me hacía falta. Su aroma, su piel. Mi plan era que pasara la noche conmigo, pero eso ya no era posible. Debía esperarla hasta la mañana. Vi la hora en mi reloj y supe que era tarde.

Dejé mi celular en la mesa de noche, cerca de mi mano, revisando la carga de la batería. No quería que se apagara repentinamente y Julia no pudiera conversar conmigo, si me llamaba.

## Capítulo 12: Julia

Entré al baño cuando terminé. Necesitaba trabajar en mi apariencia fantasmal. Me vi en el espejo para maquillarme y peinarme. Sebastián no se fijaría tanto en mí, pues llegaría solo a dormir, pero decidí arreglarme un poco. Pasé un pañuelo húmedo por mi tez y acomodé mi blusa. Me despedí de Luisa y me preparé mentalmente para la jornada feliz que tendría con Sebastián mientras sonreía.

La noche me había dejado extremadamente cansada. De todos modos, ir a mi casa no estaba en mis planes. Solo deseaba estar con él. Los rayos del sol besaron mi piel. Había estado en la oficina toda la noche, pero ahora estaba afuera, feliz, sabiendo que mi esposo no estaba en la ciudad. Sentí que estaba fuera de mi cárcel. La cárcel a la que me había enviado Alfonso.

Estaría lejos por tres semanas. Me resultaba interesante la idea de pasar cada noche de ese tiempo en la casa de Sebastián. Sabía que los riesgos eran latentes, pero la paz que me transmitía él me animaba a hacerlo. Estaría en su dormitorio. Actuaba de forma totalmente contraria a Alfonso, quien a pesar de ser mi esposo no me regalaba una frase linda, un cumplido o una sonrisa. Ya su actitud no me interesaba. Solo me golpeaba y se acostaba con otras mujeres. Vi las calles y encendí mi auto. Buscaría algunos emparedados para el desayuno y unos vasos de café con crema. Había un lugar cerca que me gustaba mucho.

Compré la comida y encendí de nuevo mi auto para llegar a la casa de Sebastián. Apagué el vehículo al llegar al estacionamiento. Incliné mi cara para ver la puerta. Él estaba afuera y me invitó a pasar con un gesto de su mano. Sonreí con alegría mientras él abría el garaje para que yo guardara el auto allí. Luego lo cerró y sonrió. Me sentí un poco confundida, pero él besó mi boca suavemente y suspiró. "Feliz día, cariño", dijo, tomando el paquete con la comida. "Te agradezco el desayuno".

"No tienes que darme las gracias. Si no desayuno, me desmayaría", dije, chocando mi boca con la suya. Mis sentidos comenzaron a agitarse con el choque de su boca, y empecé a temblar cuando tomó mis manos. Él hundió sus labios otra vez en los míos.

"Entiendo", dijo. Me dirigió a la sala de estar y luego a la pequeña mesa de la cocina. Sirvió los emparedados y buscó vasos de agua. "¿Cómo te fue?". Me sentí contenta y bienvenida cuando vi su aseada y diminuta cocina.

"Igual que siempre. Estuve haciendo reservas durante toda la noche. Es increíble cómo los hombres empiezan a pedir acompañantes a las cinco de la mañana", le conté. "Tengo curiosidad. ¿Por qué buscaste a una chica en nuestra agencia?". Me vio fijamente y probó su café.

"Fue una sugerencia de mis amigos. Además, estaba celebrando mi separación. Esa suma me convenció de buscar una chica para tener sexo sin compromiso", dijo, viéndome con una expresión de preocupación. Luego empezó a sonreír con malicia.

"Bueno, parece que resultó muy bien para ti, ¿no crees?", le pregunté, antes de probar mi emparedado. Tenía mucho apetito. "Qué rico". El tocino inundó mi garganta. Delicioso.

"Resultó estupendamente bien", dijo con alegría.. "La comida es deliciosa. ¿Dónde la compraste?". Tomó otro sorbo de su café

"En un lugar del centro llamado El asesino de las dietas. El nombre no es muy amigable, pero me encanta todo el menú", le conté. Sebastián sonrió. Luego hubo un gran silencio entre nosotros, hasta que encontré algo que decir. "¿A qué hora te levantaste?".

"A las seis y cuarto. Decidí trotar un poco. Ahora voy a adelantar algo de trabajo y luego podré descansar contigo en la cama... o quizás hagamos otra cosa", dijo, guiñándome un ojo. Sentí que empezaba a volar.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. "Es una idea excelente", respondí. Repetiría estas visitas por tres semanas. Ya estaba sumergida en un mar de deseo. Y de inconvenientes.

Cuando ya habíamos comido todo y terminado el café, me tomó por la cintura para levantarme y llevarme a su cama. Sonreí y vi las sábanas, un tanto arrugadas. Ví su cara y su boca se acercó para chocar con la mía nuevamente. Me apretó con fuerza para besarme otra vez, ahora con mayor intensidad, con más deseo, y llevé mis manos a su cuello. El olor del café y el tocino llegó a mi nariz.

El aroma de su fragancia llegó después a mis fosas nasales. Empezó a desnudarse para mí. Besó mi pecho mientras se deshacía de sus vaqueros. Cuánta ansiedad sentía por tener su pene dentro de mí. Fuimos a la cama después de ducharnos juntos, y sus dedos llegaron a mi vagina mientras su boca seguía dándome apasionados besos. Me quitó el sostén y se aferró a mi garganta para sujetarme mientras su otra mano comprobaba la inflamación de mi vagina. Gemí y quise levantar mi cuerpo para que el sueño no me derrotara. Me agité un poco y moví mi cintura. Él presionó mi cuerpo y se mantuvo sobre mí. Entonces me penetró con uno de sus dedos y su lengua llegó al fondo de mi boca.

Dije su nombre varias veces, susurrante, mientras mis muslos presionaban su dedo mágico. Ese dedo me penetró varias veces, y el orgasmo hizo que mi cuerpo se vaciara. Mordía mi sien y le pedí actuar con cautela. Le recordé que muchas personas sabían de mi matrimonio. No obstante, muchos de ellos estarían felices si se enteraran de lo que estaba haciendo. Retiró su dedo y gemí. Abrí mis piernas para que él se acomodara. "No pares", le pedí. Lo vi fijamente y él entró en mi cuerpo.

Ese aroma de su piel, una mezcla de virilidad y suavidad, cautivó mi nariz, al tiempo que sus penetraciones hacían que me estremeciera. Noté el grosor y los latidos de su pene. Tomé sus nalgas para acercarlo a mí a medida que su ritmo aumentaba en velocidad. Me abrí más para él y no paré de gemir. "Mierda", dije con voz quebrada, notando cómo se agitaba más y más. Su pene estaba latiendo cada vez más fuerte. "Sebastián, por Dios".

Mi segundo clímax se acercaba. "¿Tendrás otro orgasmo? ¿Otro orgasmo para mí?", me preguntó entre jadeos. Y asentí. "Vente, Julia. Vengámonos juntos", me pidió. Un segundo estallido de placer me agitó. Mi vagina recibió su semen caliente. Se movió sobre mí y dije su nombre con todas mis fuerzas.

Era obvio que estaba experimentando emociones profundas por él. Saberlo me hacía sentir feliz, pero también me daba miedo. Podría estar en su cama cada noche durante las próximas semanas, pero me aterraba que Alfonso supiera lo que pasaba. Podría lastimar a Sebastián sin pensarlo. Para Alfonso, yo era un trofeo, un objeto que no debía poseer nadie más. Mi piel se llenó de cosquillas cuando un beso suyo llegó a mi cara, y dejé de pensar.

Reposamos abrazados en su cama. Gemí suavemente. Vi por la ventana, desde mi lugar, los rayos del sol entrando. Estaba costándome mantenerme despierta, pero no me importaba. La sensación de confort que me daban sus abrazos era inigualable. Decidí ponerme sobre su pecho, con mis senos acariciando su abdomen. "Me gustaría que te quedaras todo el día", le pedí en voz baja. Dijo que lo haría y contempló mi cara sin añadir nada. Poco después cedí ante el sueño. Estaba muy feliz. No tuve tiempo de vestirme. No había sentido tanta felicidad en mucho tiempo.

Unas horas después las cosquillas me despertaron. Las producía Sebastián. Estaba besando mi vagina. Movía sus labios en todas direcciones, y yo cerré mis ojos. "Guao", dije susurrante. Sujetó mis piernas para que no me moviera. Él estaba muy despierto y alerta. "¿Cómo descubriste lo que soñaba?". Parecía que se había percatado del sueño erótico que estaba teniendo, en el que él me hacía suya. Puse mi mano sobre su cabellera. Dije su nombre en voz baja.

Sus gruñidos me demostraban el placer que sentía. Me vine cuando mordió mi clítoris. Vi sus labios humedecidos por mi liberación. "Dijiste mi nombre varias veces, aunque estabas durmiendo. Cuando me levanté tenía una erección. Debía saborearte, cariño". Esa información hizo que me ruborizara. Era la primera vez que hacía el amor bajo la luz del sol. ¿Serás mía otra vez?". Vio todo mi cuerpo en silencio.

Giramos y noté su sonrisa malévola. "Lo seré, pero quiero que te vengas. Déjame hacerlo", le pedí. Me puse sobre su pene y me dije a mí misma que debía desterrar mis miedos. Por culpa de mi esposo, nunca me había sentido como una mujer sensual. Él se enfocaba en el poco interés que yo demostraba para ir al gimnasio a tonificarme. Recordé el cuerpo curvilíneo de Isabel, pero la mano de Sebastián en mi pierna me regresó al presente.

"¿Sigues aquí?", me preguntó en voz baja. Era el momento de reaccionar. Asentí y llevé su pene a mi vagina.

"Aquí estoy", respondí con confianza. Pensé exclusivamente en mi balanceo y en cómo su pene encajaba perfectamente en mi interior. Era tan grande que creí que no podría tenerlo dentro de mí por mucho tiempo, pero me adapté a él. Me dejé llevar y en unos segundos mis dedos arañaban su pecho. Dije su nombre con fuerza, repitiéndolo mientras subía sus nalgas para adueñarse del ritmo. Unos segundos después me llenó con sus líquidos liberadores y yo me vine otra vez, quedándome sin aliento.

Me acosté junto a él y dejé mi mano sobre su pezón. "¿Tienes apetito?", me preguntó.

"De hecho, lo único que quiero hacer es dormir a tu lado", le contesté, y luego empecé a reír. "te obligaré a quedarte en la cama".

"Estuviste trabajando hasta el amanecer, cariño. No me importa si duermes, siempre que sea en mi cama", dijo. "En unas horas, cuando despiertes, cocinaremos algo para almorzar. Imagino que trajiste algo de ropa". El hecho de que me llamara cariño me calmaba.

"Sí. Está en una bolsa en mi auto", dije, y sonrió.

"Iré por ella más tarde", aseguró, besando con ternura mi mejilla. "Ahora descansa, cariño".

Volví a dormir, con una sonrisa en los labios y mis brazos aferrados a su pecho. Al levantarme otra vez, estaba sola en la cama. Era mediodía. Lo supuse porque el sol estaba en el otro lado. Al ver el reloj, vi que estaba equivocada. Ya eran las tres y treinta de la tarde. Me sentí tan bien y

relajada que decidí cerrar mis ojos nuevamente. Sentía mi cuerpo adolorido, pero estaba feliz. Subí mis brazos y bostecé.

## Capítulo 13: Sebastián

Vi a Julia cuando me levanté, dos horas después. Tenía sed, pero no quería mover ni un músculo. Ella descansaba sobre mi cama mientras su cara sonreía sobre la almohada. Me dirigí a la cocina. No tenía nada sobre mi cuerpo. Busqué agua en la nevera.

Julia era la primera mujer que me hacía sentir tanta felicidad.

La había pasado bien con Karina, porque era divertida. Esa sensación me había bastado inicialmente, pero luego resultó insuficiente. Pensé en lo que había pasado unos momentos antes. Julia había dicho que tenía algunas cosas en su auto. Vi por la ventana. El sol vespertino se reflejaba en las camionetas. Me vestí con un short y una camiseta y me puse unas pantuflas. Fui a su vehículo y activé las puertas. Era un auto deportivo, y me encantaba. Por lo menos Alfonso había hecho algo bien: buscar un auto de calidad para Julia. Entré por el lado del copiloto. La bolsa roja estaba en la parte trasera. La tomé y la saqué. Como no pesaba mucho, supe que ella tendría ropa para dos días, si no la ensuciaba antes.

Cerré el auto y me dirigí a mi habitación. Dejé la bolsa cerca de mi cama, sin hacer ruido. Había girado su cuerpo y contemplé cada curva de él. Estaba desnuda. Lo recordé porque antes habíamos hecho el amor y no se había vestido. Me había encantado lo que había hecho para verse bien. Había curvas perfectas y sus nalgas eran turgentes. Enloquecía cada vez que las veía. Si bien también me gustaba ejercitarme en el gimnasio, no me agradaban para nada las mujeres extremadamente delgadas que solían ir allí. Tampoco aquellas que exageraban con el ejercicio. Me atraían aquellas que lucían siempre esbeltas y femeninas. La imagen del cuerpo de Julia hizo que mi pene se levantara. Humedecí mi boca y obligué a mi erección a bajar. Deseaba volver a penetrarla, pero había pasado la noche trabajando. Era el momento de que durmiera. Podría hacerle el amor después, una vez que hubiéramos cenado y charlado en un restaurante sencillo. Comeríamos y tomaríamos champán. Ya quería que despertara y saliéramos a conversar y reír.

Tal vez cenaríamos más tarde de lo habitual, pero eso no me preocupaba. Vi el reloj. Supe que eran las cinco en punto. Solían presentarse esas cenas por mi labor en la oficina. Como en ocasiones había mucho trabajo, comía en la madrugada. Por esa razón, tenía que ir al gimnasio con frecuencia. Reí al darme cuenta de que ya estaba haciendo más ejercicio en casa. Era mi rutina de entrenamiento favorita. Además, contaba con la grata compañía de una mujer atractiva como Julia.

Empecé a ver una película en la sala de estar. Oí unos pasos en el fondo. Al girar, me di cuenta de que era Julia. "Creo que dormí bastante. Buenas tardes. ¿O ya debo decir buenas noches? No sabes cuánto lo lamento". Tenía puesta una de mis batas y sonreía ligeramente.

"No tienes que pedir disculpas. Entiendo el agotamiento que tienes", respondí. Se sentó a mi lado en el sofá. Vi sus ojos paseando por mi cuerpo. Eso despertó otra erección. La camiseta cubría parte de ella. Julia caminó para llegar adonde yo estaba. Una emoción de alegría se levantaba en mi pecho. Sin que pudiera controlarlo, mi brazo se movió para acercar a Julia hacia mí. Ella sonrió y puso su cara en mi hombro.

Levantó su rostro para voltear y darme un beso en mi boca. Mantuve mi boca sobre la suya por un instante, aunque quería dejarla allí por más tiempo. "¿Qué pensabas hacer?", me preguntó en voz baja y delicada.

"Quisiera que saliéramos y cenáramos en las afueras o en otra ciudad. Te traje tu bolso, pero no sé qué tienes allí", le conté al ver sus ojos maravillosos, aún dormidos parcialmente.

"Es un buen plan, pero primero debo tomar una ducha", aseguró "Traje algo de ropa que podría ponerme para la cena, a no ser que vayamos a un lugar demasiado elegante". Con su sonrisa parecía invitarme a ducharnos juntos.

"No será así. Iremos a un lugar íntimo en el que comeremos algo delicioso. Podremos ir allí para estar tranquilos mientras charlamos", dije. "Supongo que podría bañarme contigo". Sonreí.

Tomó agua y tragó grueso. Los dos fuimos de prisa al baño para tomar una ducha. "Es increíble que una casa tan pequeña tenga una ducha tan grande". Estaba asombrada con el tamaño del baño y yo volví a ver sus curvas exquisitas.

Abrí el grifo y la impulsé para que entrara. "Aproveché el espacio. Es lo que hago siempre", dije mientras sonreía. Rió y el agua cayó sobre su cabellera. Luego mojó sus senos. Me encantaban. Podía lamerlos al llegar a ellos. Eran del tamaño perfecto. No eran inmensos y cabían en mis manos. "Julia, ¿ya te dije lo hermosa que eres?".

Se ruborizó con mi pregunta y levantó su cara levemente para encontrarse con mis ojos. Podría perderme en la inmensidad de su mirada por el resto de mi vida. "¿De verdad te parezco atractiva?", me preguntó. Sujeté su seno y noté que su mano bajaba para encontrarse con mi pene, levantándose cada vez más para ella. Estaba nerviosa. Sus dedos la tomaron con fuerza y yo pellizqué su pezón. Asentí mientras mi erección crecía más.

"Sí. Honestamente, siento que vuelvo a ser un jovencito cada vez que estamos juntos", admití, cerrando mis ojos y dejándome llevar por la convicción, aunque tenía un deseo inmenso de penetrarla. Volví a abrirlos al notar que se arrodillaba y poner mi pene en su boca con calma. Recordé que había tomado mi pene con sus labios la primera vez que estuvimos juntos. Estaba frente a mí, cerca de la cama. Lo recordé por el calor de sus labios. Ahora estaba experimentando la misma sensación. Entré a lo más profundo de su garganta rápidamente. Permanecí inmóvil y en silencio, dejando que asumiera el control de la situación. Chupaba mi órgano con calma para adaptarse al tamaño. Cuánto calor y humedad se desprendía de sus labios. Estaba seguro de que podría liberarme en su garganta. Puse mis manos en sus lindos rizos. La sujeté con algo de fuerza, de tal modo que le indicaba cómo moverse. Quería que se preparara para penetrarla. Le pedí que tocara su vagina. Estaba empapada.

Cuando me percaté de que iba a alcanzar el orgasmo, me retiré de su boca y la subí con mis manos. "Supongo que no quieres que te haga acabar", me dijo, pero toqué su vagina para responderle. "Cielos". Su asombro era evidente.

Impulsé su cuerpo hacia arriba y escuché sus gemidos. Sentí la rigidez de sus pezones cuando chocaron con mi abdomen. "Lo harás, pero no ahora. Necesito penetrarte. Ya". Se sujetó con fuerza de mi cuello. Estaba muy excitada. Lo noté con sus gemidos y la presión que ejercía sobre mi cuerpo. Con cada gemido lograba que mi pene subiera un poco más. Entonces la puse sobre el suelo y la penetré. La presioné contra la pared y la cogí con todas mis fuerzas.

Nos vinimos simultáneamente. Los gritos de placer se mezclaron y retumbaron en la ducha. Bajó su cara y tomó aire. Besó mis hombros mientras se aferraba a mi cintura. Cerré mis ojos para recobrar mi propio aliento. Hice una pausa y luego lavé su cabello con champú y luego me esforcé

para asear su cuerpo. Paseé con él con ambas manos. Su respuesta fue una fuerte risa. También me enjabonó una vez que yo la había aseado completamente. "¡Ya tengo mucho apetito!". Buscó una toalla para secarse, aunque la halé para que se metiera de nuevo en la ducha.

Yo también tenía hambre. Me sequé, aunque no quería. Dejó su toalla sobre su cuerpo y empezó a buscar en su bolso. Levantó su cara y sonrió. Busqué unos jeans viejos y una camisa azul. Tomó un vestido colorido que parecía un holograma por la cantidad de tonos que tenía. Me encantó. Entendí de inmediato que los movimientos de sus caderas bajo esa tela me harían querer quitárselo en cualquier momento.

Se puso ese vestido una vez que había secado su cabello, que cayó en rizos sobre sus hombros. Luego maquilló ligeramente su cara. Le conté que quería salir de la ciudad para que estuviéramos relajados, sin el temor de que alguien conocido la viera conmigo. Vi la expresión en su cara. Había algo de arrepentimiento, pero también de calma. "Lamento mucho todo esto", dijo en voz muy baja. "Lamento todos los problemas que te causo". Vi su cara y me puse mi cinturón.

"Tú no me causas problemas", le dije. Me vio fijamente. Exhalé y caminé para abrazarla. "Tu esposo sí, porque te golpea. Solo espero protegerte durante estas semanas. Ojalá también pueda hacerlo después".

"Sebas, no tienes que hacerlo. Estoy bien", dijo. "Y deseo que tú también lo estés". El diminutivo de mi nombre en su boca me emocionó.

Hicimos una larga e incómoda pausa. Luego terminó de maquillarse. El vestido cayó sobre su sostén y sus bragas. El vestido se ciñó a su cuerpo, especialmente sobre sus piernas. Me encantaba esa sensualidad. Con cada paso que daba parecía que iba a romperse. Le regalé una barra de chocolate para que la comiera antes de salir, así como un vaso de agua. Sonrió y tomó ambas cosas. El viaje sería algo largo. La conduje hasta el estacionamiento y subimos al auto. Ella entró una vez que abrí su puerta. Sonrió nuevamente y luego cerré su puerta. Me sentía feliz.

Fuimos a La Marina. Julia estaba impresionada. Recordé un pequeño restaurante de pescados que había allí. "¿La Marina? ¿Tan lejos?".

Vi cómo su vestido caía levemente mientras descendía y sus tacones tocaban el piso. "No es tan lejos", dije con seguridad antes de salir del auto y abrir su puerta para que saliera. Sonreí y tomé su mano mientras ella se humedecía los labios y veía la entrada. Al pasar buscamos una mesa cerca de la salida. Allí podíamos ver la playa.

Comenzamos a charlar y pude ver su melancolía cuando me contó sobre su niñez en soledad. Apenas tuvo la compañía de una niñera y una cocinera mientras sus padres viajaban constantemente. Y cuando no lo hacían, estaban en sus lugares de trabajo. Julia se sintió sola y notó que ellos tampoco se amaban. Solo descubrió cómo se sentía el amor cuando tuvo su primer novio en la secundaria.

Ese noviazgo terminó en su boda. Alfonso, su primer y único novio, se convertiría en su esposo. Solía conquistar a una chica tras otra cuando era un jovencito, lo que le preocupaba a Julia. Se lo contó a su madre, pero ella dijo que no debía pensar en ello. Consideraba que su boda sería una estupenda oportunidad para su hija y Alfonso. Además, significaría que dos importantes firmas legales podrían unirse. La madre de Julia no dijo nada más. Tampoco confesó que conocía las infidelidades de su propio esposo, pero no hacía falta.



Por una parte, Julia estaba convencida de que debía abandonar a su esposo. Lo había visto a su lado desde que estudiaban en la secundaria y luego en la universidad. Se había percatado de que le gustaba estar con varias mujeres. Evitaba incluso compartir con sus amigas para no conocer a otro hombre, o que otro hombre pudiera verla y tratar de conquistarla. Ella se había convencido de que debía tolerarlo. Eso representaría una gran oportunidad de comenzar otra vez con su vida, dejar a Alfonso, pero eran sus padres quienes pagaban sus cuentas. Además, tenía mucho temor de recomenzar con todo, trabajar en otro lugar, iniciar una nueva etapa con otro hombre.

No había culminado la universidad cuando se casó. Trabajaba a tiempo parcial en la oficina de su padre. Lo hizo como algo temporal. Eso terminó una vez que se comprometió. Su padre quiso tener nietos, pero Julia se negó. Alfonso también. Decidieron protegerse con condones, aunque Julia siguió tomando píldoras anticonceptivas. Se reservó esa información. Ella tenía miedo de que Alfonso contrajera una infección sexual y se la contagiara. Continuaron usando condones, aunque apenas tenían relaciones de vez en cuando. Relaciones que a Julia no le daban placer.

## Capítulo 14: Julia

No quería ser tan meticulosa para contarle mi historia a Sebastián, pero supo todo rápidamente. Solo me había atrevido a narrarles algunos tramos a algunas amigas, pero ninguna de ellas se sentía animada a escuchar todo.

Mi madre tampoco había sido de mucha ayuda. No solo no me daba amor ni me escuchaba, sino que se había esforzado en demostrarme que debía conservar las apariencias y que todo el mundo se impactara con mi vida de lujos y artificialidad.

Todos en su círculo social estaban acostumbrados a vivir de ese modo. Alfonso también estaba habituado. Era muy amistoso y sonreía. Se adaptaba rápidamente al escenario cuando íbamos a compartir con amigos en una fiesta o algo así. De hecho, casi me convencía de que sentía algo lindo por mí, pero una vez que la fiesta terminaba, volvíamos a casa y mostraba de nuevo su verdadera personalidad. Apenas me hablaba y tomaba más alcohol del que debía, por lo que siempre quería tener relaciones, aunque yo no quisiera, o me reclamaba por la poca emoción que había mostrado durante la cena o la reunión.

Mi matrimonio estaba vacío, pero las horas en la agencia me hacían sentir un poco mejor. Ganaba dinero, conversaba con mis compañeras cuando llegaban o se iban y podía ser yo misma sin temor. Estaba feliz de saber más de ellas y sus presentes felices. No había nada de drogas en sus vidas, como creí al empezar a trabajar. Todas tenían vidas muy alegres. Tenían hijos, que debían criar solas, estudiaban en la universidad y hacían planes para el futuro.

Se protegían para tener relaciones y escogían con detalle a los clientes, pues la agencia exigía mucha información antes de aprobar la primera solicitud. Había personal dedicado exclusivamente a revisar los antecedentes y la historia médica de esos hombres. Ganaban mucho dinero con esos encuentros sexuales. Lo que me había dado Sebastián era poco en comparación con sus grandes propinas.

Podría trabajar como acompañante y asegurar un excelente porvenir, pero no podía dejar que los hombres tuvieran sexo conmigo a cambio de unos billetes. Solo lo había hecho una vez para calmar mi curiosidad, y ahora estaba metida de lleno en una relación que debía ocultar de Alfonso. Debía enfrentarme al costo si él se daba cuenta de lo que sucedía. Era libre, hasta que me recordara que le pertenecía. Sebastián también estaba en riesgo. Ví a las personas en el restaurante. No había nadie conocido. Probé mi champán y sonreí.

¿Cuándo había tenido una cita como esta con Alfonso? No lograba recordarlo. Creí que no había pasado, al menos que yo lo recordara. Solíamos cenar con mis padres o los suyos. También asistíamos a algunas cenas con sus compañeros de trabajo de la firma.

Sonreía sin parar para que las otras chicas vieran mi supuesta felicidad y mis celos falsos. Me aplicaba maquillaje para lucir bien, por orden de Alfonso. No lo amaba ni me sentía bien con él, pero forzaba una expresión de alegría cada vez que Alfonso me besaba o tomaba mi mano. Sus caricias me molestaban, a diferencia de las de Sebastián, que encendían mi deseo. Reaccioné al ver su cara. "Qué bueno que regresaste", afirmó. Tocó suavemente mi mano y sonrió también. Era obvio que se había percatado de que yo pensaba en otra cosa.

Conversamos sobre nosotros, y cada frase que salía de su boca me animaba más. Nuestra cena

llegó y empezamos a comer con calma. Era un hombre muy gentil, con un interés real en mí. Además, reconocía sus defectos y admitía las cosas en las que había fallado, tras lo cual decía que había enmendado cada uno con otra acción positiva. Conversó sobre su esposa, pero lo hizo con firmeza en lugar de mostrarse triste. Quizás su dinero le permitía reaccionar de ese modo. Yo no tenía esa certeza. Solo sabía que aunque su esposa le quitara una rebanada de su fortuna, él podría continuar sin problemas.

Entendí cuáles eran sus promesas. Había una nueva oferta en cada expresión de su rostro. Me garantizaba paz y cumplir todas mis metas si me quedaba con él. Lo vi fijamente en varias ocasiones, y cada caricia de su mano alentaba el deseo que latía entre mis muslos.

No paré de sonreír cuando nos dirigimos a la orilla de la playa. Me contó que tenía un bote anclado cerca del muelle. Vi los barcos a algunos metros de nosotros. Podríamos ir allí y descansar durante la noche, pues era cómodo y cabían algunas personas en la cubierta. Incluso podríamos pescar y ver las estrellas. Supuse que quiso hacer lo mismo que yo, pues me sujetó por la cintura para acercarme.

Sus labios besaron apasionadamente los míos. Puse mis manos cerca de su cintura, al tiempo que su beso se hacía más profundo. Sentí la pasión y la lujuria en su beso. Se retiró para preguntarme si quería dar un paseo en su yate, y luego volvió a hundir su lengua en mi boca.

Asentí sin pensarlo. Fuimos de nuevo al auto. Entramos con prisa y volvió a besarme con fogosidad. Lo encendió y regresamos a La Salina. Llegamos a la playa, donde apagó el vehículo y sonrió al verme. Respiré con dificultad y bajamos. "Sé que va a encantarte", dijo antes de besarme otra vez, con mi boca chocando frenéticamente ante su movimiento. Nos dirigimos a la parte izquierda del muelle. Allí nos encontramos con un yate gigantesco. Me tomó de la mano y yo abrí ampliamente la boca. Era un yate ideal para recorrer el mar por varios días. Podría soportar el movimiento de olas de tamaño mediano. Vi la cubierta y sonreí. Tal vez subiría para dar un paseo de una semana. El asiento cerca del timonel era grande y confortable. Me sentaría a descansar o tomaría una cerveza mientras Sebastián lo ponía en marcha. Lo desancló y vi los tonos grises y blancos del barco antes de partir.

Entramos en el mar y me acerqué a Sebastián. La brisa marina agitó mi cabellera. No había nadie más allí. Lo tenía muy claro. Tampoco debía preocuparme por el trabajo, pues Mariela había organizado todo con las horas extra que yo había laborado antes. Debía darme un par de días libres por el tiempo que yo había trabajado. Estaba en la ley. La imagen de la luna se reflejaba en el agua. Giró a la derecha y supuse que ya tenía en mente nuestro destino. "¿Viniste aquí con tu esposa?", le pregunté. La envidiaba. Tenía curiosidad de saber cómo se sentía con alguien que no tuviera ataduras.

"No. Odiaba el mar", dijo, y yo fruncí mi ceño.

Me quité los zapatos y recliné mi cuerpo. "Es insólito. Este es uno de los lugares más lindos que he visto", afirmé. Avanzó y comprobó en el tablero que el tanque tuviese suficiente gasolina y no hubiera señales de alerta. El viento era fuerte. No supe dónde estábamos. No había nada que me lo indicara y era terrible para orientarme y encontrar direcciones.

Llegamos a una ensenada y me alegré de inmediato. Apagó el motor cuando llegamos a la orilla. Vi las luces cerca del muelle. "Las Perlas. Suelo venir de noche. Amo la iluminación", aseguró al

verme y sonreír. "Olvidé decirte que empacaras ropa adicional para mañana".

"No te preocupes. Y es cierto, la iluminación es hermosa", dije, acercándome a él. Besé su boca y usó sus manos para subir mi falda. Sabía que no había nadie más. Sentí un mar de cosquillas. Escuchaba el sonido de la playa chocando con la orilla y veía las estrellas sobre mí. Decidí que sería suya una vez más. Había tenido ese deseo en el restaurante y el paseo. El beso que nos dimos mostraba el fuego incesante que sentíamos en nuestros pechos. Su dedo tocó mi vagina enrojecida y gemí cuando subió su mano para bajar mis bragas empapadas. Bajamos a la sala de estar de su yate, al tiempo que me desnudaba. No había un alma en la zona. Ni siquiera las luces podían iluminarnos. Jadeé y exclamé su nombre, poniendo mis manos en su espalda mientras su boca llegaba a la mía nuevamente. Sus besos ardientes colmaban mi piel.

Acabé con el toque de sus dedos en mi vagina. No se había quitado toda su ropa ni me había penetrado con su pene. Estuvo feliz de verme, así, agotada, tras los besos que me había dado. Arañé su espalda y él me bajó. Le pedí que siguiera y siguiera. Subió mis piernas y mis talones quedaron sobre sus hombros. Me penetró con fuerza y sentí que volaba. Sus penetraciones se apagaron cuando su semen caliente llenó mis profundidades. Contemplé plácidamente su pecho esculpido. "Qué rico se siente penetrarte", aseguró. Abrí mi boca ampliamente cuando recibí otra lluvia de semen con otra penetración. "Me encantó cuando te tuve por primera vez".

Mi respiración era frenética. Sus ojos estaban fijos en mi cara. "¿Ya no te encanta?", le pregunté con seriedad.

"Carajo", dijo en voz baja. "Me gusta cada vez más". Se inclinó para llevar su pene aún más adentro de mí, lo que me arrancó un gemido.

Estuvimos en la sala de estar hasta que el agotamiento nos derrotó. Me tomó de la mano para guiarme a su dormitorio. Guardamos todas nuestras posesiones. Luego cerró la puerta y la aseguró con llave. Me contó que en un cajón había un arma y contaba con comida suficiente para varios días. Nos recostamos en su cama de tamaño familiar. Como había dicho antes, aprovechaba el espacio: la cama era tan grande que sentí que estaba en una mansión. Además, al tener tantos objetos personales de valor en el yate, sentí que estaba en otro hogar.

Lo abracé con fuerza, sintiendo el deseo de frotar su cuerpo con mi pecho. El yate se movió y el vaivén me ayudó a conciliar el sueño. La imagen de las estrellas se asomaba por la ventana.

El amor por Sebastián empezaba a gestarse en mi pecho. Tal vez él no quería que eso sucediera, al igual que yo. Tenía la opción de hablar con él y decirle que quería regresar a primera hora de la mañana. Así concluiría lo nuestro. Era, sin duda, una decisión inteligente y muy prudente. Pero estaba hundiéndome más en el amor, en lugar de salir de él. Acarició mis cabellos y sonreí.

Al día siguiente, desperté temprano. Él lo hizo segundos después. Preparó nuestro desayuno en una pequeña cocina eléctrica mientras fui a cepillarme, cosa que él hizo después. Cocinó en la sala de estar y luego me dio los panqueques cuando regresé del baño. Subí a la cubierta a comer y ver la playa. Él usaba solo unos shorts mientras yo cubría mi cuerpo con su ropa de baño.

Me encantaron los panqueques, además de las fresas que me dio después. Vi las olas llegar a la orilla mientras el sol se despertaba. La guinda del pastel fue el fenomenal café que preparó. Saboreé cada trozo y sorbo con calma. No solía salir fuera de la ciudad. Era la primera vez que estaba en Las Perlas. No tenía "amigos" con los cuales visitar sitios como ese. Apenas

conversaba con ellos durante nuestras cenas, más sobre negocios que sobre otro tema, Además, eso solo ocurría dos o tres veces al mes. En la agencia tampoco me habían invitado a salir. Mariela tal vez aceptaría cenar conmigo, pero no quería ampliar mi vínculo con ella. Tenía que mantener mi trabajo a escondidas, aunque Alfonso no regresaría aún. Eso me alegró. Tal vez saldría con ella u otra de las chicas, si reunía el valor para alejarme de Sebastián por unas horas.

Estuvimos cerca de la playa en la mañana. Usamos protector solar para evitar tener problemas en la piel. Pasamos por el muelle tomados de la mano. Escuché a Sebastián contarme sobre los lugares en el mundo que más le gustaban. Fuimos al otro lado de la playa y él confesó cuánto le gustaba mi atuendo. No llevaba nada bajo mi vestido desde la noche anterior.

Me excitó cuando puso sus manos en mis caderas y sentí su roce.

"¿Quieres seguir con ese vestido puesto? Podríamos regresar para que busques otro", dijo, y empecé a ver mi cuerpo. Las olas habían mojado mis piernas hasta las rodillas, y me sentía más caliente, pero no pensé en ello. Solo pensaba en la sensación de libertad y felicidad que experimentaba.

"¿Pasaremos otra noche aquí?", le pregunté. Sería difícil aceptar. Tenía que regresar e instalarme de nuevo en mi casa, llena de silencio y soledad. Como mi celular no estaba cargado, no sabía si mi esposo había intentado hacer, algo que no hacía... nunca. Isabel y otras chicas habían sido reservadas por varios días. Lo supe cuando logré cargarlo y encenderlo. "Si es así, tal vez deba maquillarme. Luego cenaremos en uno de esos restaurantes que vimos a lo lejos".

Giró para ver a la izquierda. "¿En serio? Pues hagámoslo", dijo, y sonrió. Continuamos nuestro camino. "Hay varios cerca de la playa. Podremos dejar el barco cerca. Me gusta el ambiente cálido y divertido que tienen".

"Vamos entonces", le pedí, halando su ropa interior con mi mano ante su mirada incrédula.

## Capítulo 15: Sebastián

Llegamos a uno de los restaurantes con el ambiente que le describí. Julia había recogido su cabello, y ahora semejaba un remolino. Se puso unas sandalias. Apenas se había maquillado las mejillas. El ambiente informal se acentuaba con las mesas y sillas de madera de pino. Ordenamos un par de cerveza y leímos el menú, compuesto en su totalidad por pescado.

Empezaba a atardecer. Ordené atún y ensalada, además de algunas ostras para despertar mi apetito. Julia se decidió por una sopa y calamares. Vimos la playa mientras conversábamos. Tomamos nuestras cervezas y giré para maravillarme con su rostro. Recordé la belleza de su cara la primera vez que nos vimos, el maquillaje cuidadosamente puesto en su cara y el vestido que se ajustaba a su piel de manera delicada. Ahora lucía mejor, porque su cara irradiaba felicidad, una expresión que se notaba en su amplia sonrisa. Además, su piel brillaba más y lucía más lozana. Paseé mis ojos por el restaurante y vi cómo todos degustaban contentos sus platos. Sin duda alguna, Julia era la mujer más hermosa del lugar. Y del planeta.

Me encantaron los platos. Probé la sopa y los calamares de Julia. Eran el plato especial del día. Eran porciones pequeñas, pero estaban deliciosas. Me encantó la mezcla de arroz con pescado y el toque picante sobre los vegetales en la parte superior. La mezcla de sabores me invitaba a tomar más, por lo que extendí mi mano para tomar otro bocado con mi cuchara.

Contemplé los barcos zarpando y charlamos una vez más sobre nosotros. Aparentemente, estaba mucho más calmada que antes. Ordené dos rondas más de cervezas. Hice una broma y rió. Pagué nuestras comidas y regresamos al yate. La luna ya estaba presente en el cielo. Mi mano se quedó sobre la suya durante el trayecto. Ella debía volver a la agencia temprano. Esperaba que estas horas a su lado pasaran con lentitud. Giró y sonrió.

Nos dirigimos a otra ensenada, también privada, y anclé allí antes de bajar al dormitorio. La vi quitarse su vestido y observé sus piernas desnudas. Bajé mis pantalones y exhalé. Me acerqué para ayudarla a quitarse su ropa, tropezando con cada paso que daba. Se fijó en mi cara y luego bajó sus ojos para ver mi erección. Jadeó y empecé a trabajar en mi camisa. Avancé para besarla. Me tomó por la cintura para invitarme a besar su sien erizada. Gimió cuando lo hice. "Mi deseo por ti es cada vez más fuerte", le susurré. Bajé mi cara y comprobé cómo sus pezones se levantaban. Mordí suavemente su hombro. Me importaba una mierda si alguien veía esa marca. Demostraría que era mía.

Puse mis dedos en sus senos. "Sebastián", gritó cuando apreté su pezón con contundencia. Empezó a succionarlo y luego fui por el otro. Mantuvo su cuerpo inmóvil y puse mi pene en la entrada de su vagina. Quise poseerla por el trasero, pero ella giró y me vio fijamente. Me besó con furia antes de aferrarse a mi pecho con ambas manos. Mordió mi labio inferior y bajó sus manos. Adiviné sus intenciones, por lo que la frené. Me incliné y me vio con seguridad. Supo lo que yo esperaba hacerle. Acomodó sus piernas y sus labios lamieron mi pecho. La excitación que sentía era evidente por el calor de su cuerpo y sus jadeos. Las gotas de su excitación cayeron sobre mis labios. Fui por sus labios vaginales con mi boca y luego me centré en su clítoris. Sus líquidos mojaron toda mi cara. Quise saborear cada célula de su vagina inflamada. Su boca empezó a succionar mi pene, y me encantó el movimiento rítmico de nuestros labios sobre nuestros órganos vibrantes. Se mantuvo sobre mi tronco, y supe que pronto me vendría.

Pero Julia acabó antes de que yo lo hiciera. Se movió y dejó que mi pene llegara al fondo de su garganta. Se balanceó y recibió mi pene rápidamente. Mi nariz y mi cuello se inundaron con su orgasmo. Estuve dentro de su boca por un rato más, hasta que no pude contenerme. Su agitación me hizo venirme. Me vacié en sus profundidades. Sus gruñidos vibraron en mis bolas. Mis alaridos salieron de lo más profundo de mis pulmones. Recibió todos los líquidos que derramé en su rica boca. Tomó aire y yo intenté relajarme. Se acercó a mí en medio de ese mar de fluidos. Al sentirme más calmado, giré su cuerpo y separé sus piernas. La penetré para saciar la sed de su vagina. Cerró sus ojos mientras sus músculos se entumecían. Un largo alarido salió de sus entrañas mientras se empujaba hacia mis caderas.

Se movió para relajarse y calmar su desbocado corazón. Esperaba que ella se quedara conmigo al menos un día más. Deseé estar con ella en mi yate todo el tiempo que fuese posible. No quería que volviera a una casa llena de violencia, pero no sabía si ella compartía ese deseo. Tampoco sabía qué pasaría con nosotros. Solamente tenía una certeza: ella debía estar conmigo. Me acosté a su lado.

Se durmió rápidamente. Comprobé que estuviera dormida y salí. Fui a la cubierta para relajarme con el viento del mar.

Debía aceptarlo y asumir que quizás no sucedería lo que quería. Tal vez era horrible saberlo, pero tenía un esposo. No quería pensar en lo que tendría que hacer en unas horas. Destapé una cerveza y me concentré en las olas del mar. Además, pronto tendría que encontrarme con los abogados de Karina por el tema de la audiencia de conciliación que habíamos concertado. Había muchos pensamientos que trataba de sacar de mi mente, aunque la chica dormida en mi cama estaba en primer lugar. Lamentablemente, ella debía volver cuanto antes.

Mi plan era volver a tiempo para que llegara a tiempo a la agencia. Volví a la cama y me quedé a su lado tras activar la alarma para despertar temprano y regresar. Quería que comiéramos antes de hacerlo, y limpiar el yate antes de regresar.

Pasamos la noche con calma, abrazados y felices. El barco apenas se dormía, lo que me ayudó a dormir rápidamente. Cuando nos levantamos, nos preparamos y en unos minutos regresamos a La Salina. Comimos ensalada de frutas en el yate. Al llegar, Julia se dirigió al baño para prepararse e ir a trabajar. Vi cómo salía de su hogar con unos pantalones cortos, una blusa azul celeste y su cabello suelto. Se había maquillado y su boca estaba pintada. La vi llegar desde mi mesa, en la que simulaba que leía un mensaje en mi celular. Tenía unos tacones pequeños. Había decidido dejarla tranquila por un rato tras el delicioso encuentro sexual que habíamos tenido en el yate, aunque al verla de nuevo pensé en hacerla mía otra vez.

Me vio y sonrió. Tenía su bolso en su mano. "¿Nos veremos más tarde?". Frunció su ceño.

No supe qué decirle. Se notaba la desolación en su rostro ante mi silencio. Tal vez había llegado el momento de partir. Quizás debía decirle que no nos viéramos más. Buscaría a otra chica sin compromisos o alguna acompañante para pasar la noche, como me habían recomendado mis amigos, ninguno de los cuales sabían de la existencia de Julia. Solo les había contado de mi primer encuentro con ella, cuando aún "se llamaba" Susana.

La vi bajar su cara y girar. "Vaya. Supongo que eso es un no", dijo con aspereza y tristeza. Supuse que buscaría algo más en la habitación.

Aparentemente, la posibilidad de no vernos otra vez la destruía tanto como a mí, si bien teníamos claro el riesgo que corríamos. "Cariño, no te vayas", le dijo. Volteó y descubrí la ilusión en su cara. "Podremos vernos. Cocinaré algo para ti".

Volvió a sonreír ampliamente. Se abalanzó sobre mí y sentí los rayos de luz de su sonrisa iluminando mi cuerpo. Retrocedió un paso y vio mis ojos. Besó mi boca y la mantuve cerca de mí. Estaba tan feliz como yo por nuestra cercanía. "Excelente idea. Lo haremos. Te ayudaré. Compraré algún postre y unas bebidas", dijo, besándome nuevamente. "Será mejor que adelantes trabajo", me recomendó. Volteó y salió rumbo al garaje. El bolso con sus pertenencias quedó frente a mí. Exhalé profundamente.

Estaría conmigo otra noche. Suspiré nuevamente y a mis oídos llegó el sonido de la puerta del garaje cerrándose tras su partida. Podría ser solo una noche más, pero igualmente me hacía feliz. Entonces quedé en silencio, esperando que pasaran las horas.

Tal vez no volvería a estar bien mientras la esperara.

No quería pensar en ella, al menos por unas horas. Pasé la tarde completa dormido. Cuando desperté, fui al supermercado. Eran poco más de las siete. Compré lo que necesitaba para preparar la cena. Además, busqué algunos vegetales para preparar la cena. Tal vez no debía cocinar tanto por lo tarde que era, pero ya habíamos comido en abundancia a esas horas. Ya habíamos conversado unas horas antes. Me dijo que tenía mucho trabajo. Me contó que ya había comido el postre que había comprado porque tenía mucho apetito. Así comería un poco menos cuando llegara. Sonreí ligeramente.

A las diez empecé a preparar la comida. Encendí la radio para animarme un poco. Había estado solo tras la partida de Karina, por lo que escuchar música otra vez me alegraba.

Cociné la pasta con los camarones. Alguien tocó mi puerta. Aseé mis manos y serví dos platos. Me quité el delantal y fui a abrir. Era ella. La invité a pasar. Ella sonrió y dejé mi mirada sobre la suya. "Buenas noches, cariño". Puse mi boca sobre la suya y sonreí también.

"Oye...", dijo en voz baja. "El olor es muy agradable". Volví a besar su boca antes de que fuese a la cocina.

Dejó su bolso en el sofá, con las llaves sobre él. "Ojalá los camarones te gusten tanto como ese aroma", respondí.

"De hecho, son uno de mis platos favoritos", respondió, caminando hacia la cocina. "Pero no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me los haya preparado. Tal vez nunca haya pasado". Tenía un paquete en sus manos. Allí había una botella de vino tinto y una porción de torta de piña. Busqué cubiertos y los puse sobre los platos. Luego acerqué las copas. Puso el paquete en mi nevera y descorché la botella para que tomáramos. Se despojó de sus zapatos. Sonrió al ver los platos frente a ella.

"No importa. Creo que lo mereces más que nadie", respondí. "Mereces muchas cosas, cariño". . Ella sonrió y suspiró.

"Sebas, eres un hombre maravilloso. Simplemente no entiendo la razón de tu separación", afirmó con seriedad. "Esa mujer, tu exesposa, es una gran estúpida". Probó la pasta y cerró sus ojos "De-li-ci-o-so". Sonreí ante su expresión.



Empecé a comer y cuando terminamos fui a lavar los platos. Después salimos al jardín para relajarnos. Ella se sirvió más vino y sonrió. Noté el rubor en sus mejillas. "No sabes cuánto deseaba volver", dijo.

"Yo también deseaba verte", confesé. "¿Creíste que no era así?". Besó cálidamente mi mejilla

"Sí, porque pensaste mucho para responder. Te hice esa pregunta y no contestaste de inmediato.", dijo, levantando la mirada para ver el panorama verde de las palmeras. "Tal vez solo quiero estar muy segura", dijo, y recordé cuánto la menospreciaba su esposo. "De lo contrario, no creo que debas estar conmigo. Podrías buscar a otra mujer que sea soltera". Me molesté nuevamente con la imagen de su marido.

"Es mi divorcio el que aún no se ha concretado. Soy yo quien debería estar soltero aún", le recordé, asintiendo.

"De todos modos, ya sabes lo que pienso", respondió, encogiendo sus hombros.

Sus ojos me veían fijamente. "Julia, no quiero un compromiso ahora", dije mientras la rodeaba con mis brazos. "Quiero... pasarla bien contigo. Disfruto cada minuto a tu lado", dijo, pensando en cada palabra que decía, para no herirla. La besé con fuerza, y pronto entré en su garganta. Fuimos de vuelta a la casa y en el camino tomé el vino en la mesa. Caminó al dormitorio y seguí sus pasos. Empezó a desnudarse y yo hice lo mismo.

Me encantaba ese aspecto de su personalidad. Veía su cuerpo, que me mostraba con desparpajo. Tomó un sorbo de vino y dejó la copa sobre la mesa de noche. Avancé para tomarla y besé su boca. La luz de la luna me revelaba sus temblores. Le quité el sostén y lo bajé con prisa. Sus pezones se levantaron cuando los toqué. Mi lengua chocó con la suya y ella me abrazó con fuerza, aferrándose a mí.

Qué mujer tan sensual. Le quité el resto de su ropa y se lo retiré antes de empezar a despojarme de mi propia camiseta. Luego, volvimos a besarnos. Carajo. Me acerqué a ella y me lanzó a la cama, tras lo cual se puso sobre mi pecho.

## Capítulo 16: Julia

Besé su boca con deseo, y supe que mi cuerpo ya lo esperaba. Su erección presionaba con fuerza mi entrepierna. Sonreí con malicia después de pasar mi lengua por su cuello y luego me dejé caer sobre su abdomen. Me sorprendí de nuevo al recordar que me había elegido, en lugar de estar con cualquiera de las miles de chicas que darían cualquier cosa por pasar aunque fuese una noche a su lado.

Recorrí su abdomen con su lengua y me quedé sobre sus pezones, chupándolos con fuerza, y luego besándolos con suma calma. Me retiré un poco para contemplar su anatomía y luego volví sobre su pecho, mordiendo con mi dentadura caliente uno de sus pezones. "Qué agradables besos, cariño", afirmó en voz baja. Puso sus dedos entre mis cabellos para que me mantuviera en esa posición mientras gemía y decía mi nombre en repetidas ocasiones. Sus manos desataron la trenza que sostenía mi cabellera y empezó a jugar con mis rizos. Llevó su cara atrás y me atreví a bajar por su pecho delicioso. Quería conservar en mi mente cada tramo de su piel. Bajé más y me encontré con su tronco erecto. Entonces llevé mi lengua sobre él. Latía con fuerza y supe que me quería poseer.

Gimió con más contundencia, prácticamente suplicando que mantuviera mi lengua sobre su pene, así que introduje todo su órgano en mi boca, dejando que cayera rápidamente por mi lengua y rodara hasta mi garganta. El sabor a sal y virilidad me encantaba, por lo que continué chupando su tronco mientras él cerraba sus ojos y se impulsaba contra mí. "Llévame a lo más profundo de tu boca, Julia. Saboréame hasta que empiece a penetrar tu deliciosa vagina", dijo, provocando un mar de excitación en mis bragas. Sentía que estaba enloqueciendo. Busqué fuerzas para seguir succionando su órgano mientras el ritmo de mi cuerpo se acoplaba al suyo. Acabó luego, entre jadeos y gruñidos salvajes. Lo recibí en mi garganta, plena de felicidad, y lo llevé a mi estómago con todo el placer del mundo. Sebastián me atrajo hacia sus piernas y luego me levantó.

Unos segundos después me giró. Su mirada se sostenía sobre la mía, pero fue rápido. Su abrazo terminaba y ahora estaba sobre mi cuerpo. Se acercó a mis labios y los besó, y luego hizo lo mismo con mi cuello. De inmediato me ericé. "Sebastián", dije varias veces, formando una bola con su cabellera entre mis manos.

Sus manos tomaron mis senos. Carajo... la sensación fue placentera. Hizo círculos en ellos con sus dedos. Su boca los lamió y empecé a moverme para balancearme a su ritmo. Me penetró otra vez, tocando primero mis nalgas y luego subiendo las manos para llegar a mis senos y deleitarse con ellos. Los mordió y arqueé mi espalda. Estaba haciéndome suya otra vez, con su cuerpo encima del mío. Quise impulsarme para subir un poco, pero con una mano me mantuvo bajo su poder. "Aún falta mucho", me informó con firmeza. Estaba decepcionada. Cerré mis ojos y llevé mi cara atrás.

Jugó con mis senos y en unos instantes mi piel empezó a arder por la excitación que sentía. Su boca cayó sobre mi vientre. Entendí que tenía un destino en mente, por lo que el nerviosismo se apoderó de mí. Recordé cómo me había sentido y todo lo que había hecho la primera vez que habíamos estado juntos, durante aquella noche, cuando me había convertido en una chica con nombre falso y estaba agitada. Pero fue maravilloso. Esperaba algo hermoso y agradable, y aún podía recordar esa sensación, a pesar de que había pasado tiempo.

Su pene llegando a mis profundidades y su dedo masajeando mi clítoris me hicieron acabar al cabo de un minuto. Dije su nombre con ansias. Apenas podía moverme. El clímax se extendió y luego arqueé mi espalda. Su glande se asomaba en mi entrada, y luego volvió a entrar. El vaivén de su cuerpo se acompasaba con el mío. Su boca volvió a besarme. Mi boca se unía a la suya en un frenesí de placer.

Llevó mis muslos atrás, dejando que su pene entrara más profundo. Reaccioné gritando una y otra vez. No sabía que mi cuerpo podía ser tan flexible. Carajo. Estaba abierta para él. Se liberó dentro de mí mientras sus manos se aferraban a mi cuerpo, dejando marcas rojas a su paso. La espera había valido la pena. El tono salvaje de su sexo me había encantado. Llegó a mi punto g pronto, y noté que pronto tendría otro orgasmo. "No pares, Sebastián. Me falta poco". Sus caricias eran perfectas.

"Tus deseos son órdenes", dijo con fuerza, impulsándose otra vez para saciar la sed de mis entrañas. "Sebastián", volví a gritar mientras mis pies caían y él paraba sus movimientos. Exhaló y bajó su cara. Estaba caliente. Besó mi boca otra vez y supe que estaba fuera de mi cuerpo.

Cuando tuve fuerzas, junté con calma mis piernas adoloridas y abrí mis ojos. "Fue espectacular", dije mientras mi boca dibujaba una sonrisa. Suspiré para relajarme.

"Lo fue", afirmó, llevando sus manos a mi vientre. "Buscar una acompañante fue la mejor decisión que pude tomar. Nunca me hubiera imaginado que... te conocería".

Sus frases me produjeron escalofríos. Entendí que "conocerme" tendría otro significado para ambos. Alfonso no querría que estuviera con otro hombre, y menos si era alguien que me quería de modo exclusivo. Nuestras vidas estaban en riesgo con cada encuentro, pero ya no podía separarme de Sebastián. Se había convertido en una adicción.

Podría levantarme, tomar mis cosas y huir antes de la vuelta de Alfonso. Ya tenía una suma suficiente en el banco, pero eso no bastaría, pues él querría que mantuviéramos la fachada de felicidad que mostrábamos ante el mundo. Yo tenía una razón para seguir con él. El temor. Estaba con Sebastián para distraerme y olvidar ese temor antes de tener que aceptar mi presente de nuevo.

Tomó mi mejilla y sonrió. "¿Julia? ¿Dónde estás?", preguntó con seriedad, sacándome de mis análisis.

Sonreí también, pero fingidamente. "Sí. Solo... pensaba algo", dije susurrante. "También estoy feliz por todo lo que pasó. Es tan agradable... que no quiero que termine".

"Yo también espero que te quedes conmigo. Si es tu deseo, puedes estar aquí todo el tiempo", dijo, y yo congelé mi sonrisa. Me estremecía su declaración.

"Debe haber miles de mujeres suplicándote para que estés con ellas", dije, a modo de broma, aunque esperaba que no sucediera. Pensé también en las chicas de la agencia. Supe de inmediato que todas querrían pasar una noche con él... y recibir su dinero.

"Eso no sucede conmigo, cariño. No me comporto de esa manera. De hecho, jamás estuve con otra mujer mientras estuve con Karina, aunque nuestra relación no era la mejor y me dejó por otro hombre", aseguró. Sentí una punzada de dolor en mi vientre.

La tristeza se adueñó de mí. "Pero no es mi caso, Sebastián. Estoy siendo infiel a mi esposo", le

dije. "Y aunque me encanta estar contigo, sabes que debemos dejarnos. Es imposible que sigamos juntos".

Exhalé y apreté su mano. "Podemos seguir juntos... si dejas a tu esposo", dijo con tono serio.

Lo vi fijamente. "¿Dejar a Alfonso por ti?", le pregunté. "No te has separado definitivamente, Sebastián. Seguramente querrás tiempo para ti".

"No quiero casarme con otra persona aún, Julia, aunque siento algo muy poderoso por ti. Por eso estoy dispuesto a ayudarte", aseguró, llevando su cara cerca de mi cabello para besar mi frente.

"Es una oferta muy generosa, y me encanta", respondí, sonriendo. "Pero no es tan sencillo".

"Claro que sí. Puedes dejarlo ahora. Está fuera de la ciudad". Bajó su rostro y me dio otro beso fogoso en mi boca. Me acerqué a él. "Podré buscar un apartamento para que te instales allí, en caso de que no quieras quedarte aquí. Como te dije, voy a ayudarte", dijo, y volvió a besarme. Su erección volvió a crecer y a presionar mis muslos. "Hagamos el amor, Julia. Debo penetrarte otra vez para sentirte de nuevo".

Decidí hacer el amor con él, como me pedía. No podía negarme. Puse mi cuerpo sobre el suyo, apoderándome de su pene. El deseo que sentía era inmenso. Me moví con fuerza, satisfaciendo mi hambre. Tomó con fuerza mis caderas, y entonces comencé a cabalgar sobre su tronco. Las paredes retumbaron con nuestros gemidos. Nos movíamos como animales, y una mezcla de emociones surgió en mi pecho. Y una de ellas sobresalía. Era fuerte, y ya tenía claro que lo que sentía por él era intenso. En mi mente ya nacía la posibilidad de vivir mi futuro a su lado.

¿Qué carajo me pasaba?

Me moví con rapidez. No sabía que había guardado tanto vigor en mi cuerpo. Lo usé para alcanzar el clímax, ese placer que durante tantos años no había experimentado. Un placer que ahora era recurrente con Sebastián. Grité ese nombre, y sentí temor. Me encantaba cada vez más. Cabalgué sobre él hasta acabar. Alcancé el clímax un segundo antes de que él me llenara con su semen. Apretó mis manglas y jadeé. Cuando recobré el aliento, caí sobre su pecho, aunque no podíamos decir nada. El agotamiento era tan fuerte que nos abrazamos y dormimos de inmediato.

Cuando me levanté al día siguiente, el sol empezaba a aparecer en la ventana. Abrí los ojos y me di cuenta de que Sebastián no estaba conmigo. El aroma a café recién hecho inquietó mi nariz. Recordé la magia que había vivido la noche anterior. Era maravillosa, pero tenía que parar. Para siempre. Si lo hacía ahora, no volvería a esa casa otra vez. En lugar de dejar a Alfonso, estaría dejando a Sebastián.

Me dije a mí misma que estaba siendo desleal, pero con Sebastián. Yo no era nadie para causarle eso. Estaba permitiendo que sintiera cosas por mí, aunque estaba viviendo su propia crisis por su divorcio. Era injusto que quisiera ayudarme en lugar de solucionar sus problemas.

Me sobresalté y vi su rostro en la entrada del dormitorio. "¿Quieres café?", me preguntó, sacándome de mis conclusiones. "Disculpa si te desperté. Quería que lo tomaras porque está caliente".

Tomé el café de su mano. "Por supuesto. Lindo gesto. Te lo agradezco", dije, viendo las calles por la ventana. "Este lugar es tan hermoso que siento que estoy en otra ciudad".

"Lo sé. Es una zona costosa, pero vale la pena, especialmente en momentos como este", dijo, y sonrió. Vio también por la ventana. "Por eso me mudé aquí. Es una zona reservada y está lejos del centro. Tal vez no me quedaré aquí el resto de mi vida, pero me pareció un buen lugar desde que lo vi".

"Lo es", dije, y probé la bebida. "Está delicioso. Gracias de nuevo". Ya él sabía cómo prefería mi café.

Levantó su taza y sonrió delicadamente. Solo un edredón cubría mi cuerpo.

"De hecho, creo ninguna palabra describiría lo rico que estás... perdón, está. Me refiero al café", dije, tragando grueso y bajando mi cara. Luego la subí y noté el deseo en su mirada. La necesidad de tenerme brotaba en su cara, tanto como latía en la mía. Entonces dejó de verme.

"Iré a la cocina a hacer nuestro desayuno. ¿Quieres panqueques?", me preguntó, adivinando el hambre y justo lo que quería comer. "No tienes que responder. Ya tus ojos lo hicieron. Quédate aquí y toma tu café. Regresaré en un rato".

"¿A qué hora despertaste?", le pregunté antes de que saliera.

"A las seis y treinta. Me ejercité luego de cepillarme. Después vi fútbol en la tele mientras esperaba que despertaras". Sonrió y yo fruncí mi ceño. "Sabes que trabajo mucho. Al despertar, ya quiero empezar a hacer algo", dijo antes de salir. Quise ir tras sus pasos. Quitó el edredón de mi cuerpo y pensé ir a la cocina, pero decidí no hacerlo. Me quedé en la cama, tomando café.

Cumplió su promesa. Regresó al dormitorio en unos minutos. "¿Comerás aquí o irás a la cocina?".

No había dejado de pensar en terminar la relación. Parecía que cada segundo que pasaba dificultaba esa decisión. "Comeré aquí", respondí. Quitó las almohadas y mi cuerpo desnudo apareció frente a él. Mi vagina empapada demostraba que me había masturbado en su ausencia. "Quiero comerte". Comprobó lo excitada que estaba.

"Y yo no puedo negarme", dijo, avanzando lentamente hacia mí mientras su mirada se sostenía sobre la mía. "Sigue tocándote", dijo, fijándose en mi clítoris. Ambos teníamos muy claro que el volcán de placer surgía allí. Él apenas tenía un calzoncillo. Noté su erección rápidamente. Gemí y mi cuerpo se agitó. Llevó su mano a su tronco y yo inserté dos dedos en mi vagina, masturbándome con lentitud. Luego, los dedos de Sebastián alcanzaron mi clítoris.

Mi vagina se llenaba de cosquillas con nuestros movimientos simultáneos. "Por... Dios", exclamé bruscamente, llevando mi cuerpo atrás y empujando con fuerza. Anticipé mi orgasmo y cerré mis ojos. La erupción estaba a punto de comenzar. Mis músculos se tensaron y apreté la mano con la que me tocaba. "Sebastián...".

Tocó mi clítoris con insistencia, y puse mi mano sobre la suya. "Sí, nena. Acaba. Hazlo", dijo con fuerza. Me daba más placer con cada movimiento de sus dedos. Entonces me vine. Jadeé y retiré mis dedos. Exhalé varias veces y aterricé en el presente. Haló mi mano y lamió mis dedos. Luego su boca besó mis labios vaginales. "Cielos. No puedo creer lo empapada que estás", dijo, lamiendo mis líquidos a medida que separaba mis labios vaginales para absorber toda mi liberación. Su boca ansiosa me hizo pensar que conseguiría otro clímax. Sujeté su cabeza mientras me mordía. "Y lo dulce que sabes", declaró, abriéndose paso entre mi clítoris inflamado.

Pasó su lengua a mi vagina. Repetí su nombre cuando volví a venirme. "Necesito que entres en mí.

Hazlo, por favor", le pedí, y entonces me sació. Me penetró, con su lengua áspera en varias ocasiones, antes de retirarse. Cuando pude abrir los ojos, vi cómo se quitaba su calzoncillo para complacerme con su pene erecto.

## Capítulo 17: Sebastián

Tenía otras cosas en mente, pero mi cuerpo actuaba de forma distinta. Aunque esperaba desayunar con Julia y conversar, su masturbación ansiosa convenció a mi pene de que se acercara a ella. Entonces tuvo un orgasmo, y no pude contenerme. Reaccionó abriendo sus ojos, y mi erección anticipaba lo que sucedería. Tenía que saborear el manjar de su vagina, los líquidos en ella y los dedos de su mano.

No sabíamos qué sucedería al día siguiente. Sin embargo, en ese momento quería estar con ella. Su cuerpo espectacular me encantaba. Tomé sus piernas para subirlas a mi pecho y la penetre. Entré en sus profundidades y recordé los preservativos en mi camisa. Ya no lograba recordar las veces que habíamos estado juntos. Solo podía pensar en el frenesí que nos dábamos mutuamente cada vez que hacíamos el amor. Me deslicé y empecé a bombear. Usé una mano para sujetar sus pies. Comprimió mi tronco y sentí el fuego de su cuerpo. Balanceó sus caderas y mis ojos se aferraron a sus senos agitados.

Era estupendo.

Tomó uno de sus senos y con cada uno de mis empujones apretaba su pezón. Nunca había hecho eso para mí. Me estremecí con esa imagen. Sus senos redondos y de tamaño perfecto hacían que mi pene latiera. Bajé y chupé sus dos pezones. Comencé a cogerla con más poder. "Carajo. Qué rico", dijo, invitándome a continuar. Quitó su mano y la bajó para tomar mis bolas. Entré y salí de ella varias veces. Apretó mis testículos y la fuerza de su movimiento hizo que todo mi semen saliera de mí. Me liberé dentro de ella, llenando mi vagina con mis líquidos calientes.

Mi vagina, porque ya me pertenecía.

Me contagié con el calor de su piel. Alaridos y alaridos salieron de su boca mientras su cuerpo no paraba de moverse. Por primera vez sentía un placer de tal magnitud al estar con una mujer. Eso me convencía de que estábamos hechos el uno para el otro.

Pero no sabía por qué no se decidía a estar conmigo de forma definitiva.

Me acosté a su lado y la vi fijamente. "Carajo, cariño. No puedo creer que hayas hecho todo eso tocándote". Recuperé lentamente el aliento y ella se aferró a una almohada.

"Sebas, no me parece que esto haya sido solo una masturbación", dijo. Rió mientras sus mejillas se llenaban de rubor. Era claro que no se creía capaz de mostrar tanta sensualidad.

"Lo sé, ¿pero lo que hiciste antes? Ni te imaginas lo atractiva que eres. Creo que no te hago justicia. Eres la mujer más sexy que he conocido", dije, ante lo que se ruborizó más. "Te aseguro que siempre tendré esa imagen en mi mente. Te masturbaste", dije. Sonrió y sus ojos se cruzaron con los míos.

Tomé su mano y la besé. El aroma y el sabor de su cuerpo seguían entre sus dedos. Me vio mientras la besaba. "Tal vez no debí hacerlo", respondió.

"Está bien que lo hayas hecho. Lo hiciste para disfrutarlo, y lo lograste. Actuaste porque querías hacerlo. No tienes que inhibirte porque estás actuando como realmente eres", dije con firmeza. El rubor no salía de sus mejillas. Besé sus dedos otra vez.

Le di una camiseta para que cubriera su pecho. Fuimos tomados de la mano a la sala de estar. Puse

nuestros desayunos en el microondas para que estuvieran calientes otra vez. Tomé café y leímos juntos el diario. Desayunamos y conversamos sobre los problemas del mundo mientras tomaba otro trago de café. Era inteligente y expresaba lo que pensaba, aunque también se mostraba dispuesta a escuchar a otras personas. Ese aspecto de su personalidad me parecía interesante.

"¿Trabajarás esta noche?", le pregunté. Su respuesta fue afirmativa. "Creo que trabajas todo el tiempo". Recordé que la noche anterior apenas habíamos conversado.

Sonrió y tomó el resto de su panqueque. "Lo hago siempre que la agencia lo requiera. Eso me ayuda a pensar en otra cosa", respondió. "Además, me hace sentirme útil y necesaria".

"Eres necesaria. Para mí. No tienes que atender a la gente. Podrías estar aquí conmigo". Me vio con expresión de seriedad y sonreí con alegría. "Esto es apenas un comienzo. Podríamos hacer muchas cosas en el futuro, cariño".

"¿De qué hablas?", me preguntó, frunciendo su ceño.

"Soy el propietario de una cadena de hoteles. Espero que no lo hayas olvidado. Iríamos a cualquier lugar que desees", le recordé. Mordió su labio inferior. "Recorreríamos el mundo en estas tres semanas, si lo deseas. Trabajaré en esos lugares. Además, tus compañeras de la agencia querrán que también disfrutes unos días fuera de la oficina".

"Podría plantearlo, pero no hay mucha gente disponible para cubrirme", dijo, viendo fijamente mis ojos. "¿Pero hablas en serio?".

Fruncí mi ceño y ella se ruborizó. "Claro que sí. No tengo razones para mentir", le aseguré.

"Puedes ser serio cuando estés en una relación", dijo, bajando su cara y tocándose sus manos.

"Ya estamos en una relación. No me quedé contigo solo por el sexo. Estoy seguro de que ya te diste cuenta. Creo que debemos aceptarlo". Abrió ampliamente sus ojos ante la sorpresa "Me perteneces" dije, y tomé sus manos.

Empezó a temblar. "No soy tuya, Sebastián", dijo, quitando mis manos.

"A partir de este momento, haré todo lo que pueda para que te des cuenta de que así es y debes aceptarlo. Aunque no tengo claro qué tipo de relación tenemos, estoy seguro de que sentimos lo mismo", aseguré. "Debes dejarte llevar por tus emociones", respondí. Ella intentaba calmarse.

"Trato de hacerlo, pero es muy complicado", dijo con voz quebrada. "Si lo dejo, me quedaré sin nada".

"No perderías a tus padres, ¿o sí?". Encogió sus hombros. "Si dejan de hablarte, no te aman. No te valoran ni se dan cuenta del gran ser humano que eres, de tus metas y lo que necesitas", dije con seguridad, aunque era obvio que para ella era muy difícil dar ese paso. Lo supe por la tristeza en su mirada. "Pero no te obligaré a hacerlo. Solo quiero consentirte y demostrarte que puedes estar mejor".

Volvió a tomar su café. "Sí. Eso lo sé", dijo.

Usamos el resto de la mañana para conversar, abrazarnos y ver una película. Luego se arregló para volver a la agencia. Aseguró que debía irse antes para pasar por su casa a tomar algunas cosas, a lo que me negué. Me alegraba saber que quería volver a mi casa, pero me sentí inquieto ante la posibilidad de que su esposo hubiera regresado y la golpeará. "Te acompañaré".



"Jamás. Sería peligroso. Te descubrirá. Instaló cámaras de seguridad", aseguró.

"En ese caso, ya sabe que no estás en casa", le dije. "¿También instaló cámaras dentro?", le pregunté. Me vio fijamente.

"Que yo sepa, no lo hizo. Tal vez las puso, y yo no lo sé", dijo, y me molesté. La acerqué a mí.

Sus músculos estaban tensos, por lo que acaricié sus hombros. "Julia, no vuelvas allí. Ve y toma tus cosas. No tienes que regresar", le dije. "Aquí no te pasará nada. Te lo juro".

Asintió, tomó una ducha y luego salió de mi casa. Ella llegó al estacionamiento y mi mente no dejaba de hacerse preguntas. Me sentí inquieto hasta que me contactó a través de un mensaje de texto.

Todo está perfecto. Ya estoy en la agencia.

Durante la noche, la comunicación fue breve. Estaba muy ocupada, así que yo también trabajé, en casa. Esperaba no interrumpir su labor, aunque lo hice en varias ocasiones. De todos modos, solo quería saber que regresaría, y a qué hora, para saber en qué momento debía aguardar por ella.

Mi celular vibró una hora después. Era Karina. Respondí con un simple "hola". Me quedé perplejo por su osadía. Estaba agotado y quería descansar antes de que Julia llegara. "Sebas", dijo con voz apagada. "Tuve una pelea con Diego. Me dejó en este club, sola". Me sorprendí aún más.

Escuché su llanto. "¿Y entonces?", le pregunté.

"Que siento pánico. Esta zona de Santa Rita no me gusta. Como sé que estás a algunos kilómetros de aquí, quise llamarte. ¿Podrías ayudarme, por favor? Me siento sola y tengo miedo", me preguntó, y recordé los episodios dramáticos que solía armar. Exhalé profundamente.

"No. Empecé a trabajar. Además, sé que tienes dinero, Karina. Podrías llamar a un taxi". Comenzó a jadear. No le había agradado mi respuesta.

"Diego podría estar en su casa. Por eso, no quisiera ir allí", dijo. Lamenté que no fuese una videollamada. Si lo fuera, notaría la alegría en mi cara.

"En ese caso, deberás encargarte de esa situación. Lo que suceda no podría ser peor que nuestro divorcio", respondí con firmeza. "También podrías buscar tu propio hogar y no depender de un hombre como él".

"Lamento todo lo que sucedió, Sebastián. Lamento haberte lastimado", dijo. Exhalé con fuerza. "Lamento haber salido con mi jefe. Lamentablemente, no pude evitarlo. Cuando reaccioné, ya estaba... enamorada de él. Sinceramente, me haces falta de vez en cuando", aseguró. Noté el hilo de arrepentimiento en su tono. Siguió hablando. Esperé que no me planteara reconciliarnos. Era el peor momento para hacerlo. "Supongo que tú... también me extrañas". Seguro estaba hablando por el alcohol que tenía en su sangre.

"Mierda, Karina. ¿En serio crees que pasaré por esto de nuevo? Ya lo nuestro terminó", dije. Sentí que iba a descontrolarme. "Como te dije, busca un taxi. Podrías pasar la noche en un hotel para que te sientas mejor. No esperes que te ayude a solucionar tus problemas con... tu novio. Tampoco creas que me reconciliaré contigo". Su respiración frenética se aceleraba. Hice una pausa para seguir, aunque sabía que tal vez no debía hacerlo. "Tomaste esa decisión. Debes lidiar con las consecuencias".

"Siempre me ayudabas", recordó, evocando las veces en las que yo lo había hecho. Era lo mismo que ahora intentaba hacer con Julia: sacarla de su casa y ese clima violento. Tal vez... era un error repetir mi comportamiento. "Ahora debo irme", dije, tras lo que hizo silencio. "No olvides que te extraño", repitió, y luego colgó.

Me concentré de nuevo en mi labor. Le escribí a Julia una vez más. Quería cerciorarme de que estuviera a salvo. Nos habíamos conocido de una manera inusual, pero ya era una persona importante en mi vida. Muy importante. Quizás la más importante.

## Capítulo 18: Julia

Había muchas reservaciones pendientes. No paraba de trabajar. Una persona llegó a la oficina principal. Como no solían abrirla, supuse que era uno de los dueños o Mariela. Eso me inquietó. Después de hacer una reservación me moví un poco para saber de qué se trataba. Era Mariela. Y estaba acompañada de Isabel. Ella lucía un tanto triste. Caminaron para llegar a mi diminuta oficina. "Buenas noches", dijo. Vi a Mariela. Su expresión era de dolor. Luego se fijó en Isabel. Su corazón estaba maltrecho. Lo supe por su mirada. Mariela la condujo hacia mí.

"Julia, te pido mis sinceras disculpas. Te juro que no sabía nada", aseguró Isabel, poniéndose de rodillas ante mí y tomando mis manos. Subió su cara y vi su expresión suplicante. Estaba a punto de llorar. Afortunadamente no había nadie más, porque ya sabía cuál era la razón de su disculpa. "Dijo tu nombre sin querer mientras lo hacíamos. Luego vi una foto tuya en su celular mientras él tomaba una ducha".

"Isabel, no tienes que disculparte", le dije, viéndola sin parpadear. "Con Alfonso sí estuve molesta, pero en este momento ya no lo estoy. ¿Comprendes?", le pregunté, viendo a Mariela por un rato. Ella tocó su hombro.

"Isa, ese tipo es un gran pendejo. Como te aseguré, ella no se molestó", dijo, y luego se puso cerca de mi mesa.

"Supe que reservaba citas contigo, pero no me molesté contigo por esa razón. La verdad es que nunca nos hemos llevado bien", le dije, tomando sus antebrazos.

"Cuando dijo tu nombre, no creí que te quisiera. De hecho, creo que no quiere a nadie. Es un pendejo, como dice Mariela", aseguró con molestia. Reaccioné frunciendo mi ceño. "Da buenas propinas, pero... carajo. Se supone que no debo hablarte sobre ese tema. Parezco una chica interesada", dijo. Bajó su cara y la dejó en sus rodillas. Al hacerlo, noté algunos golpes en su espalda. Puse mi mano cerca de su hombro. Estaba a unos centímetros de un golpe. "Isabel...", dije, y levantó su cara. Comprobé el miedo en su rostro. "¿Él... te golpeó?"

"Lo hizo cuando le dije que no quería volver a verlo", me contó, acercándose a mi cara. "Él te ha golpeado, ¿no es así? Solo lo hizo una vez, pero no quise volver a estar con él".

"Mierda, Julia. ¿Ese pendejo te ha golpeado?", me preguntó Mariela. Sonaba muy irritada. Oí el sonido de mi computadora. Había una reserva en espera y un mensaje nuevo de Sebastián.

"Sí. Unas cuantas veces", dije, con tono vacilante. "Esperaba no tener que contar todo. Esto es muy difícil para mí, Mariela". Su mirada se llenó de rabia.

"Difícil es la mierda. Debes dejarlo", me dijo, viendo a Isabel. "¿Te sientes bien?"

"Sí. Solamente se alteró una vez conmigo. Me siento tranquila. No seguiré con él solo por las propinas", dijo, mostrando una sonrisa forzada y viendo mis ojos. "¿Y tú?"

Le escribí una respuesta a Sebastián, asegurándole que volvería a su casa una vez que saliera de la agencia. Luego giré para verlas. "También estoy bien. Está de viaje. Incluso me armé de valor para tomar algunas cosas de mi casa. Espero haber salido definitivamente de allí para cuando regrese".

"Pudiste haber sacado todo, aprovechando su viaje", indicó Mariela. "¿Pasa algo que no nos has

contado?". Levantó su cara y suspiró. Me llené de rubor.

"Sí. Estoy... saliendo con alguien", admití en voz baja. Vi sus caras de asombro. "Por favor, mantengan esto en secreto. Alfonso sería capaz de hacer muchas cosas si sabe algo". Pasé mis ojos por sus rostros y descubrieron mi temor.

"¿Qué rayos dices? Solo trabajas y regresas a tu casa, ¿cierto?", me preguntó Mariela. "¿Estás saliendo con un hombre de la agencia?". Vi el techo.

"Podría decirse", contesté. "¿Recuerdas cuando trabajé como acompañante?". Ya ella empezaba a pensar quién podría ser esa persona. Lo demostraba con su mirada.

Se notaba el shock que sentía. "¿Ese cliente? ¿Has tenido citas con ese cliente?", me preguntó. Asentí, con una sonrisa en mis labios. Vio de reojo a Isabel. Intentaba preguntarme si debía reservar el resto de mi historia porque ella estaba ahí. No me importaba. Ya no tenía nada que perder. Mariela le dijo que yo había sido acompañante por una noche. Solo una noche. Me vieron con expresiones inquisidoras. "Él te buscó. ¡Ya recuerdo todo! Entonces contestaste sus mensajes", dijo Mariela.

"Sí. Le dije que no quería volver a verlo. Hasta que me convenció de verlo. Salí sin tener muchas expectativas. Me dije que así debía ser, porque lo que hago es incorrecto. Ahora siento simpatía por él. Quiero que pasemos más tiempo juntos. Es una gran persona", aseguré. Las vi y esperé sus respuestas.

Isabel sonrió cálidamente. "Debes estar con alguien que te trate como una reina. Por lo poco que sé de Alfonso, entiendo por qué haces esto".

"Pero no puedo ignorar a mis padres. Ellos adoran a Alfonso, o mejor dicho, a su trabajo. Todo tiene que ver con el dinero". Giré para ver a Isabel. "No le he dicho a Alfonso en qué trabajo. De hecho, no se lo he contado a nadie. Se molestarían si se enteran cuál es mi verdadera vida. Les dije a todos una mentira sobre un trabajo en una compañía de viajes".

"Tu secreto está a salvo. Lo guardaré, porque espero que dejes pronto a ese patán. No me gusta para nada su comportamiento", dijo Mariela, suspirando. "El hombre con el que sales, ¿es una buena persona?".

"Así es. Me ha pedido que me separe de Alfonso e incluso me ha ofrecido ayuda, pero quiero alejarlo de este mundo de dolor en el que me encuentro. Puedo comprar mi casa porque ya he reunido algo de dinero. Pero Alfonso no me soltará, aunque no sienta nada por mí".

"No te preocupes. Mi casa está en una zona cerrada. Tengo dos habitaciones libres", contó Mariela. "Podrías quedarte conmigo, si no tienes otro lugar para pasar tus noches". Sonreí rápidamente.

"En realidad, las he pasado con él desde que Alfonso salió de viaje, además de estar aquí, lógicamente", dije mientras encogía mis hombros. Mariela e Isabel rieron.

"Podrías pasar unas noches en casa, sin trabajar. Eres una gran trabajadora. Creo que te lo mereces". Fruncí mi ceño. "Viviana se siente aburrida. Me ha dicho que quiere trabajar horas extra hasta completar su recuperación".

"¿De verdad?", le pregunté. Mariela asintió ligeramente. "No sé cómo serán esas noches con él.

Solo sé que puede trabajar en cualquier parte del mundo".

"¿Cuál es su nombre?", me preguntó Mariela. "¿Es el hombre que vino al estacionamiento hace unas semanas? Parecía que te acosaba". Me ruboricé.

"Dijo que solo quería insistir hasta convencerme", respondí. Ambas rieron. "Pero no quiero que nadie sepa sobre lo nuestro, al menos por los momentos. Tal vez, después de todo, las cosas no salgan bien".

"¡O tal vez sea la mejor experiencia de tu vida!", aseguró Mariela. Luego sonó su celular. "Carajo. Creí que Miguel no me contactaría".

"¿Un cliente nuevo?", le pregunté. Negó con su cara.

"Es un sujeto que conocí hace poco. Se define como alguien de mente abierta y quiere que cenemos. Me parece que enloqueció, pero empieza a simpatizarme. En cualquier caso, me parece alguien... extraño". Tomé asiento y mi mente se recreó con la imagen de Mariela con una relación a largo plazo o casada. Tal vez funcionaría. "Tal vez me quede con él. Dejaría este empleo. Ya tengo algo de dinero en el banco. Incluso usé una parte que ahorré para abrir una pequeña tienda".

"Ese es mi plan también. Sé que no seré una acompañante toda mi vida", dijo Isabel antes de sonreír.

"Lo llamaré. Luego haré algunas reservas pendientes. ¿Qué piensas hacer?", le preguntó Mariela a Isabel.

"Atenderé a un cliente en cuarenta minutos", dijo. "Vine porque esperaba conversar contigo por lo de tu esposo. Ojalá lo dejes pronto. No olvides que te apoyamos". Me vio y me iluminó con su sonrisa alegre.

Un oasis de ilusión aparecía en mi vientre. "No lo he olvidado", respondí. Las despedí y sonreí. Me había dejado llevar por los prejuicios antes de formar parte de esa industria, en parte por las visiones de mis padres sobre ella. Ahora, esas chicas formaban una familia pequeña conmigo. También eran seres humanos y querían compartir sus historias con sus seres más cercanos.

Lógicamente, algunas cosas de sus labores no eran sencillas. Había aspectos del trabajo que eran desagradables. Cada noche debían acostarse con varios hombres distintos, por lo que todas, incluyéndome, aunque no estaba al frente, tratábamos de sobrellevar esas experiencias de la mejor manera posible. Las apariencias que yo guardaba indicaban que yo tenía una vida ideal, lo cual era falso. Eso me convertía en la persona menos indicada para criticar a alguna de esas chicas.

En realidad, yo no podía juzgar a nadie. Ni siquiera a mí.

Regresé a las reservaciones. Hice unas cuantas, entre las cuales respondía los mensajes de Sebastián. Me contó que su esposa lo había llamado. Eso me impactó. No obstante, rápidamente él me contó que se negó a verla. Era la primera vez que lo notaba molesto.

Recordé que había una fotografía de ellos en su sala de estar. Me pareció una mujer muy atractiva. Tenía lindas curvas, una amplia sonrisa y un cabello largo y brillante. Pero él no estaba tan contento. Entendía que esas imágenes no eran reflejo de nada. Yo misma me había tomado muchas con Alfonso, y él se mostraba en ellas como el esposo perfecto que no era. Mis padres habían conservado muchas. Me molestaba cada vez que se las mostraban a sus amistades.

Cuando concluyó mi jornada, me alegré de decirle a Sebastián que iba a tener unos días libres. Se lo diría al llegar a su casa para que hiciera planes para nosotros. Mariela me escribió luego de irme. Me indicó que podría tomar mis días desde el siguiente lunes. Solo faltaban tres días para esa fecha. Mariela quería que yo llegara lo más lejos que pudiera. Me sentí contenta de poder contarles lo que pasaba con Alfonso. Tal vez no funcionaría, pero estaba contenta por saber que contaba con amistades que me mostraban su apoyo y afecto.

Cuando vi el golpe en la piel de Isabel, el odio que sentía por Alfonso se hizo más fuerte. Debía separarme de él pronto, soportar las críticas de mi familia y mis amistades, estar en boca de todos durante algunos largos meses, además de sentirme como una desterrada de mi propia familia. Al carajo con eso.

Podría reconstruir mi vida lejos de ese infierno. Con alguien que me quería.

## Capítulo 19: Sebastián

Hice unas costillas y arroz una hora antes de la llegada de Julia, de modo que cuando arribara encontrara comida caliente. Busqué el aderezo que había preparado antes, así como los aperitivos. Escuché el sonido del garaje y me sentí feliz. Serví los platos y esperé por ella. Abrí la puerta y la tomé de la mano. Vi el pequeño equipaje que traía.

"Me traje algunos artículos", dijo en voz baja. "Varios, de hecho". Puso la bolsa en el sofá y la tomé.

La abracé, dejándola sobre mi pecho por un rato. "Es la mejor decisión. Tienes que olvidar ese lugar", le recordé. Cuando se alejó un poco, besé su boca y tomó la bolsa para subirla a la habitación. "¿Te gustaría comer arroz con costillas?", le pregunté. Regresaba a la cocina y sus pies estaban descalzos.

Retiré los envases que protegían a los platos. "Sí. Despertaste mi apetito", dijo. Probó el arroz antes que yo. Persistí hasta que lo hizo. Sonrió y busqué copas de vino para acompañar nuestros platos. "Si sigo contigo, voy a ganar peso pronto".

"Lo perderás pronto con una sesión de ejercicios", le conté. "Podríamos hacer muchos... en mi cama". Noté cómo se llenaba de rubor.

Di unos pasos y tomé asiento, cerca de ella. "¿Crees que necesito ejercicios ahora?", me preguntó.

"Para nada. Eres perfecta. Tu anatomía deja claro que has hecho ejercicios. Incluso si no hubieras ido al gimnasio, serías una mujer perfecta", le dije con seguridad. Ella frunció su ceño y dejó caer su tenedor.

"Vaya. Acabo de recordar que no voy allí hace semanas. Me transformarás en un tanque de comida, Sebas", dijo, regalándome el brillo de su mirada y su sonrisa. Probó las costillas y cerró sus ojos. "De-li-ci-o-so".

"Podríamos ir juntos al gimnasio", sugerí. Ella masticaba sus costillas. Encogió sus hombros luego de pensar en mi propuesta.

"Podríamos. Conversaríamos como todo el mundo mientras hacemos ejercicios. En cualquier caso, Alfonso no está aquí. No tengo motivos para agitarme", dijo, y luego llevó más arroz a su boca. Hice lo mismo. Continúe comiendo y charlamos. Me encantó el favor de las costillas que había hecho para ella. La noche caía y Karina finalmente salía de mis pensamientos. Estaba feliz por la compañía de Julia.

También se veía distinta. Me pareció que estaba más hermosa, feliz, y mostraba una sonrisa llena de colores.

Cuando terminamos nuestras cenas, cepillamos nuestros dientes y lavamos los platos. Encendió la televisión y me pidió sentarme a su lado. La rodeé por la cintura para que quedara cerca de mi pecho. "Hay algo más que quiero contarte", dijo con seriedad.

"¿De qué se trata?", le pregunté. Besé con calidez su mejilla.

"Se trata de Mariela. Es una especie de jefa. Es la mujer que estaba conmigo cuando nos encontraste en el estacionamiento. Fue ella quien me contrató en la agencia. Conversamos antes de

venir", dijo. La expresión en su rostro se tornó muy seria. Besé su boca y apreté su mano. "Aseguró que puedo tomarme algunos días para trabajar. Al parecer, la chica que habías buscado inicialmente quiere trabajar más tiempo mientras recupera su salud por completo. Gracias a su prolongada ausencia, podremos seguir juntos".

"Me alegra que la hayas sustituido", respondí, y asentí. "¿Por cuánto tiempo será? ¿Desde cuándo estarás libre?".

"Empiezo el lunes. Estaré libre por dos semanas", dijo, con su cara llena de felicidad. Me haría falta alguien que colaborara en la oficina, pero podría trabajar a distancia. Mis pensamientos enloquecieron de inmediato.

"Es una estupenda noticia", respondí, contagiándome con su alegría. "¿Qué lugar quisieras conocer?".

"Cualquiera que esté cerca del mar. No soy asidua a los viajes, aunque siempre me ha gustado la playa", dijo, con su mirada llena de luz. Negué con mi cara.

Estaba impresionado. Sabía que en ese círculo social todos iban de viaje con frecuencia. "¿Es increíble que no hayas viajado? Tus padres son adinerados", le recordé.

"Viajaban pero sin mí. Siempre me quedaba con la niñera", me contó. Bajó su cara y creí que lloraría. Besé con calma su cabeza.

Ya pensaba qué playas podrían ser las más románticas. "No te preocupes. Iremos a cualquier playa que desees. En Europa, en Miami, donde me digas", respondí.

"¿En alguno de esos lugares tienes un hotel?", me preguntó Julia. Reí y besé su boca.

"Eso no es importante. Lo importante es el destino al que vayamos", dije, tomando sus manos con delicadeza.

Tomé algunos de sus rizos y la vi fijamente. "Pero podríamos hospedarnos en uno de tus hoteles. Tú lo mencionaste. Solo quiero hacértelo sencillo", dijo. Su voz era una unión de dulzura con pureza.

"Julia, tengo mucho dinero. Iré donde quieras que vayamos. Te aseguré que será sencillo", contesté. "¿Crees que será difícil para mí o gastaré mucho dinero si viajamos?". Sus mejillas se ruborizaron.

"Sí. Lo lamento, pero es parte de mi personalidad. Podría incluso aportar algo de dinero, si hace falta. Tengo algunos pesos en el banco", informó. "También podríamos llegar a un acuerdo". Se acomodó entre mis piernas y noté el deseo de su mirada hambrienta.

"¿Dices que hagamos el amor varias veces?", dije, con tono de burla. Me besó apasionadamente y apretó su pecho con mi abdomen. "Podríamos hacerlo en muchas playas". Puse mis manos en su cintura para acercarla. Empezó a reír y luego volvió a besarme.

"Nos llenaríamos de arena".

Mi luna de miel con Karina había sido en Puerto Rico. Ciertamente, me había llenado de arena. No repetiría la experiencia con Julia. Negué con mi cara mientras execraba esa posibilidad de mi mente. "Sé que habrá una forma de evitar que eso suceda", le dije sobre sus labios. Luego nuestras bocas se fundieron en un beso y mi lengua chocó con la suya. La hice mía una vez más, aunque fue



la primera vez que la poseía en mi sofá. La puse de espaldas. Se aferró a los cojines mientras su boca se hundía en el cuero. La imagen de su culo era fenomenal. Azoté sus nalgas a medida que la penetraba.

La imagen del tamaño de su bolsa, enorme, llegó a mi mente. Por lo poco que sabía sobre las chicas, supuse que iba a pasar más de unos días conmigo. Tal vez un mes completo. Eso me hizo pensar que podría pasar cada noche a su lado, haciéndole el amor antes de dormir, para luego quedarme abrazado con ella mientras nos dormíamos.

Hicimos el amor rítmicamente, con mis caderas adheridas a sus nalgas. El clímax la absorbió, lo que me sucedió también poco después. Sujeté sus caderas unos segundos antes de liberarme en su interior. Mi semen salía con prisa mientras yo seguía dentro de ella. Exhalé con fuerza y me quedé en su interior. "¡Sebastián!", gritó. Quería conservar esa imagen de su culo. Su cuerpo se movía para recibir todos mis líquidos. Su aroma a mujer llenaba el sofá.

Me retiré unos segundos después. Giró para tomar aire y abrió sus ojos. "Es la primera vez que siento tanto placer con un hombre", aseguró. Me moví para quedar bajo su cuerpo. Sus piernas quedaron sobre mi pecho y sentí la calidez de su aliento.

"¿Tuviste otras parejas... además de tu esposo?", le pregunté. Ella suspiró.

"Tuve un novio durante la secundaria. No fue una relación formal. Tuvimos sexo algunas veces, antes de comprometerme con Alfonso. Como tenía claro que mis padres no aprobarían nuestra relación, supe que no estaríamos juntos mucho tiempo", dijo, y frunció su ceño. "Eres la primera persona a la que le cuento esto".

"¿Qué sucedió con él?", le pregunté. Ella encogió sus hombros.

"Perdimos contacto al graduarnos. Fui a la universidad. Alfonso llegó a mi vida. Había olvidado a ese sujeto por completo", dijo. La vi sin parpadear. Me sorprendió la influencia de su familia y su esposo. ¿Sería posible que se alejara de ellos para que estuviera más cómoda?

Vimos otra película en la sala de estar. Noté el agotamiento en su cara y me dirigí a la habitación. La llevé al dormitorio, tomada de la mano. La puse sobre la cama y cubrí su cuerpo con un edredón. Apagué todas las luces y cerré todas las puertas. Tal vez nos iríamos de viaje en unos días. Yo usaría los días que le restaban de trabajo para encontrar un lugar ideal, una playa en la que pudiera pensar en cosas más felices que su esposo. Una playa o algún otro paraje que me permitiera demostrarle lo mucho que deseaba tenerla a mi lado y brindarle toda la protección que le hiciera falta.

Se durmió y me quedé a su lado, analizando en mis posibilidades. Quería llevarla al mejor lugar. No paraba de moverse. Era evidente que le costaba quedarse dormida, aunque estaba más calmada que antes. Supuse que ese insomnio era producido por la compañía de su marido. Pero esperaba que saliera de ese hogar definitivamente y no tuviera que pasar otra noche con dificultades. No obstante, eso no era seguro. Tampoco lo que sucedería en el futuro. Supuse que cada vez que él llegaba de sus viajes, Julia se sentía nerviosa. Ese pensamiento hizo que mi molestia creciera. ¿Él habría tenido relaciones placenteras con ella en algún momento? ¿La habría forzado a hacerlo? Tomé aire y me dirigí a la cocina. Quería pensar con calma y beber algo de agua.

Julia siempre quería hacer el amor conmigo. ¿Se habría sentido presionada en algún momento? No

quise preguntárselo. Tampoco le pregunté si él la había obligado. No obstante, la duda crecía en mí. Fruncí mi ceño y exhalé. Luego bebí agua. Debía preguntarle, pero era el momento de dormir y calmar mis ansias.

Cuando me sentí más relajado, regresé a la cama. La abracé y pronto el sueño me venció. Estaba segura conmigo. Lo estaría mientras estuviéramos juntos, pero debía asegurarme de que se quedara a mi lado.

Nos levantamos al día siguiente, nos duchamos, comimos algunas frutas y fuimos al gimnasio, en el otro extremo de La Salina. Ella entró antes que yo. Luego se ubicó en la máquina para ejercitar los brazos que estaba a mi lado. Puso sus auriculares en sus oídos y sonrió al verme. Respondí con otra sonrisa y empecé a hacer ejercicios. Su mirada paseó sigilosamente sobre mi anatomía. Nos vimos en los espejos a los lados y al frente, sin decir nada. Su piel se erizó, y supe que no era la primera vez que mi cuerpo le producía esa reacción.

Su piel también era una maravilla para mis ojos. Me deleité viendo sus senos apretados bajo esa camiseta corta y ceñida, sus piernas y sus caderas demarcadas por esos pantalones comprimidos y sus cabellos recogidos. Era una mujer atractiva. Su cuerpo era perfecto como estaba. Estaba convencida de que debía perder más peso, pero mi intención era mostrarle que eso no hacía falta. Mi respiración se agitaba con cada movimiento de sus brazos y piernas. Quería que perdiéramos calorías de otra forma, allí mismo: quitándole la ropa y poniéndola contra la pared delante de todos.

Su mirada ardiente en el espejo me convenció de que tenía el mismo deseo. Tomé un vaso de agua, intentado que mi pene se sosegara rápidamente, aunque parecía crecer cada vez más.

Fuimos luego al área de pesar. Le recomendé algunas cosas luego de que viera cómo tomaba algunas de mayor tamaño. Ella no quería levantar más peso, pero yo tenía claro que ese ejercicio traía muchas ventajas. Cuando levantó algunas pequeñas, mi mirada se detuvo en sus nalgas. Las subió lentamente, y me dije a mí mismo que no debía ir por ellas, aunque quería hacerlo.

Pasamos unas dos horas en el gimnasio y luego regresamos a casa para asearnos. La erección se hizo más fuerte cuando entramos a la ducha. La tomé por la cintura y entré en su vagina empapada de sudor y deseo. Era el momento de seguir con los ejercicios. Dijo mi nombre entre jadeos y presionó mi cuello con su mano. Luego su boca fue por la mía. El agua caliente caía sobre nosotros mientras su lengua se unía a la mía. La batí fuerte con mi pene. La tomé por las caderas mientras apoyaba su mano en un extremo de la ducha. La hice mía de nuevo, con intensidad. A ella le encantó. Lo supe por sus besos calientes.

Bajó un poco su cuerpo y mantuvo su mano sobre mi cuello. Acabamos simultáneamente. No paró de besarme. El vapor inundó la ducha. Lentamente, la temperatura del agua bajó. Nos aseamos con jabón y champú.

Usaba sus manos ágilmente para limpiarme. Cuando empezó a hacerlo, usé mis manos para pellizcar sus pezones, aún erectos. Gimió, por lo que quise complacerla de nuevo. La tomé y la puse sobre mi hombro. Le hice el amor en mi cama. Se quejó porque su cabello luciría desastroso, por lo que reí. El agua aún corría por nuestros cuerpos.

Tiempo después, arregló su cabellera y maquilló su cara en el baño. Al salir, vi su vestido negro y sus pies enfundados en tacones. Estaba muy hermosa. Recordé cuando había sido mi acompañante.

Ella negó con su cara. "Sí, donde trabajo no tengo contacto con nadie, pero a veces me consiento de este modo. Ahora que estoy feliz, quiero hacerlo siempre", dijo. Luego se sentó a mi lado. Puso su cabeza sobre mi hombro. "No te imaginas lo atractiva que me haces sentir, Sebas", aseguró. Me ponía feliz cada vez que me llamaba de ese modo. Probó mi comida y sonrió alegremente.

"Lo sé, pero deberías sentirte así aunque no estés conmigo", dije, y luego besé sus cabellos. "¿Tienes algo en mente para la cena de esta noche?"

Sonrió y se alejó un poco. "No. Podrías sorprenderme", dijo.

Besé su boca y sus mejillas se sonrojaron. "¿Y ya sabes a qué lugar quieres ir?", le pregunté.

"Tampoco. También podrías sorprenderme con eso", dijo. Reí y asentí.

"De acuerdo. Iremos a un lugar cerca de alguna playa", dije. Me dio un beso y sujeté su cuello con delicadeza para que quedara cerca de mi rostro. Luego se fue a la agencia. Sonreí y busqué mi computadora portátil.

## Capítulo 20: Julia

Llegué a mi trabajo. Saludé efusivamente a las chicas. Estaba feliz y recordaba todo lo que había pasado antes de llegar ahí. Me resultaba increíble que me hubiera calentado tanto mientras me ejercitaba a su lado en el gimnasio. Había sido tan maravilloso que parecía irreal. Sí, ya había pasado otras veces, pero cada vez el deseo era más poderoso. Ya estábamos más unidos. De hecho, esa noche también la pasaría en su casa.

Definitivamente, era un sueño hecho realidad.

Suspiré de alegría y encendí mi computadora. Preparé café en la máquina y esperé que estuviera listo. Sonreí al ver las calles. Recordé que restaban un par de días para mi semana libre, pues era jueves y no trabajaría el domingo. Viajaría con Sebastián, lo que me emocionaba y al mismo tiempo me ponía muy nerviosa. Nuestros padres tenían mucho que ver con esas galas. Me dije que no debía alterarme y que todo saldría bien. Ellos también estaban fuera de la ciudad. ¿Pero qué pasaría si Alfonso me buscara entonces? No era su costumbre, aunque en ocasiones me llamaba para pedirme, u ordenarme, que lo acompañara a alguna fiesta o cena repentina.

¿Debía sentirme feliz?

Comencé a trabajar, apenas concentrada, sintiendo que era el momento de desconectarme del mundo, apagando mi celular. Si alguien intentaba contactarme, diría que se había extraviado. Antes de llegar a casa compraría otro. No tendría problemas para hacerlo, porque tenía dinero. Tal vez era el momento de adquirir uno más nuevo, con el que podría tener otro plan y número. Al partir con Sebastián, Alfonso no tendría manera de contactarme. Como no teníamos hijos ni inversiones, no tendría que buscarme para hablar. Tampoco quería ir a casa a buscar algo más. Solo me preocupaba lo que dirían mis padres, pero ya no me importaba. Lo más importante para mí era mi relación con Sebastián.

Sonreí e hice otras reservaciones, además de revisar cuántas chicas estaban disponibles. Estaba convencida de que ya tenía el valor para continuar con mi vida. Isabel y Mariela me habían dado un impulso adicional con su apoyo. El nombre que vi congeló mi alegría. Era Alfonso, pidiendo a Isabel. Quería que lo acompañara durante un viaje de trabajo. Lo ideal era responder que ella ya no trabajaba en la agencia, pero no lo haría. Ya me lo tomaba de forma personal. Empecé a hacerlo cuando vi la piel inflamada de Isabel. Respondí de forma escueta y continué con las reservas. Quería olvidarlo rápidamente.

Pero envió otro mensaje. Dijo que estaba dispuesto a pagar más dinero. Estaba molesto y exigía a Isabel. Tomé aire y reenvié mi respuesta. Quise que pensara que era una máquina la que enviaba las respuestas de forma automática. Si me extendía en las contestaciones, podría sospechar que se trataba de mí.

Unos minutos después llegó otro mensaje. Solicitaba dos chicas más. ¿A quién podría recomendarle tras lo que sucedió con Isabel? Apreté mis puños para contener mi furia. Respondí que comprobaría la disponibilidad de las chicas. Hice las siguientes reservas, con la esperanza de que olvidara el asunto.

Ya Isabel estaba fuera de la lista para él. Mi reemplazo podría hacerse cargo de Alfonso. No obstante, me agitaba pensar lo que podía hacerle a las otras acompañantes.

Al parecer, el tema estaba alterando toda mi vida. Se había vuelto muy personal. Alfonso había estado con pocas chicas de la agencia. Lo supe por la cantidad de citas que había tenido. De todos modos, seguramente antes de contactar a la agencia también me había sido infiel. Solo que ahora sentía esas infidelidades como algo más real.

Una idea surgió en mi mente. Reaccioné sonriendo. Busqué en los archivos toda su información. La seleccioné y vi a los lados para cerciorarme de que no hubiera nadie. Entonces eliminé todos los datos. Abrí mi boca, sorprendida. Carajo... ¿de verdad lo había sacado del sistema?

Solo se había hecho en algunas ocasiones. Cada vez que un cliente agredía a una de las chicas, lo eliminaban del sistema. Mariela había borrado a un par de sujetos, muy molestos. Los bloqueaba, de tal manera que ellos no podían contactar a la agencia. No bloqueé a Alfonso, aunque esperaba que se concentrara en otros asuntos que yo no me tomara a título personal. La idea me perturbó. Solo quería que saliera de mi vida. Sabía que no debía pensar en algo tan fuerte, pero mi odio por él se había incrementado por su actitud con Isabel. Por eso no quería volver a verlo.

Quería comprar un nuevo celular. Cuando llegó la hora del almuerzo, me dirigí al centro comercial. Busqué la tienda de otra operadora y lo adquirí. Apagué el viejo y decidí que lo lanzaría al río cuando tuviera la oportunidad, pero primero debía cargar la batería del nuevo. Comí unas frutas y volví a la agencia. Vi la pantalla de mi nuevo celular. Estaba cargándose. Y yo estaba feliz.

Contacté a Sebastián desde la oficina. Le conté de mi nuevo teléfono. Al parecer le había alegrado mi decisión. Me gustaron sus nuevas felicitaciones. Evité hablarle de Alfonso. Además, mi mente olvidadiza no recordó que quería contarle sobre la charla que mantuve con Isabel. Estaba pensando en muchas cosas al mismo tiempo.

Llegaría a la casa y configuraría mi nuevo teléfono. Luego iríamos al río a lanzar el viejo. Le gustó mi plan. Hice otra reservación y retomé la charla con Sebastián. Me aseguró que ya había planificado algunas cosas para nuestro viaje, pero cuando le pregunté al respecto, dijo que me lo contaría cuando llegara y me abrazara. Su respaldo y convicciones me hacían sentir protegida.

Al llegar a su casa, sentía que estaba llegando a un hogar. Esa sensación me producía cierto temor. Era temprano para sentir esas emociones, debido a nuestras historias. Además, tenía pánico por la posible reacción de Alfonso. Podría saber mi ubicación rápidamente. Era un hombre influyente y poderoso. Sebastián estaría en riesgo entonces, si bien ya estaba en peligro por estar conmigo.

Deseaba huir de mi vida en La Salina cuanto antes, para que el miedo y las posibles consecuencias por las decisiones de Alfonso no me atropellaran. Ansié que Sebastián buscara un lugar remoto, para que pudiéramos disfrutar sin preocupaciones.

Me mantuve ocupada, trabajando en la agencia. Alfonso no pudo enviar más correos, lo que me alegró. Obviamente, él no se quedaría tranquilo, pero el no saber de él por unas horas me hacía feliz.

Cuando finalicé la jornada, guardé mi nuevo celular en mi bolso. Salí y el agente de seguridad sonrió. Charló conmigo antes de abrir la puerta para que yo saliera. Me despedí de él y fui a mi auto.

Manejé con calma. Vi las calles y las personas en mi camino a la casa de Sebastián. Estaba feliz de volver a verlo. Ya le había preguntado varias veces cuál sería nuestro destino, pero no me lo

dijo. Pensé que podría buscar otro auto, porque en el que iba mi mente solía recordar las cosas terribles que había vivido con Alfonso. Podría buscar uno nuevo. Le contaría a Sebastián al respecto. Me sentía feliz de trabajar, sentirme útil, ser independiente y ahorrar dinero. Eso me permitía comprar esas cosas tan necesarias. Muchas personas, especialmente mujeres, no tenían esa posibilidad. Dependían de sus esposos, que las maltrataban, para mantener a sus hijos. Y a sí mismas.

Ahora tenía dinero y amistades que apoyaban mis decisiones. Me prometí a mí misma encontrar algún modo de ayudar a esas mujeres desafortunadas. Iría a un centro de mujeres o algo similar. Eso era impensable hacía un tiempo. Había tenido padres ricos, pero eso no me había convertido en una chica consentida. Siempre había pensado que era una mujer igual a las demás. Nadie era inferior. De hecho, el dinero solo había logrado que me sintiera sola. Eso solo cambió cuando encontré a Sebastián. Noté que algunas personas ricas, como él, no actuaban como mis padres. Él era solidario y me daba su apoyo.

A pesar de su fortuna y el éxito de su cadena de hoteles y casinos, Sebastián era realista y se comportaba como si no tuviera nada. Con él me sentía un ser humano valioso. Era humilde y le gustaba compartir con la gente. Sentía que el amor por él nacía en mi corazón. Eso no me gustaba. Llegué a su casa y bajé mi cara. Abrí el garaje, tomé aire y pasé. La contundente realidad golpeaba mi pecho.

Ya sentía amor por él. Además, mis pertenencias estaban en su hogar. Era la hora de tomarlas y huir, pero lo que más anhelaba en ese instante era recorrer el mundo a su lado. Deseaba que mi amor creciera y creciera, en lugar de disminuir.

La idea de que me ayudara a divorciarme de Alfonso no era una posibilidad. Cuando terminara el viaje, me separaría de él. Sería una mujer soltera e independiente. Estaría con él, disfrutando cada segundo del viaje, y eso sería todo. Bajé de mi auto y activé la alarma. Cuando entré a la cocina, Sebastián ya estaba ahí. "¿Qué haces?"

"Nuestra cena", dijo, con una gran sonrisa. "¿Qué tal?"

Avancé y dejé mi bolsa en una silla. "Todo bien", dije, viendo su mirada intensa. Me sentía cada vez más feliz. Aunque quería saber adónde iríamos y cuándo saldríamos, no lo hice. Su cuerpo sexy se robaba mi atención. "¿Y tú?"

Caminó hacia mí, me tomó por la cintura y besó mi boca. Puse mis brazos en su cuello para corresponder su beso. "Me siento perfecto ahora que llegaste", dijo. Presioné mi cuerpo con el suyo. Dimos algunos pasos para llegar al comedor. Allí estaban nuestras ensaladas, listas, y dos copas de vino. Me preguntó por mi nuevo celular. "¿Finalmente te desharás de tu viejo celular?"

"Ese es mi plan. Espero que no pueda contactarme. Antes de tirarlo, copiaré mis nuevos contactos. Ojalá mis padres puedan comunicarse conmigo de algún modo, aunque entiendo que...", negué con mi cara y seguí, "seguramente no lo harán. Sé que tengo que aceptarlo. Ya no permitiré que eso frene mis acciones".

"Ojalá copies mi información también", dijo Sebastián, sonriendo y aumentando la temperatura de mi cuerpo. "Espero ser el primero en tu lista de contactos".

"Olvidé contarte algo. Alfonso quería hacer una reservación", le dije. Frunció su ceño. "Quiso buscarla para que lo acompañara, pero ahora está en una lista negra".

“Supongo que hablas de clientes indeseados”, respondió Sebastián. Asentí y sonreí.

"Fue agresivo con la chica con la que estuvo antes, Isabel. Conversé con ella. Me dijo que no sabía que era mi esposo. Me pidió disculpas. Eso no me importó. Solo me preocupé por ella. Pensé que la había lastimado. Entendí hace tiempo cómo es este... negocio. Los hombres casados son nuestros principales clientes. No las critico por trabajar con ellos. Hay una parte de la vida que es muy cruel". Suspiré. "En cualquier caso, quiso reservar otra vez a Isabel, pero rechacé su petición. Ahora no está en nuestros archivos".

"¿No infringiste ninguna regla?", me preguntó. Vi su alegría y encogí mis hombros. "Todas las mujeres deben ser respetadas, sin importar dónde estén ni la ropa que vistan. Por eso, entiendo lo que hiciste y te apoyo".

"Lo sé. Además, Isabel es una linda persona. Está terminando sus estudios universitarios. Quiere estudiar otra carrera, obtener una beca y trabajar menos tiempo como acompañante. Es lo mismo que ha pasado con muchas otras chicas de la agencia. Ya no las juzgo ni tengo prejuicios sobre ellas, como me sucedía en mis inicios allí". Asintió y tomé algo de mi vino. "Y es increíble, pero me han apoyado más que mis propios padres. Hace unos años no hubiera creído que algo así pasaría".

"Yo también te apoyo, cariño", recordó. "Y sabes que es verdad". Me ruboricé. Sonrió y extendió su mano. "Acompáñame. Tengo una sorpresa en la sala de estar".

Tomé más vino y comí algo más de ensalada antes de salir. Me guió a la sala de estar. Allí estaba su computadora portátil. Se sentó frente a ella y la encendió. Me senté a su lado. "Sé que te encantará". Su beso fogoso en mi boca encendió mi deseo.

Un nuevo beso de su boca sobre la mía me excitó más. "¿Me dirás de qué se trata?", le pregunté. Se retiró y giró para ver la pantalla. "¿Qué es?". La imagen de un gran castillo frente al océano apareció frente a nosotros.

"Es el Hotel Haz de Luz", contó. "Es uno de mis hoteles favoritos. Está frente al Pacífico". Abrí mi boca ampliamente. Pulsó la imagen y aparecieron otras. En una de ellas aparecía una gran habitación desde la que podía verse la playa.

"Me encanta.... pero no estoy segura de viajar a Italia. Creí que no viajaríamos tan lejos. Italia está muy, muy lejos", dije. Sonrió y rozó sus labios con los míos.

"Supongo que tienes pasaporte, por lo que puedes viajar", dijo. Me llené de miedo y lo contagié.

Tenía pasaporte. No había problemas al respecto. Lo había tramitado para viajar a Berlín con Alfonso y nuestros padres. Italia estaba lejos, por lo que era el destino ideal. Sebastián podría pagarlo. Además, el castillo era lujoso y magnífico. Y yo quería estar en un lugar remoto como ese. Pero no quería mostrarme como una chica que solo estaba con él por las apariencias o para aprovecharme de su dinero. Podría colaborar con los gastos si usaba el dinero de mi cuenta bancaria.

"Julia, ¿sigues aquí?", preguntó. "Sí tienes pasaporte, ¿cierto?". Reaccioné abriendo ampliamente mis ojos.

"Así es. Eso no me preocupa", le dije. Frunció su ceño. "Lo que me preocupa es el dinero".

"Julia, no suelo descansar ni tomar vacaciones. Por eso, cuando viajo, no escatimo en gastos. Quiero que me acompañes". Mordí mi labio inferior y su rostro se llenó de alegría. "Entiendo que quieres guardar dinero. Espero que sigas haciéndolo. Mi meta es consentirte".

"No entiendo por qué quieres hacerlo", le dije, sin quitar mis ojos de los suyos.

"Soy yo quien no entiende. Tu esposo tiene mucho dinero, pero no te consiente. Además, eres parte de una familia con una gran fortuna", respondió, tocando mis mejillas. "Ninguno se ha dado cuenta de lo mucho que vales". Mi piel se erizó cuando besó tiernamente mi boca. "Quiero ser el primero que lo haga. Te poseeré en mi habitación mientras oyes las olas de la playa, te llevaré a comer en los mejores restaurantes y te daré lo que necesites. Quiero que estés lejos del dolor, si me concedes ese privilegio", dijo antes de volver a besarme, encendiendo mi deseo.

Tomó la copa de vino para llevarla al dormitorio. Se deshizo de mi atuendo con prisa. Luego me acomodé en su cama y tomé sus almohadas. Tomó mis piernas para separarlas y luego insertó su boca en mi vagina. Puse mi mano en la cabecera para controlarme un poco. Su lengua retozaba con mis labios vaginales y mi clítoris. Exhalé mientras repetí su nombre. Sus manos apretaron mis caderas y me mantuvieron sobre la cama mientras me complacía y prolongaba mi placer.

Un rato después me amarró a su cama. Nunca lo había hecho. Su boca intrépida logró que tuviera un orgasmo. Caí de bruces luego de subir un poco mi espalda. Entró en mi vagina lentamente, sabiendo cuánto comprimiría su pene por el clímax que yo había tenido unos segundos antes. Él bombeaba sin parar, alimentando mi excitación y llevándome al borde. Quise quitar las ataduras de mis brazos, pero no lo logré. Mi objetivo era ponerlo más cerca de mí.

Tocó uno de mis pezones y usó su mano restante para apoyarse. Me pellizcó, me apretó y jugó con él. "Qué rica estás", aseguró, penetrándome una vez más. "Te haré el amor cada vez que pueda mientras estemos en Italia", dijo, penetrándome otra vez. "Así sabrás cuánto quiero hacerte mía", dijo, penetrándome una vez. Dije su nombre y cerré mis ojos mientras reclinaba mi cara. "Carajo, cariño. Quiero que acabes con mi pene. Acabemos juntos, cariño". Mi piel se agitó con sus peticiones. Su pene latía con fuerza y se impulsaba para alcanzar mis zonas más profundas y acabar. "Julia. Julia. Julia". Gemí una y otra vez.

Exhaló y abrió sus ojos. Se acostó muy cerca de mí y puso su mano sobre mis senos. "El plan que hiciste para nuestra estadía en Italia me encanta". Exhalé y vi su rostro sudoroso.

"Estupendo. Esta noche haré la reserva... de los boletos, quiero decir. Ya lo hice con el hotel", contó, riendo. Me uní a su risa mientras él se acercaba a mi rostro. "Por cierto, quiero que compres un bikini y lencería. Los más sensuales que encuentres".

"¿Pasaré todo el tiempo con esa ropa puesta?", le pregunté. Su expresión era de duda.

"No todo el tiempo. Creo que será mejor que solo te lo pongas cuando estemos a solas. Me sentiría celoso si otros hombres te ven", dijo, guiñando su ojo y tomando mi mano antes de sonreír y darme un beso.

"Eso no va a pasar", dije. Abrió ampliamente sus ojos. Nos abrazamos mientras el sueño empezaba a adueñarse de mí. Recordé cuántos asuntos debía resolver antes del viaje. También recordé mi nuevo celular. Le pregunté a Sebastián si quería revisarlo y me preguntó dónde lo había guardado. Luego salió de la cama. Reí cuando vi que volvía al cuarto con mi celular y su cargador. Se puso de nuevo a mi lado y me abrazó.



Guardó su información en los contactos. Se tomó una fotografía y la agregó como su imagen personal. Con su ayuda instalé algunas aplicaciones, si bien decidí no configurar ninguna red social. Quería evitar mostrar mucha información personal en internet por los planes que tenía en mente. Sebastián estaba de acuerdo, lo que me hizo sentir feliz. Tenía cuentas en redes sociales, pero las usaba principalmente por su trabajo. Varios de sus empleados subían y actualizaban información sobre sus hoteles y casinos.

"¿Entonces no compartes información sobre ti?", le pregunté. Encogió sus hombros.

"Karina solía hacerlo. En su afán de mostrar una vida de felicidad y su cara llena de maquillaje, siempre subía fotos de nosotros. Eso me desagradaba. No hay nada ni nadie perfecto", aseguró antes de suspirar.

"Lo sé. Mis redes sociales están llenas de esa felicidad fingida. Hay muchas sonrisas falsas y fotos de personas que casi no conozco. No soy amiga de esas personas. Amiga real, quiero decir. No quiero continuar con esa farsa", dije, y Sebastián asintió.

Paramos de revisar mi celular. Recordé que mi antiguo celular estaba en mi bolso. Y estaba apagado. ¿Habría alguien notando que no lo usaba ya? ¿Qué pensarían al respecto?

La noche entraba en su etapa final. Apreté con fuerza a Sebastián. Quería llenarme con su calor. Concilié el sueño y unas horas después me levanté. Él se había quedado conmigo. Abrió sus ojos y sonrió. "¿Quieres tomar café?", me preguntó, Mi respuesta fue afirmativa. Entonces se puso de pie para ir a la cocina. Decidí dormir otro rato.

Reservó nuestros boletos de avión después de cepillarse los dientes. Compartimos nuestro desayuno. Estaba convirtiéndose en una costumbre agradable. Me sentí feliz de saber que en solo unos días tomaríamos un avión para ir al otro lado del mundo. Sería una experiencia maravillosa. Esperaba entrar en internet para comprar algunas cosas y recibirlas antes del vuelo. Tenía el objetivo de mantener mi peso. Sabía que no solía usar bikinis, por lo que no me gustaba mucho la idea. Decidí comprar algunas cosas para que las viera Sebastián en exclusiva, además de alguna ropa reservada para lucir en la playa.

Le di un fogoso beso antes de volver a la agencia. Estaba más feliz que antes. Pasé a mi oficina y encendí mi computadora. El día había comenzado con buen pie. Ya Mariela había llegado. Sonrió al entrar. Me preguntó cuál era el motivo de mi felicidad. Le conté en voz baja sobre mi viaje a Italia. Luego le pedí que anotara en mi nuevo teléfono su número telefónico. Su alegría era palpable. "¿Italia?", me preguntó. Asentí con prisa. "Cariño, imagino que entiendes que esto no es algo pasajero para ese hombre, ¿cierto?".

"No sé de qué hablas", le aseguré. Ella sonrió.

"Hablo de sus mensajes y su mirada emocionada. Lo noté cuando vino a verte. Estabas en shock. Es obvio que siente algo fuerte por ti", dijo. Luego sonrió y la vi fijamente.

"Entiendo. Hablé con él para decirle que estaba excediéndose con el viaje, pero me aseguró que no suele tomar vacaciones. Por ese motivo quiere invertir en esta estadía y que lo acompañe", respondí, mordiendo mi labio inferior. Mariela asintió.

"En ese caso, pásala muy bien. Viaja y disfruta todo lo que puedas", sugirió Mariela. Vi la pantalla de mi ordenador y suspiré.

"Tenga una atadura llamada Alfonso", le recordé. Frunció su ceño.

"¿Te refieres al que dice ser tu esposo? Ya lo había olvidado, porque no te demuestra lo que siente", me dijo. Reservé a otra chica y analicé lo que le diría a Mariela.

"Estoy con él por mi familia y sus empresas", contesté, aunque mis palabras me provocaron ganas de vomitar.

"Cielos, cariño. No tienes que hablar de ese modo porque esa no es tu verdadera personalidad. Solo mírate. Esa sí eres tú. Estás radiante y llena de alegría. Déjalo para que busque a otra chica que pueda mostrar como trofeo", dijo, viéndome fijamente. "Lograrás que te deje en paz si te mantienes firme".

"No olvides a mis padres. Me sacarán de sus vidas si me separo", dije con molestia. Mariela se mostró tranquila.

"Nada debe detenerte, Julia. Ellos no son tu verdadera familia. Nosotras lo somos, porque aunque no compartimos la misma sangre, te apoyamos y respaldamos tus decisiones", aseguró. Analicé cada una de sus palabras. Lo que decía era cierto, pero me causaba una profunda tristeza. "Sebastián es un buen hombre. Además, puede y quiere usar su fortuna para protegerte. Por otra parte, has ayudado a muchas de tus compañeras con tus horas extra de trabajo. Puede que no quieras irte a vivir con él, pero igualmente podrías comprar tu propio hogar".

Unos treinta minutos después, Mariela regresó a su oficina. Entré a una tienda en línea. Quería comprar bikinis. Vi algunos diseños después de hacer algunas reservaciones. Compré algunas faldas cortas y blusas, pantalones cortos y unos tacones. También compré bikinis de dos prendas y algo de lencería. Busqué otros zapatos adecuados para los almuerzos con Sebastián, los paseos por la orilla de la playa y algunos que pudiera usar en cualquier ocasión.

Hablé con él para preguntarle si podía usar su dirección para recibir mi encomienda. Estuvo de acuerdo. Solicité el envío urgente para que todo llegara el día siguiente. Luego entré a otra tienda de lencería. Allí compré más cosas. Muchas más. También pedí el envío urgente. Esperaba tener todo en orden para mostrarme como la mujer atractiva que Sebastián aseguraba que yo era.

Compré una ensalada César para mi cena. Sonreí al ver fotografías de Italia. Me encantaba todo lo que veía. Sabía que la pasaría muy bien allí. Tal vez alquilaríamos un auto y recorreríamos Pisa y otros lugares.

Entré a mis redes sociales. Con una breve búsqueda, me topé con el perfil de la esposa de Sebastián. Vi sus imágenes. Podía acceder, pues no tenía perfiles privados. En ellas aparecía con un hombre que evidentemente era mayor que ella. En las más antiguas, no obstante, estaba con Sebastián. Lo que me había dicho él era cierto. Existía una apariencia de belleza, artificialidad y felicidad que realmente no existía. Lo real era que ahora no estaban juntos. Ella ya no estaba con una estupenda persona como él. ¿Se habría percatado ella de lo que había pasado? Esa pregunta surgió en mi mente al ver las fotos de su nuevo compañero. La imagen de arrogancia que mostraba él contrastaba con la sencillez de Sebastián. Aunque no comprendía las acciones de Karina, me sentí feliz de que ya no estuviera con Sebastián. Volví a ver las imágenes de Italia y me imaginé tomando café frente al mar mientras intentaba aprender algo de italiano.

Ya quería estar allí.

## Capítulo 21: Sebastián

Compré algunas cosas para nuestro viaje mientras Julia trabajaba. Se trataba de algunas camisetas y camisas suaves, y cosas para Julia que me hacían recordarla. Obviamente se quejaría por el dinero. Rechazaría el gasto, pero yo tenía claro que el dinero se hizo para gastarse. Me gustaba que ella no quisiera derrochar, pero lo que más me agradaba era que su cara se sonrojaba siempre que me agradecía mis buenas acciones con ella.

Su sonrisa siempre me hacía feliz, especialmente luego de tener un orgasmo. En el camino a mi caso, una duda surgió en mi mente. ¿Qué sucedería con nosotros después? No lo sabía, aunque mi divorcio era lo menos importante para mí. Solo deseaba a Julia en mi vida.

Cuando volví a casa, tomé las bolsas y guardé todo lo que había comprado para mí. Puse las de Julia en el armario. Estaban escondidas en un gran paquete. Decidí mostrárselas luego y maravillarme con su reacción de sorpresa. También podría esperar que llegara su lencería nueva y unir todo. Ojalá hubiera comprado un encaje sensual. La imagen en mi mente de su cuerpo delicioso enfundado en esa ropa me enloquecía. Bajé mis ojos y contemplé mi erección. Lamentablemente, no llegaría pronto.

Entonces recordé el encaje que yo mismo le había comprado. Era un pequeño encaje negro que yo sabía que luciría perfecto en su cuerpo.

La tarde era radiante. Trabajé en el proyecto del hotel por un rato. Permanecí allí por unas horas, dejando que el calor me bañara. Llamé a los gerentes principales para informarles que estaría fuera por unos días. Tras conversar con todos, recibí una llamada. Sonreí al ver de quién se trataba. "Hola, Lorenzo". Era uno de los gerentes. Entendí de inmediato el motivo de su llamada. Se trataba de uno de los mejores gerentes con los que contaba. "¿Sebastián no va a trabajar por unos días? ¿Soy solo yo quien cree que el fin del mundo está a punto de llegar?".

"Entiendo que puedo descansar de vez en cuando", dije. Escuché su risa.

"Por supuesto que sí. ¿Ya tienes un destino en mente?", me preguntó. Le hablé de Italia, pero no mencioné a Julia. "¿Irás solo?".

Hice una pausa para pensar en mi respuesta. "Iré con alguien, pero prefiero reservarme esa información. No quiero que Karina empiece con sus escándalos".

"No hay motivos para temer su reacción. Fue infiel. Ojalá esa chica te valore. Creo que es el momento de que alguien lo haga. Me alegra que tomes estas decisiones", dijo con alegría. Sonreí.

"Lo hará", aseguré, antes de que conversáramos sobre algunos asuntos pendientes sobre el proyecto. Organizamos algunos temas sobre unas reservaciones en uno de mis hoteles, y me despedí de él. Sonreí y vi la hora. Continué con mis labores con algo de prisa. Faltaban unos noventa minutos para cenar. Quería adelantar todo lo que pudiera, aunque me tomé mi tiempo para escribirle a Julia. Esperaba que se adaptara pronto a su nuevo teléfono. Me agradaba que ahora pudiera sentirse más libre.

Deseaba verla cuando antes. Preparé una sopa ligera y ensalada. Lo hice una hora antes de su llegada, de modo que la sopa estuviera caliente al momento de su llegada. Preparé papas horneadas y jugo de naranja. Esperé que todos los platos supieran bien. Cerré mis ojos y exhalé,

reconociendo en mi interior que estaba empezando a sentir algo fuerte por ella. Algo como... el amor. Lo sentía desde la primera vez que habíamos estado juntos, y desde entonces no había parado de crecer. Por esa razón, la había buscado sin parar desde ese momento. Hasta que la convencí de que volviéramos a vernos.

Tal vez todo lo que estaba pasando era una equivocación muy seria. Ir a Italia podría ser un error grave, pero deseaba hacerlo. Estaba convencido de que ella también deseaba ir. Aunque se había mostrado renuente con el tema de los gastos, su emoción era evidente. Sonreía cuando recordaba nuestro vuelo y me hablaba de la ropa que había comprado en internet. Aparentemente, había guardado una cantidad apreciable de dinero y había llegado el momento de darle un buen uso, adquiriendo ropa que merecía. Incluso podría invertir todo ese dinero en todo lo que le hiciera falta. No me molestaría, pues quería apoyarla y darle la suma que le hiciera falta. Incluso podría hacer lo mismo con Karina, para que no se viera forzada a empezar de cero sin un centavo. Me parecía lo correcto después del tiempo que pasó a mi lado, aunque no había aportado nada para mi empresa ni ayudado en absoluto.

Recordé el obsequio que le daría y sonreí. Se lo entregaría el último día de nuestra estadía en Italia. También me atrevería a hacerle una pregunta, pero para ello debía esperar que todo estuviera bien. La llevaría a un sitio en el que se sintiera cómoda y comprobaría que estuviera feliz a mi lado.

Oí que una voz femenina me llamaba mientras yo terminaba de cocinar. Sonreía, pensando que era Julia, pero me equivoqué "¿Qué carajo sucede? No deberías estar aquí", dije. Era Karina. Me molesté al recordar que aún tenía su llave. Estaba embriagada.

"Vengo de un club. Le pedí a un taxi que me trajera. No sé dónde más podría pasar la noche", dijo en voz baja mientras entraba, aunque yo no la había invitado.

Vi mi celular. Julia llegaría en quince minutos. "Puedes ir a cualquier lugar. Hay decenas de hoteles", respondí, en voz alta. "Debes irte".

"No puedo", respondió, abrazándome. Me quedé inmóvil. "Disculpa, pero me haces mucha falta. Lo nuestro me hace mucha falta, Sebas".

"No puedo hacer nada, Karina. Tomaste una decisión. Lo nuestro terminó". Su mirada lasciva me invitaba a estar con ella, pero eso no iba a pasar. Escuché que la puerta del garaje se abría. Me separé de ella, o al menos eso intenté. Aún no sabía cómo lograría que se marchara, pero debía hacerlo porque Julia nos encontraría y pensaría cosas que no eran ciertas.

"Oigan...", dijo Julia al pasar. Giré para verla. Alejé a Karina como pude. Se quedó inmóvil mientras nos veía. Aparentemente, ya sabía de quién se trataba. "Parece que llegué en un mal momento".

Karina observó a Julia y frunció su ceño. "Claro que no", respondí con aspereza. Karina le contaría a todo el mundo, incluso a alguien que pudiera conocer a Julia, lo que estaba pasando, si se enteraba de algo. "Te pediré un taxi".

"Buenas noches. Mi nombre es Karina," dijo antes de que yo hiciera algo más. "No me habías contado que tenías una novia, Sebastián". Vio a Julia y le mostró una de sus falsas sonrisas.

"Un placer. Me llamo... Susana", respondió Julia con calma. Me vio fijamente. Noté la tristeza en

su mirada y busqué mi celular. Pedí rápidamente un taxi, sin pensar dónde llevaría a Karina.

"Hora de irse", le dije a Julia unos segundos después. "Acompáñame, Susana", le pedí, ante lo que me vio sin parpadear. Caminó detrás de mí. Su tristeza apareció ante mis ojos otra vez. "Vino hace unos minutos, sin avisar. Cuando la vi, recordé que tiene una llave de mi casa, pero solo cruzamos algunas palabras", dije, viendo por la ventana. Aún tenía en mente disfrutar mi cena con Julia. El aroma de la comida me informaba que estaba casi lista. Esperaba que no se quemara.

"¿De verdad?", me preguntó, con expresión seria. "Sebastián, aún no te has divorciado", dijo, bajando su cara y la fuerza de su voz. Su tristeza amenazaba con colapsar mi corazón. "Yo tampoco lo he hecho", dijo, bajando aún más su voz.

"Aunque lo sea, ya no quiero estar con ella. Siente remordimiento por haber estado con otro hombre. Está lamentando haberse ido con un hombre que podría ser su abuelo", respondí, levantando su cara con mis manos. "Su taxi llegará en unos minutos. Antes de que se vaya, le pediré que me entregue la llave". Sus ojos se humedecieron. Exhalé profundamente y me asomé de nuevo por la ventana. Karina seguía allí. Dio un paso para tomar una copa de vino y entré. "Karina, ya has tomado suficiente esta noche", dije, abriendo más la puerta. Ella negó con su cabeza. "Debes irte. Adonde te parezca mejor. Solo vete".

"Sebas, te pido perdón", dijo, viendo mi cara. "Sé que me equivoqué terriblemente. Espero que me perdones", dijo, y negué con mi cara. Era obvio que Julia podía oírla.

"No. Lo nuestro llegó a su fin. La decisión está tomada. En unos meses estaremos oficialmente divorciados. Pasa el resto de la noche en un hotel. Intenta recuperar la dignidad y la sobriedad. Busca un modo de salir adelante sin molestarte", dije con molestia. "Eres una hermosa mujer y trabajas mucho. Te admiro por ello, pero ya no quiero estar contigo". Tomé la copa y la llevé a la nevera. Esperaba que no tomara más. Había guardado la botella para la cena con Julia.

Vi su llanto caer. "¿Por ella?", preguntó, con voz quebrada. Asentí. No podía negar lo que sentía.

"Así es", dije suavemente. Apagué la cocina y vi mi celular. Julia tomó asiento y puso su bolso en el mostrador. Su expresión era de una profunda tristeza. El taxi llegaría pronto.

En unos segundos.

Cuando llegó el auto, tomé a Karina delicadamente por el antebrazo. Decidí pedirle al taxista que la llevara a uno de mis hoteles. Exhalé al pagarle al taxista. Peiné mis cabellos. Era la hora de acabar con el lío. "Cariño, ¿dónde estás?", pregunté al regresar a la cocina. No estaba en casa. Salí y la vi, sentada en las escaleras, viendo sus rodillas. "Nunca imaginé que sucedería eso. Llegó repentinamente, hablando de su nuevo novio, y diciendo que ya no le parecía una buena persona. Le pedí que se marchara desde el momento en el que la vi". Me puse frente a ella y me arrodillé. "Por Dios, Julia". Lloraba sin parar.

"Vi cómo la abrazabas. No me pareció una imagen agradable". Vi sus lágrimas caer y guardé silencio. "La separaste de mí cuando notaste que yo estaba llegando. Tal vez te sientes mal por ella".

Puse mis manos en su cintura y llevé mi cabeza a sus rodillas. "No. La alejé porque esperaba que se marchara rápidamente. Ella no me hace falta ni me hace sentir mal. Quiero otro futuro", dije con firmeza. Ella no se movía. "No podría ser tan atento contigo y buscar a otra chica luego. Imagino

que ya lo sabes, Julia".

"Ni siquiera quiero imaginarlo", dijo, sin parar de llorar.

"No tienes que hacerlo. Siento un profundo amor por ti. Solo deseo estar contigo", contesté rápidamente, porque no quería dejar esa frase en mi garganta. "Es cierto. Cariño, te amo". Exhaló y tomó mi cabellera con sus manos. Cerré mis ojos.

"Pues está mal que lo hagas", dijo susurrante. Me presionó levemente los cabellos. "Solo genero problemas, Sebastián".

Me incorporé con calma y la invité a levantarse para abrazarla. "Eso no es cierto. Eres una mujer fenomenal. Te alejaré de todo y todos los que te causen dolor. Mientras estés conmigo, nadie va a lastimarte", dije.

Puso sus brazos sobre mi cuello. "Él podría herirte si sigo contigo", dijo. "Soy su prisionera".

Carajo. La deseaba. Más que eso, necesitaba estar con ella. Por primera vez sentía un deseo tan poderoso de estar con una mujer. "Me importa un carajo que se acerque a mí. Además, ya no eres su prisionera. Eres mía. Y eres libre", dije con fuerza. Un beso de mi boca siguió a mis palabras. Tomó mi cabello con más fuerza y la atraje hacia mi cuerpo, apretando con fuerza sus muslos. Subió sus piernas para rodearme y levanté su cuerpo de inmediato. La puse en el sofá y empecé a besarla con fuerza, llevando mi lengua a su garganta. Tenía la ropa que usaba en su trabajo. La rodé por el sofá y la ayudé a quitarse la ropa. Aún lloraba. Pasé mis dedos por su vientre y le quité sus bragas. Comencé a quitarme mis vaqueros. Me acerqué a ella y puse mi lengua en sus labios vaginales. Estaba caliente. Por mí. Saboreé su sabor a mujer y mi nariz se llenó con sus olores. Volvió a poner sus manos en mi cabeza. "Cariño", dije, entre quejidos. Bajé mi cara para encontrarme de nuevo con su vagina palpitante.

Un fuerte grito de su boca me informó que estaba teniendo un orgasmo. Me pidió que me pusiera bajo su cuerpo. Se ubicó sobre mi pene, hambrienta de mí. Su vagina cerrada tomó toda mi erección. Se empujó con fuerza y recibió todo lo que estaba dándole. Nuestros gritos se unieron mientras su cuerpo se mantenía inmóvil. Apreté sus nalgas y cerré mis ojos. Solo unos segundos después comenzó a cabalgarme. Me montó de prisa, con sus nalgas chocando con mis bolas. Subí para besar su boca y su aliento caliente arrojó mi garganta. Mi erección aún la agitaba. La recliné un poco. Me quedé dentro de ella un rato más, satisfaciéndola y sintiendo su cuerpo.

Cuando estuvimos más calmados, regresamos a la cocina. Nuestro apetito había despertado. Debí calentar la sopa. Apenas habíamos cubierto nuestros cuerpos. Buscó la ensalada en mi refrigerador. Salimos a comer en mi jardín. Tomamos algo de vino mientras la brisa nocturna agitaba sus cabellos. Era la calma que llegaba tras la cogida animal. Hizo silencio y saboreó lentamente la ensalada. "Supiste que era Karina...", dije, acabando con su silencio. La vi fijamente.

"La reconocí. Vi las fotografías de ella que aún tienes en casa. También... revisé sus redes sociales. Ya me di cuenta de la cantidad de fotos que tiene con su nuevo novio, aunque no ha borrado las que se tomó contigo. Parece que disfrutaban mucho entonces, porque lucen muy contentos", dijo, bajando su cara y suspirando largamente.

La vi con calma. "¿Redes sociales? Creí que habíamos hablado al respecto", le recordé. "Todo eso es mentira".

Asintió y subió su cara para verme. "¿Entonces siempre has hablado en serio?", preguntó, y humedeció su boca.

"Siempre. Me sorprendí mucho con todo esto, porque solo quería pasar una noche para olvidar a Karina. Quería sentirme mejor, distraerme, pero te conocí. Ahora mi vida es distinta". Sus mejillas se ruborizaron. Luego sonrió con timidez.

"En mi caso, jamás sentí amor por Alfonso", dijo, a modo de confesión. La vi y estudié su expresión. "Nos conocimos y tuvimos una linda relación... de amistad. Jamás sentí esa emoción por verlo, nada que se pareciera al amor. Tal vez siempre quise conformarme con esa imagen de felicidad, esperando que surgiera el amor, pero no fue así. No quería casarme, pero es la costumbre en mi familia. Y también en la suya. Estaríamos juntos, por un arreglo familiar". Tomó vino y se mostró pensativa. "Contigo fue distinto. Con el primer beso que nos dimos, me sentí muy emocionada. Me sentí maravillosamente bien. Creí que estaría obligada a hacer muchas cosas esa noche, pero no fue así. Fue la primera vez que tuve sexo de una manera tan linda".

"No volviste a trabajar de acompañante", le recordé. Negó con su cara.

"Mi plan era estar con un hombre solo por una noche. Jamás creí que conocería a alguien como tú. Era una demostración de mi molestia". Su mirada se llenó de lágrimas. "Te lastimará, Sebas. No mereces eso, y menos por una cagada como yo".

"Cariño, vales oro. Voy a demostrártelo. Podrías quedarte conmigo. Saldremos en unos días a uno de los países más hermosos del planeta. Compraré una casa para ti. No hará falta que vuelvas a verlo ni estar cerca de él. Mereces todo. Y voy a dártelo, Julia". Sonreí y tomé su mano derecha.

Comenzó a llorar nuevamente. "Eres tan bueno que me cuesta creer lo que haces por mí", aseguró. Suspiró y sonrió.

"Lo hago porque eres un gran ser humano", respondí. Me levanté y llevé los platos al lavavajillas, para ayudarla a lavarlos. Ya se había convertido en un hábito.

"¿Puedes creer que en dos días nos iremos?", me preguntó suavemente mientras yo secaba los platos. "Por primera vez tengo muchas ansias de partir". Sonreí y asentí.

"Te entiendo. Siento lo mismo", contesté, cruzando mis ojos con los suyos.

"No me entiendes, porque has viajado muchas veces. Debes haber ido a Europa un millón de veces", aseveró con incredulidad. Negó con su cara. "¿Ya fuiste a Italia?".

"Una vez. Estuve en Roma con una novia. Pero eso no puede compararse con esto. Ahora iré contigo, la mujer más especial de mi vida. Ya no tendremos que huir ni fingir".

"Es lo mismo que pienso", dijo. Cuando lavamos todos los platos fuimos a mi habitación. Nos quitamos la poca ropa que teníamos y nos duchamos. Luego me secó con una toalla y yo hice lo mismo con ella. La abracé y sonreí mientras la abrazaba. Descansamos en mi cama. Sentí la calidez de su cuerpo cuando se acercó. ¿Debía recordarle que la amaba para que ella dijera lo mismo o esperar un momento mejor? Tal vez no habría mejor momento que ese...

## Capítulo 22: Julia

Fui al estacionamiento para subir a mi auto. Era mi último día de trabajo antes del viaje. Estaba feliz. Haríamos nuestras maletas y a la mañana siguiente volaríamos a Italia. Estuve en casa de Viviana, dándole algunas recomendaciones, mientras contemplaba la tierna cara de su pequeña hija. ¿Sebastián habría sentido amor por ella si la hubiera conocido? Era una mujer cautivante, además de aguerrida y frontal. Había estado trabajando desde su casa por sus problemas médicos. Le agradecí que tomara mis turnos. "Mariela me comentó que viajarías".

"Así es. Esperé mucho tiempo por estas vacaciones", dije, asintiendo. Sonreí, pero evité revelarle más información. Seguía creyendo que estaba mal viajar con Sebastián, aunque me sentía feliz cada vez que me abrazaba.

Encendí mi auto. Me dirigí a mi nuevo hogar. Recordarlo me hacía entrar en pánico. Alfonso regresaría en pocos días. De todos modos, ya sabía que haría. Solo me hacía falta la ropa que estaba en su casa, pues nunca se había referido a ella como nuestro hogar. Todo el mobiliario del lugar me importaba muy poco. Tampoco quería conservar ninguna de nuestras fotos. Solamente quería estar en la casa de Sebastián. Su casa era más pequeña que la de Alfonso, pero allí podría sentirme confortable y bienvenida. Ella sí encontraba calidez y amor. Un amor mutuo con el que podíamos crecer.

Conduje hacia el hogar de Sebas. Tal vez Alfonso había intentado contactarme a mi antiguo celular. Quizás mi padre también lo había intentado. Pero no me importó. Ya no tenía ganas de mentir ni expresarme del modo que ellos querían. Era increíble, pero no sentía deseos de hablar con ellos. Ya estaba con alguien que había visto mi verdadera personalidad y le encantaba. Saberlo me producía un terrible miedo. Me había confesado que me amaba. Luego me había demostrado que era cierto cuando me tomó en el sofá, con hambre y excitación. Me poseyó, y la forma en la que lo había hecho me había maravillado.

También estaba enamorada de él, pero evité confesarlo. Alfonso regresaría y haría cualquier cosa para joderlo. Eso no podría suceder en Italia. Estaba tan enamorada de él que no quería arriesgar su vida. Seríamos felices y nadie nos reconocería. Nadie se fijaría en nosotros. Cada uno de los lugares que visitáramos quedaría grabado en mi memoria por el resto de mis días. Esos recuerdos me ayudarían a soportar las noches de terror que tendría al regresar, mientras Alfonso no se calmara.

Tal vez ya estaría buscándome en todos lados. Habría notado mi ausencia si me hubiera llamado. Sentí temor al notar que seguramente Sebastián habría reservado mi asiento en el avión con mi nombre real. Ojalá no fuese así. Había teñido mis cabellos y ahora era más oscuro. Estaba feliz de poder mostrar varias facetas de mi personalidad en poco tiempo.

Sebastián rió al ver mi cabellera. Aseguró que sentía que tenía relaciones con otra mujer cada vez que cambiaba el tono de mis cabellos. Me hacía el amor de espaldas, mientras halaba mis cabellos con fuerza y confesaba que le encantaba el color. Quiso saber cada cuánto tiempo lo teñiría, pero lamenté saber que tal vez no vería más cambios. No quería que le fuese mal por mi culpa. Conversaría con él para pedirle que se hiciera a un lado.

Pasé a su casa. No había nadie en la cocina, aunque el aroma a cocina recién hecha era fuerte. Era un aroma muy agradable. Tal vez debía aceptar la propuesta que me había hecho. Iría a su



habitación luego de pensar en qué lugar del mundo podría tener mi propia vivienda. Descubrí a Sebastián en su cuarto. Tenía una maleta en la cama. Estaba abierta. Veía la ropa en su armario. Apenas tenía su cuerpo cubierto con ropa de dormir. Contemplé su espalda perfecta mientras me reclamaba por querer terminar nuestra relación. Volteó al notar mi presencia. Sonrió alegremente. "Se acerca el viaje, cariño".

"Lo sé. Oye, luces muy contento", dije. Él asintió y estiró su brazo. Avancé y lo abracé. Luego besé su boca.

Volvió a sonreír. "Lo estoy", dijo con firmeza después de mi cálido saludo. "Hice carne para los dos. Podríamos terminar de empacar en un rato y tomar una siesta antes del viaje".

Volví a besar su boca. Su equipaje estaba a medias. Miré mis nuevos artículos en la mesa de noche. Ya había guardado meticulosamente parte de la lencería que yo había ordenado. Me contó que podía usar otra maleta y decidí hacerlo. Estaba cerca. Como estaba vacía, me apresuré a llenarla. Estaba ansiosa. "El aroma es muy agradable", aseguré.

Llevamos nuestra comida a su habitación para comer allí y terminar de empacar. Pensaba cómo arreglar el resto de mi equipaje mientras tomaba algunas copas de vino. Me concentré en mi ropa interior. Me fijé en las que Sebas había guardado. Vi que había otra bolsa, cuyo contenido no podía ver. "¿Qué tienes ahí?", me preguntó. Noté su curiosidad. Empecé a reír.

"No te lo diré por ahora", aseguré. Se quejó con fuerza y reí más y más. Puse algunos calcetines también. Pensaba que tal vez daríamos un largo paseo o tomaríamos un tren. Observé los zapatos en la esquina. Apenas tenía algunos pares, a diferencia de las chicas de la agencia, que aparentemente eran propietarias de una cadena de zapaterías. Una lesión antigua en un pie me había dejado como consecuencia el hecho de tener que elegir con cautela mis nuevos pares, por lo que tenía pocos, los necesarios.

"Podría tener alguna sorpresa para ti también", dijo. Volteé para verlo. Había despertado mi interés, pero solo sonrió y guiño su ojo. Continuó enfocado en su equipaje, como si no hubiera comentado nada. Lo imaginé momentáneamente a la orilla de una playa o en un barco, arrodillándose para pedirme matrimonio. Sabía que era el sueño de toda mujer, a diferencia de lo que había vivido con Alfonso, quien en un almuerzo en una cafetería me había informado que me casaría con él. Solo me entregó un anillo de compromiso después, cuando lo recordó, y aunque era enorme, no representaba nada para mí.

Vi la ropa de nuevo. Sacudí mi cabeza para sacar esa fantasía de mi mente. Guardé algunos vaqueros, shorts, ropa para dormir y algunas camisetas. Todas serían muy útiles. Empaqué, además, los bikinis que había pedido por internet. Los puse al lado de un par de vestidos de gala, tres faldas de varios colores y unas camisas elegantes. Aunque no tenía los detalles del itinerario, Sebastián había planificado un viaje muy romántico. Lo intuí por la personalidad que me había mostrado.

Solo empaqué el maquillaje más necesario. También guardé un cepillo de dientes, un obsequio de Sebastián, y perfume. No usaría mucho en la playa.

Hicimos una pausa para lavar nuestros platos. Después de hacerlo, nos dimos unos cuantos besos y regresamos al dormitorio. Quería poseerme de nuevo. Y yo no quería dejar de pertenecerle por mucho tiempo. Entendía que era suya, y que realmente no había sido de ningún hombre, a pesar de

mi “matrimonio”. Me encantaba estar con él, aunque me lo hiciera salvaje o románticamente.

Después de una larga siesta de tres horas, despertamos para tomar nuestro avión. Usamos el transporte público para llegar allí. Tomamos café y sonreímos. Podríamos tomar otra siesta en ese largo trayecto. Debíamos hacer una escala en Madrid. Solo debíamos revisar que todo estuviera en orden con nuestros documentos antes de partir. No paré de mostrar mi felicidad en cada uno de las revisiones. Nos sentamos juntos, en primera clase, mientras veía al resto de los pasajeros. Aunque ya había tomado algunos vuelos en esa clase, había pasado tanto que sentía que era mi primera vez. Recliné mi cuerpo y me cubrí con una sábana gruesa mientras estiraba mis piernas.

Leí algunas noticias antes de tomar esa deseada siesta. Nos abrazamos bajo las sábanas y sonreíamos. Sebastián respondía correos electrónicos y llamadas de sus gerentes y luego dormía un rato. Me sentía su confidente, su chica ideal, su amada. Solo dejábamos de abrazarnos para tomar agua o comer algún bocadillo. Me contó que quería alquilar un avión para que viajáramos solos, pero el gasto era excesivo.

Tras veinte horas de vuelo y la escala, llegamos al aeropuerto. Extendí mis adoloridas piernas. Me hacía falta caminar un poco, por lo que decidí hacerlo al salir del avión.

Olvidé que quería caminar más cuando una camioneta de lujo se acercó a nosotros para recogernos. Sonreí alegremente al verla. Se trataba de un vehículo enorme, con detalles de lujo. Sebastián tomó mi equipaje y mi mano para guiarme a mi puerta. Entré y noté que un cristal oscuro nos separaba de nuestro chofer. Antes de arrancar, él acomodó nuestras maletas en el fondo. Abracé a Sebastián con fuerza. Observé las calles mientras nos dirigíamos al hotel. La distancia de nuestra ciudad era evidente. Se notaba con cada caricia suya. Italia era hermosa. Estaba llena de vegetación y hermosas viviendas rústicas. Recordé las postales que había visto. Ahora tenía todas esas estructuras frente a mí. Podría tomar mis propias fotografías en cualquier momento. Un laberinto de montañas llenas de un imponente verde iluminó cara. El esplendor me cautivaba.

Sebastián también me cautivaba con sus abrazos poderosos. Me dejaba claro cuánto me deseaba cada vez que me apretaba. Yo también quería estar con él, pero me contuve para no pedirle que hiciéramos el amor allí mismo. En algún punto de nuestro viaje había introducido sus dedos en mis piernas, quitando la sábana, mi pantalón y mis bragas. Hábilmente se abrió paso y descubrió mi humedad. Me penetró con un par de dedos y no dejé de besarlo mientras lo hacía. Estaba ansiosa por sus caricias. Tuve un orgasmo a diez mil pies de altura. Me pidió un momento para ir al baño, por lo que supuse que iba a tocarse y luego retomaría su siesta. Sonreí al recordar ese instante y me imaginé cuántas cosas me atrevería a hacerle durante nuestra estadía en Italia.

Bajé su cremallera e inserté mis labios en su pene. Me llené con su dureza y grosor. Sentí que llegaba a mi garganta, pero eso no me detuvo. Sus manos tomaron mis cabellos. Solía recibir toda su erección, así que lo llevé más profundo. Dijo mi nombre varias veces y cerró sus ojos mientras gruñía.

Cuando terminé, descansó y nos fijamos en la belleza de las montañas. Sebastián le dio una propina generosa a nuestro chofer. Estábamos arribando a nuestro hermoso castillo. Las preciosas italianas de la recepción y la limpieza sonreían amistosamente, o mejor dicho, sugestivamente, al ver a Sebastián. Sabía lo atractivo y confiado que era él. Me sentí celosa, a tal punto que no quería separarme de él ni un instante. Me parecía que podrían convencerlo de estar con ellas, aunque solo fuese por unos minutos.

Llegamos a nuestra habitación a través de las escaleras. Vi por una de las ventanas. El mar, cristalino y azul como nada que hubiera visto antes, me emocionó. Sebastián me abrazó por la espalda. Me preguntó si deseaba que nos ducháramos juntos. Luego podríamos recorrer la playa. Debíamos cenar antes. Estuvimos de acuerdo en descansar durante la noche, en lugar de hacer... otras cosas. Cenaríamos en el dormitorio y descansaríamos como merecíamos, en un colchón real. Su propuesta me alegró. Di unos pasos para ver la sala de estar. Era bastante amplia. Un pasillo largo me llevó a un par de habitaciones, desde las cuales también podía ver la playa. Sebastián decidió que la segunda sería la ideal para pasar las noches. Mi respiración se hizo frenética cuando pasamos a ella. La cama era de gran tamaño. Estaba cerca de la pared, en la que había tres ventanas grandes. Podía disfrutar de una vista más amplia de la playa. Una puerta de madera conducía a un gran balcón, con un par de mesas y sillas. También tenía una parrilla y unas sombrillas. Tomé su mano y abrí ampliamente mi boca. Dentro de la habitación vi una chimenea encendida y un televisor en el otro extremo. Mis ojos se llenaron de lágrimas con el panorama frente a mis ojos. Era un sueño hecho realidad. "Es muy hermoso, Sebas. Siento que no lo merezco", dije en voz baja antes de abrazarlo.

"Claro que lo mereces. Mereces ser la mujer más feliz del mundo. No entiendo por qué no te das cuenta", dijo. Intenté controlar el deseo que ardía en mi piel. Sebastián se percató rápidamente de lo que sucedía, por lo que me subió sobre su pecho para llevarme a la ducha. Me colocó con sumo cuidado y me ayudó a poner los pies en el piso. Mi boca se abrió ampliamente. Pasé mis ojos por todo el lugar. Me asombraba la belleza del espacio. Tenía una ducha grande. Además, había un jacuzzi con agua caliente y varios espejos. En la pared derecha había una chimenea. Lo vi y noté que se acercaba. Empezó a desnudarme, y luego hizo lo mismo consigo mismo. Lo ayudé con mis manos temblorosas. Pasé a la ducha y la temperatura elevada del agua animó mi piel abrumada por el cansancio. "Es lo mejor que podemos hacer. Estamos cansados y lo merecemos. Nos ayudará incluso a conciliar el sueño. Luego podremos cenar. Por ahora no tienes que recordar tu casa ni nuestra ciudad".

Puso sus dedos en mis senos. "Lo sé", dije con voz nerviosa. Reaccioné acercándome más a él. Mis músculos estaban tensos. Sentí sus caricias sobre mi cintura. "Honestamente, necesito que estés dentro de mí", dije, girándome para ubicarme frente a su cara. Besé intensamente sus labios y me atrajo con vigor hacia sus piernas. Me hizo suya otra vez, apoyándome en la pared de la ducha. Dije su nombre con todas mis fuerzas, y olvidé momentáneamente el dolor. Los movimientos hicieron que mis músculos se agitaran más. Me sentí feliz. Por mi mente pasó la posibilidad de tener relaciones una y otra vez, donde nos placiera, demostrando el amor que sentíamos y empezando de nuevo, juntos. No habíamos usado preservativos. Esperaba tener un hijo de él. Pensaba en ello mientras me ambos experimentábamos simultáneamente un orgasmo. Alfonso estallaría de rabia si eso ocurría, pero sabía que era muy difícil que pasara. Tomó mi trasero mientras me llenaba, jadeando y diciendo mi nombre varias veces. Luego abrió sus ojos y me recordó el amor que sentía por mí.

Quise responderle. Esa frase también estaba en el filo de mi garganta. Lo amaba tanto o más que él, pero no quería decírselo. Al partir, lo que iba a pasar tarde o temprano, la tristeza lo destrozaría. Después de bañarnos y limpiarnos, secamos nuestros cuerpos con alegría evidente. Observé la vista en las ventanas. A unos metros estaba la playa. Sabía que un tramo de ella era privada. Era parte del hotel. Fijé mis ojos en el lado izquierdo del paisaje. Decidí abrir un par de

ventanas. Quería que el aire marino y fresco llenara mis pulmones. Aún no entendía cómo había llegado a Italia. "¿De verdad estoy aquí?", le pregunté mientras exhalaba.

Se puso a mi lado. "Lo estás", aseguró. "Vine por negocios hace tres años. El lugar me encantó. Cuando te planteé lo del viaje, este paraje fue el primero que vino a mi mente". Tocó mi cintura y observó con malicia mi trasero. "Entiendo que el vuelo fue largo y agotador. Puedes dormir si deseas descansar".

"Lo son, especialmente si alguien está tocando tu cuerpo constantemente", dije, y besé su mejilla. "Tal vez deba hacerlo. Descansaría antes de la cena y pasaremos esta noche aquí".

"Es justo lo que iba a proponerte", respondió, efusivamente. Me tomó de la mano para ayudarme a llegar a nuestra cama. Se acostó a mi lado. No había nada que cubriera nuestros cuerpos, y busqué una manta para no sentir frío. "Julia, eres una mujer preciosa", aseguró, recorriendo mi cuerpo con sus ojos.

Me abrazó con fuerza. El silencio y la pureza de nuestros sentimientos se expandían por la habitación. Me adherí a su pecho, y poco después me quedé dormida. Al despertar, seguía sujeta a su cuerpo. Decidí levantarme y volver a observar la playa. Después pasé al baño para peinarme, recoger mis cabellos y maquillarme un poco. Llegué luego a la sala de estar para tomar mis cosas. Tomé el equipaje para llevarlo a la habitación. Sonreí al ver que sus ojos empezaban a abrirse.

## Capítulo 23: Sebastián

Extendí mis brazos para animarme. Noté que tenía una de sus maletas en su mano. Se había puesto una toalla para cubrir su cuerpo y había recogido su cabellera. A pesar del cansancio, estaba animada. "Feliz día", dije, con tono chistoso. Respondió con una sonrisa. Puso su maleta sobre el armario más grande. "¿Trajiste todo tu equipaje?". Asintió y sonreí. "Veó que es poco".

"Tal vez traje más cosas que tú", dijo con tono jocoso. Encontró unos vaqueros cortos y se los puso. Mi pecho se agitó con la imagen. Exhalé y me senté. Luego se puso una blusa roja corta. Sonrió luego de ponérsela. Sus ojos empezaban a pasear por mi cuerpo. Su mirada deseosa me encantaba. Quitó la sábana que cubría mi piel. Pudo verme por completo. Estaba desnudo. Busqué mi maleta y la puse en el colchón.

"¿Y ahora? ¿Iremos a la playa, cenaremos y luego iremos a otro lugar?", le pregunté. Asintió. Vio por la ventana y se encontró con los rayos vespertinos del sol. Tomé unos pantalones cortos y cubrí mi pecho con una camiseta blanca. Luego me puse unos zapatos deportivos. Sabía que quería estar con ella afuera cuando empezara a atardecer. La puesta del sol era uno de los momentos más maravillosos en esa zona. Los colores siempre eran distintos.

Noté el sostén ligero que se había puesto unos segundos antes. Los vaqueros cortos me regalaban una imagen estupenda y muy sensual de su cuerpo, aunque era lo suficientemente discreta como para que ningún hombre se acercara a ella. Hurgó entre sus cosas y guardó algo en el bolsillo de su blusa. Sonreí. "Es mi antiguo. Lo dejaré en el mar", aseguró. Lucía muy contenta. "Al igual que mi viejo y triste pasado".

Tomé las llaves de la habitación. Las guardé en el bolsillo de mis pantalones y tomé su mano. Suspiré y caminamos hacia la puerta principal. Usamos las escaleras para llegar a la planta baja. Saludamos a la recepcionista y llegamos en unos minutos a la playa. El agua era cristalina y dejamos que nos mojara los dedos de los pies. Nos encantó la extensión y belleza de la playa. Julia tenía su boca abierta ampliamente. Avanzamos para encontrarnos con las pequeñas olas que llegaban a la orilla. Saltamos sobre ellas. Una pareja cerca de nosotros nos vio y sonrió. Estaban con un niño, que supuse que era su hijo. Caminamos en la dirección opuesta. El viento y el clima eran apacibles. Vimos los caracoles en la orilla y me fijé en unas grandes rocas cercanas. Su cabellera se movió ligeramente mientras sonreía.

Se abrió paso entre las grandes piedras. Las olas llegaban a sus pies. Cerca de allí, las olas se hacían más poderosas. Contempló el agua y suspiró. Tomó su celular y lo arrojó en las fuertes olas cercanas. Dijo algo, pero no pude escuchar. Apenas parpadeaba. Era evidente que era un momento difícil para ella. Se notaba en la expresión de dolor en su rostro. Sus padres nunca le habían demostrado amor, y yo no entendía por qué no lo habían hecho. Estaba dejando atrás un pasado, una etapa de su vida llena de tristeza. Pero igualmente era complicado desprenderse de todo lo conocido. Ahora era mi turno de apoyarla y mostrarle que yo sí la amaba y la respaldaría siempre. Bajo su cara y sus hombros. Subió a una roca para observar la playa de nuevo y luego bajó para llegar a mis brazos. "¿Qué tal estuvo?", le pregunté, sosteniéndola con mis brazos. "¿Cómo te sientes?".

Sonrió y dejó caer su cara sobre mi pecho. Sus manos recorrieron mi espalda. "Mejor que nunca", dijo en voz baja. Hubo silencio por unos minutos. Luego giramos para continuar caminando. Se

despertaba mi apetito. El de Julia también. Cerca de allí había una cafetería sencilla, aunque tal vez su plan era regresar a nuestro hotel. Ella no dejaba de ver el paisaje. La tomé de la mano.

El hotel ya estaba a solo unos pasos. No quería profundizar su dolor. Esperaba que continuara sintiendo esa agradable conexión conmigo. Sabía que todos mis amigos me criticarían por estar con ella, a pesar del horror que estaba viviendo con su esposo. Pero no me importaba. "¿Dónde te gustaría que comiéramos?", le pregunté en voz baja.

Seguramente, como dirían mis amigos, estar con ella era un error, pero el amor me convencía de hacerlo. Podría ayudarla con mi dinero, con mi solidaridad, con muchas cosas. "Podríamos comer algo sencillo en la cafetería. Tal vez me baste con una salchicha".

Los rayos del sol iluminaban su cuerpo. Parecía que era la primera vez que la había visto tan radiante. "Excelente idea", dije, y ella me vio con sus ojos bien abiertos. Llegamos en unos minutos a la entrada del restaurante y Julia pidió una mesa para dos. Lucía contenta nuevamente. Yo también lo estaba, pues no tenía el grillete de mi celular o mi computadora portátil. De todos modos, más tarde debía revisarlos, para comprobar que todo estuviera bien en los hoteles. Nuestra camarera nos condujo a una mesa cerca de la playa. Pedí un par de vasos de agua. Julia vio las opciones del menú y decidió pedir una hamburguesa doble. Ordené una salchicha y nuestra camarera nos sirvió agua fría mientras llegaba la comida.

"Todas las chicas que me ven tienen la misma expresión en el rostro", aseguró, tomando agua. Nuestra camarera se retiró.

Su cara paseó con molestia por las comensales. "No sé de qué hablas", le dije, aunque empecé a reír. Estaba celosa. Esa parte de su personalidad me encantaba, si bien no tenía motivos para sentirse así.

"Quieren que me vaya para... tú sabes", dijo. Reí con más fuerza.

"Podrán gritarlo con sus ojos, pero eso no va a pasar. Solo quiero estar contigo. Me quedaré a tu lado porque te amo", dije, y sus músculos se tensaron. Ella no había dicho que me amaba, pero no tenía que hacerlo. Era claro que no tenía la costumbre de demostrar sus emociones. Su cara me demostraba que sentía amor por mí. Esperaba que cuando llegara ese momento, lo dijera con toda la sinceridad posible. Ya su mirada lo evidenciaba, así como sus abrazos y caricias sinceras. No lo decía porque tenía miedo de nuestra realidad, aunque seguía a mi lado y había pasado tiempo en mi casa. Además, había llevado algo de ropa allí, lo que significaba mucho para mí. Aguardaría que dijera esa frase, aunque yo se lo diría cada vez que tuviera la oportunidad.

"Todas las italianas son espectaculares. Parecen perfectas", dijo, y yo asentí.

"En este país hay todo tipo de mujeres. Suelen venir muchos turistas de todas partes del mundo. Podríamos viajar en tren a Holanda, si quieres. También es un país muy lindo", aseguré, y ella sonrió. "Veo que no has notado la manera en la que te ven todos".

A pesar de que habíamos salido pocas veces, me había percatado de que los hombres siempre la veían con deseo. Incluso algunas mujeres la observaban sin pudor. Ahora que estábamos en Europa, los hombres la veían con mayor desparpajo. Y no era precisamente por sus cabellos, que también era uno de sus encantos. Seguramente muchas chicas se habían fijado en él, pero veían más. Se fijaban en sus atributos, en cada una de sus hermosas facciones. Era una mujer naturalmente bella. Y me encantaba que ese ángel caído del cielo estuviera a mi lado. "De hecho,

no lo he notado. ¿Cómo me ven?", me preguntó con inquietud.

Me parecía imposible que nadie le hubiera hablado de su belleza. "Te ven con alegría, porque eres preciosa, cariño. Tu mirada está llena de luz, y tu sonrisa atraviesa mi alma", dije. "Aunque no uses maquillaje, te ves preciosa. Ese es un atributo que pocas mujeres tienen".

Sonrió y empezó a comer cuando nuestra camarera llegó. Me sentí feliz de comer algo con sabor, a diferencia de los bocadillos de nuestro vuelo. Todo estaba succulento. Sabía que los italianos se esmeraban para cocinar. Hablamos sobre lo que haríamos más tarde. Tenía en mente tomarla entre mis brazos y ponerla en nuestra cama después de abrir las ventanas para que la brisa de la playa la refrescara. Ya sentía un profundo deseo de hacerla mía tras el viaje y el sexo rápido que habíamos tenido en el baño. Aunque me había encantado ser tan primitivo, quería tomarme más tiempo para saborearla y disfrutar toda su piel, al tiempo que me deleitaba con sus alaridos excitados.

Ordené tarta de fresas para el postre. No paró de sonreír. Quería estar con ella frente al mar mientras atardecía. Nuestra camarera envolvió la porción en una pequeña caja rosa. Pagué la cena y entregué una suma alta a nuestra camarera como propina. Sonrió y tomé la mano de Julia para llevarla a la orilla de la playa. Nos sentamos allí.

El pastel estaba delicioso. Julia aseguró lo mismo. Tomó algunas fotografías con su celular. Su genuina felicidad me dejó sin palabras. El sol se tiñó de naranja y rojo. Tomé su celular para retratarla. En ella se veía lamiendo algo de crema de la tarta. Vio mis ojos y luego tomó su celular. Tomó una foto de ambos. Pusimos nuestras sonrisas más amplias. La vio por un rato. "Te la enviaré en unos segundos", contó, con su voz quebrada.

Unos segundos después me la envió. Continuamos viendo todas las imágenes. La luna apareció en el cielo y supe que debíamos volver al hotel. Caminamos de la mano, con calma. Me sentía agotado. Sabía que ella también lo estaba. Cuando llegamos, tomé mi celular para ver la foto. Sonreí y la guardé en mis archivos. Ella asintió y se asomó por la ventana. "Creo que notaste que hay una máquina de hacer café en la cocina. Mañana temprano podríamos preparar expresos y quedarnos aquí", aseguró. Avancé para acercarme a ella. La temperatura bajaba, por lo que protegí su pecho con una sábana.

"La vi. Estos hoteles suelen tenerlas. No me gusta bajar a la recepción para pedir café", le conté mientras la abrazaba.

"¿Acostumbras quedarte en este tipo de hoteles?", me preguntó. Pude haber reído por su pregunta, pero no lo hice. Generalmente me quedaba en mis propios hoteles, pero lo hacía por negocios.

"Casi todo el tiempo", respondí, tocando su cintura. "Pero lo hago por trabajo. No suelo disfrutarlo tanto, porque estoy concentrado en los negocios y las cuentas".

El clima fresco nos permitió permanecer en el balcón por un rato más. Julia se maravilló con la imagen de la noche sobre la playa. Cuando entramos, recordé el televisor de la sala de estar y la chimenea. "Podríamos ver una película aquí o en nuestra habitación", dije. Me vio con dudas. Luego puso la sábana sobre el sofá. Sin ponerse zapatos, fue hacia nuestra habitación. Seguí sus pasos lentamente. El cansancio no me permitía apurarme. Puse leña en la chimenea para iniciar el fuego. Abrí un par de ventanas para que el viento entrara. Ella encendió la televisión.

Me puse a su lado en la cama. Tenía el control remoto en su mano derecha. Me quité la camiseta,

tal como ella había hecho con sus vaqueros. No obstante, se había dejado su blusa. Acaricié su muñeca y besé su cuello. Mordisqueé su hombro y su piel se erizó. "Buenas noches", murmuró.

Puse mis dedos en su vientre. "Buenas noches, cariño", contesté.

Besé su boca mientras se ponía sobre mis muslos. Con calma la ayudé a quitarse su blusa. También me ayudó a quitarme el resto de mi ropa. Había tiempo suficiente para movernos con lentitud. Teníamos muchos días y noches para saciar la sed de nuestros cuerpos. Recliné su cuerpo para saborear su cuello. Después bajé a sus senos y los lamí. Ya estaba empapada. Los líquidos que brotaban de su vagina inundaron mis muslos cuando la apreté. Me apoyé en ellos y su vagina palpitante alimentó mi deseo de penetrarla. Quería hacérselo con rudeza, pero me obligué a calmarme mientras chupabas sus ricas tetas y escuchaba su gemido intenso. No pudimos ver ni una parte de la película que había elegido.

Bajé para tomar su vientre con mi boca. Al llegar a la piel cercana a su vagina, me detuve. Succioné ese trozo de cuerpo con lentitud. Saboreé su dulzura. Lamí de abajo hacia arriba y me frené cuando llegué a su clítoris hambriento. Me moví con intensidad, y manifestó su deseo con una frase nerviosa de sus labios. Qué agradable fue la sensación. Antes de penetrarla, tuvo un orgasmo. Jadeó mientras cerraba sus ojos, y luego gritó. Me puse sobre ella y presioné mi pene sobre su vagina. "¿Quieres que te penetre?", le pregunté con autoridad. Asintió varias veces, mientras sus ojos seguían cerrados. "Voy a hacerte mía en Italia, cariño", dije, y deslicé mi pene en sus profundidades. Reclinó su cara y gimió. Retiré mi pene y volví a introducirlo. Repetí la acción y toqué sus tetas. Estaba feliz con su cuerpo, el viaje, la compañía de Julia. "Cielos, cariño...", dije, liberando mi semen dentro de ella. Dijo mi nombre varias veces, entre gritos y gemidos. Acabó casi al mismo tiempo que yo, aferrada a mis caderas y a las emociones que mecían su vientre. Mis gruñidos se mezclaban con sus gemidos.

"Esto es lo mejor que me ha pasado", aseguró. La vi y sonreí, a pesar de mi cansancio. Me puse a su lado después de vaciarme y la vi. El televisor continuaba encendido, al igual que las luces.

Un beso de sus labios llegó a mi boca. "Lo mismo digo", respondí. Giramos para concentrarnos en la televisión. Me abrazó mientras el sueño bajaba nuestros párpados. Dos horas después desperté. Quería ducharme. Entonces apagué el televisor, fui a la ducha y volví para abrazarla de nuevo.

Me sentí tan comfortable en esa cama como en mi hogar. Dejé que mi cuerpo se relajara en ella y besé las mejillas de Julia. El sueño apagó mis ojos otra vez. Cuando me levanté, eran las seis de la mañana. Sonreí al encontrarme con su rostro. Era la cara que quería ver cada mañana al despertar.

Extendí los brazos y me levanté. Cepillé mi boca y lavé mi cara. Preparé el mejor café que había probado en toda mi vida. Estaba feliz de hacerlo. Tomé otro sorbo y salí al balcón, contento de poder contemplar el mar italiano. Aunque debía responder algunos correos electrónicos de la oficina, me quedé allí, regocijado.



## Capítulo 24: Julia

Abrí mis ojos. No recordaba dónde estaba. El sol de la mañana me despertaba. Después de un momento, lo supe. Sí. Estaba en Italia. De vacaciones. Mierda. Italia. Suspiré y tomé agua. Fui a la ducha y me cubrí con una toalla. Aunque la habitación era gigantesca, el aroma a café recién preparado alegró mi despertar. Ya quería probarlo.

Caminé y me di cuenta de que Sebastián estaba en el balcón. Tenía café en su mano. Busqué café para tomar. Me impresionó el pasillo otra vez. El lugar era mágico y estaba lleno de belleza. Los tonos salmón de las paredes y las columnas se mezclaban con el color avellana del piso. Bajé los dos escalones del balcón y lo abracé por la cintura. Sonrió y le di un beso en su boca. Probé la bebida y recogí mi cabello. Esperaba lucir mejor. "Feliz día", dijo para saludar.

"Feliz día. Imagino que tuviste dulces sueños", dije. Asintió y giramos para ver la belleza del mar frente a nosotros.

"No fueron tan dulces como esta imagen", susurro, abriendo ampliamente su boca. Cuando aseguró que podría comprarme una casa donde quisiera. Yo ya sabía que la quería allí. Sebastián decía que me lo merecía. Además, quería mantenerme lejos de Alfonso. Podríamos volar a Los Frailes. "Es el paisaje más bello que he visto".

Tomamos café y llegamos a la cocina. Conversamos sobre lo que podríamos hacer. Le manifesté que esperaba pasar la tarde en la habitación. Me maravillaba la vista desde allí. "Pero es tu primera vez en Italia", dijo Sebastián. Encogí mis hombros.

"Estuve una vez, pero fue idea de mis padres. Estuve casi una semana completa en un yate. Me mareé mucho. No me gustó para nada", le conté. Asintió sin decir nada. "Hicieron el resto de los sin mí. Conocieron muchos lugares, pero yo me mantuve en nuestra casa. La niñera cuidó de mí. Nuestro cocinero preparaba todas mis comidas. Los consideré como mi verdadera familia en esos momentos. Me hacen falta", dije, con tono de broma, aunque era cierto. "Mierda, Sebas. No sabes lo mucho que lo lamento. Aún no entiendo por qué quieres seguir a mi lado. La maleta de dolor que llevo sobre mis hombros es más pesada que la maleta del viaje".

"Lo sé. Y no me importa. Todos tenemos dolor en nuestros corazones, cariño. Voy a colaborar contigo para que te desprendas de esa tristeza", le recordé. "Entiendo que mucha gente no querría comenzar una relación de este modo, pero ya estamos aquí y me siento bien. Sé que esto ocurrió por un motivo especial. Eso es suficiente para mí". Me vio con expresión de seriedad.

"Muchas mujeres tampoco querrían iniciar una relación con un hombre que no se ha divorciado", dijo. Él encogió sus hombros. "Es obvio que requieren tiempo y espacio para comenzar de nuevo. Mis amigas afirman que ese tipo de hombres actúan como unos imbéciles y solo buscan sexo para olvidar".

"Lo que es cierto", dijo, y asintió. "Cuando me separé de mi esposa, creí que me llevaría mucho tiempo sentirme mejor. Pasaría las noches en los bares, con mis amigos. Yo no quería involucrarme con nadie, pero cuando te conocí, mis planes cambiaron por completo".

"Te entiendo, porque viví algo similar. Saber en lo que me había metido hizo que me diera cuenta de cuánto estaba cambiando todo para mí. Poder compartir una cama contigo, o con cualquier otro hombre que hubiera aparecido en ese momento, significó el principio del fin. A pesar de sus

infidelidades, no creí que yo pudiera estar con otro hombre. Pero me encantó. Entendí finalmente que mi matrimonio debía terminar, aunque me había esforzado por mantenerlo vivo”, dije, con una sonrisa en mis labios. "Los caminos para encontrar la felicidad son muy misteriosos", dije, pensando en lo que estaba diciendo. Sentía que estaba llegando el momento de renunciar a Sebastián.

Callé mi boca y vi las olas. Frunció su ceño y esperó mi siguiente frase, alguna que incluyera un “pero” o un “no puedo”. Decidió dejar de esperar e ir a la sala de estar. Me quedé en el balcón, tomando café, convenciéndome de que no tenía que decir nada más por los momentos. Él giró y dijo que respondería algunos correos.

Fuimos a la ducha de la mano. Me poseyó de nuevo, deliciosamente, y luego nos preparamos para salir. Había rentado un auto para que diéramos un paseo. Ya estaba en el estacionamiento del hotel. Había planificado pasar unas horas en la carretera, tomando aire fresco. Lo haríamos si yo no le sugería que tomáramos el tren rumbo a otra ciudad. Condujo hasta que llegamos a Roma.. "¡Oye, fíjate en esa moto!", le pedí. "Espero que no tengamos un accidente". Me costaba mantener la calma. El tráfico y la velocidad de los motorizados me impactaban.

Rió, y lo vi fijamente. "Tranquila. Todo saldrá bien. Mejor vamos a un restaurante cerca de aquí. Sé que lo adorarás". Bajé mi cara para ver mi atuendo. Lucía como una chica del campo. Tenía, además, unos zapatos ligeros, útiles para andar a pie. Solté mi cabellera, aunque en mi muñeca tenía una trenza que me serviría para recogerla si el viento era muy fuerte. Tenía maquillaje ligero sobre mi cara. Me fijé en la arquitectura en lugar de los choferes elocuentes y alocados. La belleza de la ciudad era evidente.

Dejamos el auto estacionado y salimos de él. Me tomó de la mano y sentí que volvía a estar en la secundaria. Llegamos a una pequeña cafetería. Solo sabía saludar en italiano, por lo que no supe nada sobre el menú. Me dejé llevar por el buen tino de Sebastián. Sabía que le gustaba la buena comida.

¿Qué carajo me sucedía? Aunque creía en él, esperaba terminar lo nuestro pronto.

Nuestro desayuno estuvo compuesto por crepes y café con crema. Fue una combinación estupenda. El sabor dulce de la crema se unía al sabor salado de la comida. Mi boca se hacía agua con cada bocado. Luego de comer y pagar, volvió a tomarme de la mano para dar un paseo. Sebastián hablaba en mi oído sobre otros lugares que le resultaban atractivos. Observé las tiendas y las galerías, llenas de cuadros.

Usé mi celular nuevo, con amplia capacidad de almacenamiento, para tomar centenares de fotografías. Tenía interesantes herramientas de edición, pero no hacía falta emplearlas. La belleza de Roma era suficiente. Evité tomarle fotos a él. Aunque esperaba evitar tener más recuerdos, me convenció de que le tomara algunas. Sonrió y su mágica expresión volvió a maravillarme. Terminamos el paseo. Volvimos al auto rentado. Condujo para llevarme a Nápoles. Había varias golosinas y las fotos impresas en una pequeña caja. Las puse en el asiento trasero. Pasamos la tarde en esa ciudad, cerca de las playas. Tomé más fotos mientras avanzaba por el muelle.

Cenamos más tarde en Il Pomodoro. Era un lugar agradable y muy reservado. Las paredes estaban pintadas de un sobrio tono blanco. En los muros había fotografías de actores y directores de cine famosos que habían ido a cenar allí. Pedí pasta a la bolognesa. Sebastián ordenó pizza Margarita.

Dijo que era una de sus comidas predilectas. Tomé vino blanco y luego empezamos a comer. Estaba feliz por mi viaje, pero sabía que en unas horas todo terminaría. Hablaría con él temprano, aunque tenía muchas dudas. Tenía tiempo de sobra para disfrutar. Además, mi amor por él crecía más y más.

Una sambuca sirvió para terminar la cena. Nuestro camarero encendió fuego sobre el licor, y por poco empiezo a llorar de la emoción. No permití que le entregaran la cuenta: la tomé de la mano del camarero y pagué. Sebastián quedó impactado. Se quejó, pero reí de alegría. Era el momento de consentirlo, como había hecho él conmigo. Además, tenía dinero suficiente.

Regresamos a nuestro hotel. Tenía la pequeña caja en mi mano. Al llegar a la habitación, me acosté en la cama. Me encantó el color de todas las golosinas. También disfruté con las fotos y las postales que había comprado. "Muchas gracias... por lo de la cena", dijo, acariciando mi mano.

"Es lo único que he pagado. Te has encargado de lo demás", contesté, apuntando al dormitorio con mi mano. Él asintió.

"Siempre he tenido dinero. La mayoría de las mujeres quieren que pague todas las cuentas y que me enamore de ellas por sus falsas sonrisas", dijo. Concentré mi atención en su cara. "Karina, aun cuando era mi esposa y trabajaba, nunca pagó ni siquiera un caramelo". Su frase despertó mi curiosidad. "Abrió una cuenta solo para ella. Jamás usó ni un centavo para que hiciéramos algo juntos. Es la primera vez que salgo con una chica y paga la cuenta, sin dudar ni arrepentirse. En ese instante, te ganaste aún más mi admiración y respeto".

"Es lo mismo que me ha pasado contigo, Sebas. Cada día te admiro más porque me has mostrado que eres un ser humano muy hermoso y atento", contesté, antes de que mi cara se llenara de llanto. Entonces él me abrazó.

"Entiendo que sigas teniendo temor y muchas dudas", dijo con ternura. "Muestras esas expresiones cada vez que me ves. Intentas esconder tus verdaderas emociones, pero puedo verlas", dijo. No moví un músculo ante su declaración. Besó mi frente tiernamente. "Estás convencida de que voy a resultar lastimado si seguimos juntos. Lo piensas porque le temes al que dice ser tu esposo, pero yo no le temo. No le temo en absoluto". Sus manos tomaron mis mejillas.

"Pero sentiré celos y rabia. No quiere que esté con otro hombre. Me ve como su pertenencia", respondí, usando las palabras que Alfonso me había dicho muchas veces, Me las había dicho con brusquedad, aunque también me había asegurado lo mismo cuando se sentía más tranquilo. De todos modos, el momento en el que me asegurara eso no me importaba. Había marcado mi corazón y mi mente con esas afirmaciones. "Aunque no siente nada por mí, me ve como un trofeo personal. Me muestra ante sus amigos de ese modo, aunque realmente siente un profundo odio por mí".

"Entiendo. Le gusta dominar, mostrar que tiene poder. Me contaste que había golpeado a Isabel. Seguramente ha lastimado a todas las chicas con las que ha hecho el amor". Apreté mis manos y me sentí más calmada. "Hablaré con el departamento de abogados de mi red de hoteles. No tendrás que contactarlo ni verlo. Ellos redactarán los documentos necesarios para el divorcio. Podrás hablar con ellos para plantearles lo que crees que debes recibir. Creo que debería ser mucho, pues te ha... hecho daño. Conversarán con él o su abogado. Como no tienes inversiones con él, ni hijos, será más sencillo de lo que crees".

"No quiero su dinero, Sebastián. Puede quemarlo, si es su decisión. Tengo algo en el banco que

puede servirme". Separé sus manos de mi cuerpo. "Quiero que tú también te vayas. Que encuentres a una mujer que valga la pena y merezca recibir tu genuina atención y todos tus sentimientos".

"Ya encontré a esa personas. Eres tú. Eres digna de mi amor", dijo, antes de besar mi boca. Entonces dejé de llorar. "Sabes que te amo, que quiero que regresemos a mi casa y la convirtamos en nuestro hogar. Carajo, Julia. Estaré oficialmente divorciado en unas semanas. Esto va a pasar, así como sucederá con tu crisis. Estaré contigo. Superaremos todo, juntos".

"¿De verdad?", le pregunté. Sentí su cálido aliento llegando a mi cara. Me abrazó de nuevo, mientras luchaba con mi mente para dejar salir lo que realmente sentía por él. Tomó suavemente mis cabellos y dijo frases de ánimo que apenas pude oír por el tono bajo con el que hablaba. "¿Por qué estás tan seguro de que deseo quedarme a tu lado?". Me apretó con ambas manos.

"Lo sé desde que te conocí, cariño. Creí que estaba loco, pero no fue así. Todo ha sido muy real. Esa fue la razón por la que envié tantos correos. Quería comprobar que los dos sentíamos lo mismo. Me dijiste que tenías un esposo, y pensé en detenerme, pero el dolor que sentías era evidente. Noté tu temor, y persistí para sacarlo de tu vida y cerciorarme de que sentías algo por mí", dijo, viéndome fijamente. Bajé la cara por unos segundos.

Exhalé, dejando salir mis dudas. "¿Lo hiciste por solidaridad?", le pregunté.

"Lo soy, pero no lo hice por ese motivo, Julia. Lo hice porque lograste que yo creyera de nuevo en el amor tras la ruptura con Karina. Cometí tantos errores con ella, que busqué a un anciano para reemplazarme". Le regalé una sonrisa y di un paso para darle un cálido beso. "Fue mi culpa, aunque también es cierto que nunca estuvimos bien. Decidí continuar, y te conocí. Me di cuenta de tus deseos y tus planes, y me acerqué a ti".

"Entiendo. También sentí eso cuando estuvimos juntos", dije en voz baja. Su boca buscó la mía para besarla con fuerza. Me acerqué más y mi lengua encontró la suya, mientras mis caderas se juntaban con su cuerpo. Me acoplé a su movimiento. "Empiezo a creer que... te amo. Y saberlo me produce mucho temor. Pánico, en realidad. Pero ya no quiero dejarte. No hay manera de que viva sin ti a partir de ahora". Cortó nuestro beso y me vio sin parpadear. "Lo haré. Hablaré con tus abogados. Me divorciaré y lo sacaré definitivamente de mi vida".

"Excelente", respondió, antes de besar mi boca una vez más. Me deslizó suavemente sobre la cama. No pude decir nada más. Su boca chocó con la mía y nos movimos al unísono. Me quitó la ropa y tocó mis muslos. Jadeé y cerré los ojos. Sus labios se concentraron en mi mentón mientras sus dedos se enfocaban en mis piernas sudorosas.

Mi piel ardía mientras él la lamía y observaba mi cuerpo tembloroso. "Sebastián, te deseo", dije, mientras él continuaba besándome. "Cielos...".

Empecé a derramar líquidos a medida que se despojaba de su atuendo. En unos segundos su cuerpo quedó libre para mí. "Soy feliz cada vez que veo esa expresión. Esa mirada de agotamiento por el placer que sientes. Soy feliz cada vez que te preparas para ser mía", aseguró, y besó mi boca con suavidad. "Julia, te amo. Y no me cansaré de decirlo".

Ahora, la ansiedad que sentía se había ido. Me aferré a las sábanas mientras dejaba escapar varios alaridos calientes. Confesó de nuevo lo que sentía y me penetró. Lo que le había dicho también era cierto. Me había sentido unida y compenetrada con él desde que habíamos estado juntos por primera vez. Y cada encuentro en la cama, cada cena juntos o cada beso nos unía más.

Eso hacía nuestro encuentro más especial y romántico. Me hacía suya una vez más, y yo me sentía más feliz que antes. Subí mis caderas para recibir todo su pene, así como había hecho antes con mi boca y mis dedos, y su semen se derramó en mis profundidades. Sebastián gruñó salvajemente al entregarme sus líquidos calientes, hasta que sus músculos se calmaron.

Vimos la noche caer mientras recuperábamos el aliento. Me abrazó y sonreí. "¿Planeaste salir en estado?", me preguntó, mientras sus dedos jugaban con mi vientre. Mis emociones se agitaron con su pregunta.

"Siempre he querido ser madre, pero no quise tenerlos con Alfonso. De todos modos, tampoco he pensado mucho en tenerlos. ¿Y tú?", le pregunté. Tenía un temor creciente de plantearle una ruptura amistosa al día siguiente.

"Quise ser padre. Karina también quería ser madre, o al menos eso creí, pero rápidamente dejó de hablar del asunto. Probablemente ya había estado con su nueva conquista, o solo quería enfocarse en su carrera. Pasaba mucho tiempo trabajando, por lo que me pareció que se había vuelto adicta a su empleo. En cualquier caso, ya me da igual". Tomó mi mano y la dejó sobre su pecho. "¿Los tendrías conmigo?". Sentí sus latidos, ya reposados.

Sonreí por su planteamiento. "Lo pensé mientras hacíamos el amor. Sé que he estado tomando píldoras desde que estamos juntos, pero por unos segundos quise dejar de tomarlas o que fallaran, para que nos convirtiéramos en padres. Aun así, ¿qué sucedería si nuestra relación acaba? ¿Si no funciona? Siento temor...".

"Mi amor, eso no va a pasar. Y aunque eso llegara a suceder, jamás dejaré de estar pendiente de nuestro bebé. Jamás".

## Capítulo 25: Sebastián

En los sueños que tuve mientras dormía, aparecía un bebé con la piel radiante y saludable, vestido de marinero y sonriente. Sonreía y jugaba en el borde de la playa. Julia esperaba otro hijo y retozaba con el bebé, intentando tomarlo de sus brazos mientras reía. Había dejado su cabellera suelta y su vientre ya mostraba su avanzado embarazo. Los dos pasaban a mi lado y la felicidad que mostraban era inmensa. Luego el bebé giraba para subirse a mi regazo. Mi amada Julia sonreía y yo sentí que mi corazón latía con más fuerza. Era un lindo bebé, de un año aproximadamente, que subía a mis piernas y me besaba. Se parecía más a mí que a ella, o al menos eso creí. "Papá", decía la criatura, y desperté con una sonrisa.

Abrí lentamente los ojos. Vi las ventanas y noté que ya había salido el sol. El sueño había sido muy real. Me dirigí a las ventanas y contemplé las olas del mar. Bostecé y caminé hacia la ducha. Luego di unos pasos para llegar a la sala de estar. Ya en mi mente tenía la idea de escribir a los abogados para que iniciaran el divorcio. Anoté los detalles necesarios y regresé a la cama para abrazar a Julia.

Dos horas después despertamos y sonreímos. Tuvimos relaciones y cuando nos calmamos, fuimos a la cocina a preparar café. Tomó una bata para cubrirse y llegó al balcón, al que entré unos segundos después. Estaba más alegre que el día anterior. Lo supe al ver sus ojos. Un correo llegó a mi celular. Ricardo, uno de los abogados, respondía al correo del divorcio. Sonreí. Julia se sorprendió. "Es uno de los abogados de mi red de hoteles. Dice que, al parecer, no sé quién es Alfonso Sierralta".

Ella rió, pero luego empezó a temblar. "Es uno de los abogados más buscados de La Salina para resolver divorcios difíciles. Incluso las celebridades lo contactan, pero creo que no puede conducir su propio proceso de divorcio. La ley se lo impide. ¿Le contaste a tu equipo que no pediré dinero?".

La vi e hice una pausa. "Sí, aunque no quería. Deberías recibir al menos una indemnización de ese pendejo".

"La mayor indemnización que puedo recibir es no volver a verlo. Con eso me bastará por el resto de mi vida", dijo, sosteniendo mi mano. Me mostró una sonrisa, pero era tímida. "Ojalá no tenga que ir a un juzgado, porque lo único que quiero es alejar su dinero y su cuerpo de mí".

"Comprendo, aunque lo veo de otro modo". Le respondí a mi abogado. "Iniciaremos el proceso, si te parece bien".

"Hazlo", dijo. Sonreí y continuamos tomando café. Después de tres horas de charla y sonrisas, tomamos una larga ducha y nos preparamos para tomar el auto. Iríamos a dar un paseo en otra ciudad.

Pasamos otras noches llenas de comidas suculentas y alegres conversaciones. No había alianzas en su dedo. De hecho, nunca las había habido. Sentí que, lentamente, Julia estaba dejando atrás su traumático matrimonio. No había habido compromiso real con ese sujeto. El único compromiso que mostraba Julia ahora era con la felicidad. La que vivía conmigo. Estaba feliz y sonriente. La neblina que aparecía sobre su cabeza empezaba a desaparecer. A pesar de que los trámites del divorcio apenas empezaban, se sentía mejor cada día. Sabía que tal habría días peores, porque

iríamos a La Salina y él buscaría el modo de encontrarla.

El segundo fin de semana en Italia estaba llegando a su fin. La vi un día, durante nuestro desayuno. Ya habíamos estado en Holanda y recorrido parte de Alemania. La sorprendí un día al comprar boletos para llegar a Portugal. La pasó muy bien allí. "¿Te gustaría que comprara una casa aquí para que vivamos juntos?".

Empezó a temblar. "Me encantaría, ¿pero de qué modo podría funcionar? Vives en La Salina. Es la sede de las operaciones de tu empresa". Hizo una pausa para sonreír. "Y admito que también me fascina estar en la agencia".

"También podríamos vivir en mi casa de La Salina", dije, notando cómo se sonrojaba. "No quisiera que vivas sola. Quiero tenerte a mi lado, aunque entiendo que has guardado dinero en el banco".

"La idea me parece interesante, pero imagino que me permitirás pagar algunos gastos", dijo, y luego rió. Me puse de pie, pidiéndole que me diera algunos momentos. Me molesté al darme cuenta de lo que la había planteado. Me había dejado llevar por mis impulsos, en lugar de esperar hablar con ella con el collar en mis manos. Esa era mi intención inicial. Regresé para sentarme a su lado. Ahora sí tenía la pequeña caja en las palmas de mi mano. La vi fijamente y tomé asiento mientras suspiraba.

"Busqué esto para ti antes de que llegáramos a Italia", dije, abriendo mis manos. Abrió su boca ampliamente. "No, no pienses eso porque no es así", dije, exhalando. "Lo compré el día que compré la lencería y el resto de las cosas. Iba a proponerte que te mudaras conmigo un día antes de volver a La Salina". Ya había visto el resto de las sorpresas. Las había usado durante las noches. Al abrir la caja descubrió el collar de plata dentro de ella. Tenía un diamante en la parte más baja. "Hay otra parte de este obsequio que vendrá después. Imagino que ya sabes qué dirección quiero que tome nuestra relación. Este es el inicio que quiero que tengamos. Julia, no olvides que te amo".

"Claro que quiero vivir en tu casa. Es el lugar en el que me siento mejor. No se compara ni siquiera con la casa de mi niñez. Y te ayudaré con el dinero". Extendí mi mano para que tomara el collar. Lo hizo con suma delicadeza. Me puse de pie para ayudarla a ponerlo en su cuello. Ella también se levantó, sonrió y fue con prisa a la sala para ver su cuello en el espejo. Luego soltó dos lágrimas y bailó un poco frente a mí. Regresó para abrazarme intensamente.

Los dos días restantes fuimos a la playa y a la cafetería en la que habíamos estado comiendo crepes. Julia ya lo amaba. Le encantaban las crepes y se prometió a sí misma aprender a hacerlas cuando llegáramos a La Salina. Probó las que no había comido hasta ahora, y me sentí feliz al ver cuánto le encantaba degustar platos nuevos. A pesar de ello, su miedo por regresar era visible. Me abstuve de hacer comentarios sobre el tema. Esperaba que disfrutáramos lo máximo que pudiéramos antes de volver.

Unas horas antes de volver, estábamos acostados en nuestra cama. Nuestro equipaje estaba listo. Nuestro vuelo saldría a las nueve de la mañana. Julia se sentía ansiosa. Poco después hicimos el amor. Lo hicimos en dos ocasiones más. La abracé con fuerza y noté sus temblores. "¿Qué tienes, corazón?".

Me vio fijamente y exhaló. "Escribí por correo electrónico a mis padres. Les conté mis planes de

divorciarme. Esperaba que se enteraran por mí, pues ya casi estamos de vuelta y los trámites están empezando".

"¿Qué dijeron?", le pregunté. Bajó su cara y las luces del dormitorio iluminaron su cabellera.

"Mamá respondió diciendo que debía seguir con él. Cuando le conté que me pegaba y quería estar con alguien más, me criticó y luego dejó de responder". La abracé de nuevo. "No me preguntó cómo me sentía, Sebas. No le importo". Sus mejillas se llenaron de llanto, al igual que mi pecho. Esperaba que se desahogara. "Entendí que no iban a apoyarme, pero igualmente me siento muy triste".

Aunque mis padres vivían en Las Lozanas, yo tenía claro que estarían felices con Julia. Luego de que les conté lo que había pasado con Karina y mi separación, me confesaron que no sentían cómodos con ella. Jamás lo estuvieron. Comencé a reír. Sería distinto con Julia. Le darían la bienvenida y estarían felices con ella. "Mis padres te darán todo el apoyo y el amor que tus padres no te han dado. En unas semanas van a visitarnos. La pasaremos muy bien".

Intenté sacar la molestia que me producían sus padres de mi pecho. ¿Por qué la trataban de ese modo? Porque eran una cagada. No merecían acercarse a ella. Deseé que los olvidara, aunque sabía que no podría. Pero tenía la intención de hacerla sentir mejor. "¿De verdad lo crees?", me preguntó.

"Estoy convencido de ello", dije, permitiendo que su llanto siguiera cayendo hasta que se calmara. Luego, se quedó dormida en mis brazos.



# EPÍLOGO

## Julia

Volvimos a La Salina. El equipo de abogados de la red de hoteles contactó a Alfonso para entregarle los documentos. Reaccionó con ira. No quería dejarme, aun cuando tenía la evidencia de sus infidelidades entre los documentos. Además, aseguré que no quería dinero. Cuando les pedí que insistieran, lo hicieron, hasta que finalmente cedió.

Me negué a darles a mis padres mi nuevo número telefónico. Lo hice tras la última conversación que había sostenido con ellos por correo electrónico. Ya aceptaba que no eran parte de mi vida. Karina aceptó el divorcio de Sebastián, con las condiciones y el dinero que él propuso. Eso me causó una profunda envidia. Mis padres decidieron quedarse con Alfonso. Aparentemente, el dinero era lo único que los hacía felices, aunque eso significara que no tendrían a su hija.

Eso no frenaba mi dolor. De hecho, lloraba sin parar hasta las madrugadas. Esperaba que mi vida cambiara pronto. Así fue. Cuando llegaron mis suegros, me sentí mejor. Me demostraron de inmediato su calidez. Se despidieron de mí días después, con largos besos y unas amplias sonrisas que jamás vi en los rostros de mis padres. Antes de irse, me invitaron a pasar Pascua en su casa de Las Lozanas.

Retomé mi trabajo, si bien lo hacía desde mi hogar. Alfonso no supo jamás de qué se trataba mi empleo. La idea de trabajar desde casa fue de Sebastián. Quería mantenerme protegida. Siete meses después, tras constantes reclamos a los abogados de Sebastián, Alfonso firmó los documentos del divorcio, si bien dejó claro que no quería hacerlo. Exigió que le regresara nuestra alianza.

Hablé con los abogados para que le indicaran en qué parte de la casa estaba. La había dejado en una gaveta, pues hacía tiempo que no lo usaba. Él quería darle largas al asunto, y yo solo quería terminarlo cuanto antes. También quería evitar verlo. Me sentía cansada. Ricardo insistió, hasta que logró sacárselo de encima, a pesar de sus exigencias, amenazas y solicitudes inverosímiles.

Algunas acompañantes y Mariela estuvieron en casa, visitándome. Luego empezaron a hacerlo con frecuencia. Adoraban a Sebastián. Él las trataba con calidez y alegría. Las consideraba mi verdadera familia, al igual que él. Se abstuvo de pedirme que renunciara a mi trabajo.

Y quería quedarme allí, pues tenía algunas cosas en mente. Y quería llevarlas a cabo para sentirme aún mejor.

## Sebastián

Tomamos un vuelo a Las Lozanas cuando faltaban unos días para Pascua. El vuelo fue corto. Fuimos en primera clase. Sonreí y peiné sus cabellos con mis manos. Julia dormía. La belleza de su rostro tranquilo me impactó. Me sentí feliz. Ya no teníamos las ataduras de nuestras separaciones. Nos teníamos el uno al otro, y éramos libres. Ahora que la tormenta había pasado, recordé la alianza que quería darle. Estaba en casa de mis padres, esperándola. Le había pertenecido a mi bisabuela. Esperaba proponerle matrimonio a Julia en Pascua, una vez que mis padres nos dejaran a solas.

Lo nuestro había nacido de forma repentina, pero mi amor no paraba de crecer. Compartíamos los mismos planes para el porvenir, que ya se asomaba frente a nosotros. No había razones para demorar más mi propuesta. Mis padres estaban de acuerdo. La adoraban y esperaban tener nietos pronto. La felicidad era enorme para todos.

Julia había teñido sus cabellos de un tono rubio más suave. Su cabellera había crecido, y ahora llegaba a sus senos. Había iniciado una terapia con una psicóloga para lidiar con sus problemas familiares y su antigua vida con Alfonso. Iba puntualmente a las consultas cada miércoles. En tanto, nuestra relación se afianzaba. Estaba seguro de que podría pedírselo. Incluso yo ya estaba planeando una boda sencilla e íntima.

Renté un auto para conducir hasta la casa de mis padres. Tocamos su puerta y abrieron. El aprecio que demostraban hacía que Julia se sintiera feliz. Nos recibieron con sonrisas y abrazos. Tomamos asiento para almorzar. Les conté los planes que tenía para los días por venir y Julia sonrió mientras tocaba mi muñeca. Mamá ya sabía el resto de mi plan. La emoción se asomaba en su cara.

Pasamos la siguiente semana recorriendo los sitios en los que yo había crecido. Se notaba que los disfrutaba. Las noches entre películas y cenas con mis padres me resultaron útiles para saber cuándo debía proponérselo. Mis padres habían ido a dormir. Tomábamos vino luego de ver algo en la televisión. Los créditos aparecían en la pantalla. La vi fijamente. Las luces de la gran sala de estar iluminaban su cara. Le pregunté si quería algo de postre cuando recordé que la alianza estaba en la cocina. Sonrió y dijo que sí. Me levanté y fui a la cocina. Encontré la alianza y la guardé en mi bolsillo. Exhalé y estiré los brazos.

Volví y vi que se levantaba. Puse la porción de pastel en la mesa. Me arrodillé frente a ella. Abrió su boca, pero solo pudo decir mi nombre.

"Cariño. Te amo. Por eso, deseo iniciar otra etapa de nuestras vidas, lo más pronto que podamos. Ya conoces mis planes, y quiero que los hagamos realidad. Juntos. Me siento completamente preparado para un compromiso real, contigo. Por esa razón, hoy quiero preguntarte: ¿te casarías conmigo?". Empezó a temblar y a llorar.

"¡Cielos, cielos, cielos!", exclamó con fuerza. "¡También debo contarte algo!".

"Antes de contarme, dime... ¿te casarías conmigo?", volví a preguntarle. Dio dos pasos para abrazarme.

"¡Por supuesto! Seré tu esposa y la madre del bebé que nacerá en seis meses y medio. ¿Estás de acuerdo?", me preguntó. La separé de mí para verla fijamente.

"¿Bebé?", pregunté. Ya me había contado que dejaría de usar píldoras, aunque no me había dicho en qué momento lo había hecho. Asintió y besó mi boca luego de sonreír.

"Sí, nuestro bebé. Me hice una prueba y resultó positiva. Empezaré mi control prenatal cuando volvamos a La Salina. ¿Qué me dices?", le pregunté. Volvió a besarme con calidez.

"Que soy el hombre más feliz de la tierra. Y quiero saber cuándo nos casaremos. Ya me muero porque seas mi esposa", dije, y vi su mágica sonrisa. Luego me abrazó fuertemente.

Unos minutos después nos acostamos. Hicimos el amor, con más cautela que antes, mientras su vieja cama hacía ligeros ruidos por nuestros movimientos. Conversé con mis padres en la mañana. Les dije que nos casaríamos y Julia reveló que esperaba un hijo. Mis padres saltaron de emoción y nos abrazaron con fuerza antes de llorar.

Me sentía ansioso por la llegada del día de nuestra boda. Los abrazos no cesaban, igual que la felicidad. Ellos querían saber todos los detalles de la gala. También empezaron a intentar adivinar la fecha del nacimiento de nuestro hijo. Era el inicio de nuestra vida juntos.

Julia sonrió para mí. Era la primera vez que sonreía tanto. Nos acercamos para tomar nuestras manos. Estaba contenta y sonreía. Empecé a preguntarme si mi sueño había sido premonitorio y nuestro bebé sería como el que había visto en él. Y si luego, vendría otro...

"No olvides cuánto te amo", le dije, y besé cálidamente su boca.

Nuestra vida sería maravillosa.

*FIN*



## Gracias

**¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?**

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.